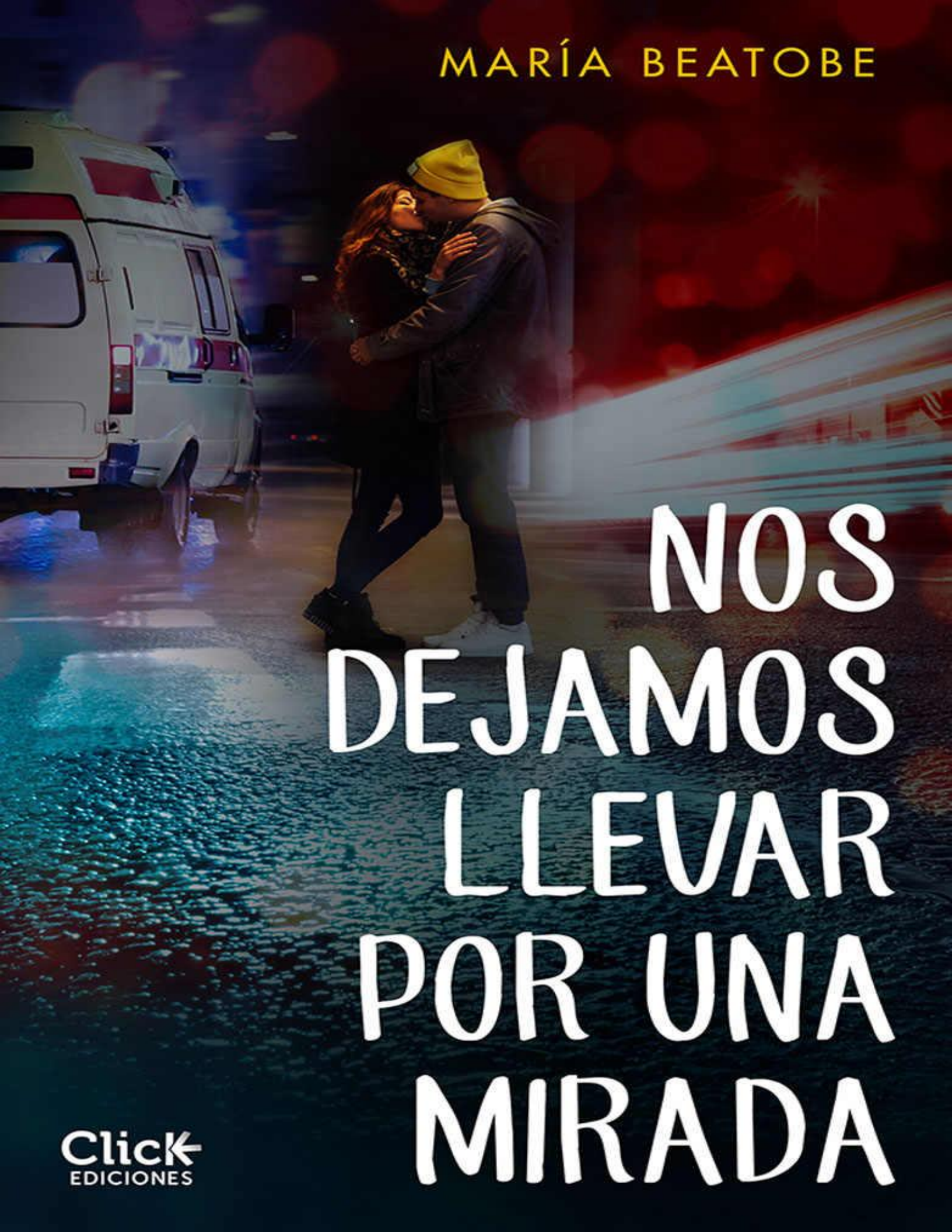


MARÍA BEATOBE



NOS
DEJAMOS
LLEVAR
POR UNA
MIRADA

Click
EDICIONES

Lucía y Adri son dos jóvenes que se conocen cubriendo un atraco en un Banco, ella: periodista inexperta, él: médico en prácticas en el SUMMA.

Desde la primera mirada saltan chispas. Poco a poco el destino les irá uniendo, su afición al running hará que compartan más momentos y la distancia entre ellos se vaya estrechando. Sus miradas hablan mucho más que sus palabras y algo empieza a surgir entre ellos, un sentimiento que no podrán controlar, a pesar de que ambos tienen ya pareja.

Por otro lado, la vida de Adri está en un momento tormentoso, la relación con su madre enferma a causa de sus adicciones, le hará tomar una de las decisiones más difíciles de su vida. Aunque gracias a sus amigas, que ponen siempre el punto de locura a su vida, no se derrumbará.

Risas, llantos, diversión, amor, running, deseo, placer, amistad, celos... todo ello en una historia que nos invitará a dejarnos llevar y hacerle un hueco al verdadero amor.

Índice

[Portada](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)



1

—Pero ¿se puede saber a qué esperáis? —gritó el señor Ramos desde la puerta de su despacho—. Ya son las diez y ¡no hay nadie aquí para iniciar la reunión!

«Menudo lunes nos espera si el jefe ya empieza con esos humos», pensé.

El señor Ramos era el típico jefe: de baja estatura, algo grueso, con poco pelo y bigote. Un bigote muy bien cuidado, y me juego un dedo de mi mano y no lo pierdo a que todas las mañanas se echaba gomina en las puntas del mostacho para que se le quedaran así de tiesas.

Todos en la redacción de noticias se levantaron rápidamente de sus sillas con papel y boli en las manos y corrieron hacia el despacho del señor Ramos. Yo miré de reojo a Sara, mi gran y fiel amiga dentro del trabajo, y sonreímos. Menos mal que nos teníamos la una a la otra en estas ocasiones. De estas situaciones tensas siempre sacábamos una sonrisa. Entramos de las últimas en el despacho y nos sentamos sobre la mesa que estaba pegada a la pared.

—Empecemos —dijo el director asertivamente mientras rebuscaba entre sus papeles de encima de la mesa—. A ver... Humberto, tú cubrirás la noticia del accidente de coche que hubo ayer en el Puente de Segovia. ¿De acuerdo? —preguntó mirando por encima de sus gafas, de las que colgaba una pequeña cadena para que no se le perdieran.

—De acuerdo —respondió Humberto apuntando en su libreta.

—Ponte en contacto con el jefe de bomberos y que te dé el parte. Irene irá contigo para hacer las fotos. ¿De acuerdo, señorita Castro? —inquirió buscándola con la mirada.

—Perfecto —respondió ella contenta por enviarla con Humberto.

De sobra se sabía en la redacción que Irene bebía los vientos por él. Humberto era un chico de unos treinta y ocho años, alto, fuerte, algo amanerado, pero con un gusto exquisito para vestir. Se notaba a la legua que se estudiaba las revistas de moda a diario y hacía por comprarse los trapitos en los sitios más caros, dentro de lo que nuestro miserable sueldo nos permitía. Yo no tenía mucho trato con él, lo justo para sobrevivir día a día en el trabajo con una relación cordial.

Irene era todo lo contrario, una chica menudita con gafas de pasta, que miraba con ojitos relucientes a Humberto cada vez que este pasaba por su lado. Olía su perfume hasta impregnarse de él y así sentirlo más tiempo. En ese

momento yo ignoraba si algún día llegarían a tener algo, pero, no sé por qué, me daba que Humberto alguna vez que otra la seguía con la mirada, incluso parecía intuirse en él un amago de sonrisa. Era muy buena niña.

—Otra cosa... Mmm... A ver, Lucía —«Me tocó»—. Tú vas a cubrir el caso de una enfermedad rara que tiene una niña en Alcobendas.

—¿Qué enfermedad es? —pregunté curiosa.

—Es un trastorno llamado..., déjame que lo mire... —dijo mientras rebuscaba entre el montón de documentos que presidían su mesa—. Pica —respondió finalmente mi jefe mirándome con el ceño fruncido—. ¿Conoces en qué consiste?

—¿Pica? No, jamás lo había escuchado —respondí extrañada.

—Es un trastorno de la conducta alimentaria. Son personas que comen cosas no nutritivas, como tiza, yeso, tierra...

Me quedé perpleja, nunca había oído hablar de ese raro trastorno. Mira que yo me comía todo lo que no corría más que yo..., pero de ahí a comerme la arena... Aunque, vamos, que si me dijeran que la arena adelgazaba, me iba al vivero y me la compraba por kilos.

—Así que infórmate y al lío. Aquí tienes la dirección y el teléfono de la familia para que los llames y conciertes una entrevista con ellos. La familia está al tanto de que recibirán tu llamada.

—De acuerdo —respondí.

La reunión terminó después de repartir los artículos en los que trabajaríamos en la redacción y cada uno se dirigió a su mesa de faena. Mi puesto de trabajo y el de mi amiga Sara estaban adyacentes, lo cual favorecía que cada dos por tres nos relajáramos de nuestras labores y cuchicheáramos un rato. Cosa que acabó convirtiéndose en algo habitual e inevitable.

—Bueno, ¿y qué tal con Pedro ayer? —preguntó, curiosa, Sara desde su mesa.

—Ufff, un coñazo. Fuimos al cine a ver una peli de guerra, que, la verdad, me pareció soberanamente aburrida, y luego me llevó a cenar a un tailandés y estuve toda la noche con ardores...

—Ja, ja, ja... ¡Entonces, divinamente! —respondió Sara riendo.

—Sí..., divertidísimo —dije tornando los ojos en blanco.

—¿Y qué cenasteis? —preguntó mientras mordisqueaba una galleta de esas que no engordan y luego te comes cien y acabas engordando más.

—Pues mira, cuando llegamos al restaurante fui directa al baño porque me iba a reventar la vejiga y, cuando volví, él ya había pedido lo de los dos por su cuenta. Así que, cuando nos sirvieron, me encontré con una sopa azteca con chile y unos jalapeños rellenos... ¡Madre mía, lo que picaba eso, joder! —dije frunciendo el ceño—. Y sabes lo sensible que es mi estómago con el picante... Y

de postre pedí tarta de queso, que creo que fue lo único que no picaba..., y lo único que pude elegir yo.

—Ja, ja, ja, ja..., es un tío de emociones fuertes, ¿eh? —vaciló Sara.

—No me lo recuerdes, que aún tengo los jalapeños en la garganta... —dije agarrándome el cuello.

—La verdad es que el chico apuntaba maneras ya antes de salir, ¿eh? Solo había que mirarle y hablar cinco minutos con él para saber que es el típico que quiere dárse las de intelectual siendo un poquito pedante...

—Ya... —dije formando con mis labios una fina línea.

—Y entonces, ¿por qué quedaste con él?

—Pues porque se lo debía a mi padre. Es becario en la empresa de un amigo muy cercano a mi familia, y mi padre, en plan celestino, pensó que, como el chico no conocía a nadie, ¡qué mejor bienvenida que un cine y una cenita con su hija soltera! —dije haciendo aspavientos con las manos.

—Ja, ja, ja..., pues tu padre se lució, pero bien lucido.

—Ya te digo. Díselo a mi estómago.

Al cabo de unos diez minutos de conversación, volvimos a nuestras respectivas tareas antes de que nos llamaran la atención —que no sería la primera vez—, cuando vimos que nuestro director salía escopeteado de su despacho llamándome.

—¡Lucía! —gritaba.

«Mierda, ¿qué he hecho?», pensé.

Madre mía, qué susto me dio. Pegué tal bote en la silla que, de no ser porque los techos son altos, me habría dejado los cuernos.

—Dígame, señor Ramos, ¿qué ocurre? —dije educada poniéndome en pie.

—Ha habido un atraco en el Banco Central, cerca de Plaza España, hay heridos. ¡Coge el coche y sal echando leches para allá! ¡Rápido! —me apremió.

—Pero ¿y el reportaje que me mandó antes? —pregunté algo confundida.

—Lo acabarás después. ¡Vuela! ¡Y llévate la cámara de fotos! —exclamó.

El director me tendió un par de folios donde se reflejaba la dirección, algunos teléfonos y lo poco que se sabía de lo que había sucedido. Los cogí al vuelo mientras me ponía la cazadora negra de cuero, me colgaba la cámara de fotos y cogía el bolso.

—Luego te llamo —le dije a Sara lanzándole un beso al aire.

—Ten cuidado —respondió.

Bajé a toda velocidad las escaleras de la entrada a las oficinas y llegué al coche que tenía aparcado en el *parking* de empleados. Puse la dirección en el GPS y me dispuse a llegar lo antes posible.

No es que fuera una fotógrafa titulada, me defendía gracias a un par de cursos que había hecho por mi cuenta, y..., ya se sabe, antes que tener que contratar a más gente, ellos te mantienen en la empresa con lo que tienes y explotan tus aficiones. En este caso, la fotografía.

Cuando llegué, la zona estaba acordonada, así que dejé el coche donde pude, a riesgo de encontrarme un multón en el parabrisas a mi vuelta, que, obviamente, pasaría a mi jefe en concepto de daños colaterales por salir corriendo a cubrir una noticia.

Caminé mientras preparaba el objetivo para hacer fotos. Ya había algo de prensa por allí. En el escenario se veía una ambulancia del Summa y sus técnicos atendiendo a una señora sobre una camilla. La mujer, de unos sesenta y tantos años, sangraba por la cabeza. La policía no dejaba pasar a nadie; varios agentes se encontraban delante del cordón policial para evitar que alguien lo traspasara, pero yo tenía que llegar hasta dentro para tener la primicia. La exclusiva tenía que ser mía. Intenté escabullirme por una esquina, pero no pude, estaba repleto de policías.

Vi que alguien del personal de la uvi móvil se acercaba con premura a la ambulancia, así que pensé: «Esta es la mía». Y corrí hacia allí, me metí por debajo de la cinta amarillo limón que enmarcaba la zona y me acerqué a él con decisión.

Nada más verme, cámara en mano, gritó serio y nervioso:

—¡Eh! Tú no puedes estar aquí.

—¿Qué ha pasado? —pregunté mientras le daba al clic de la cámara de fotos sin parar.

—¡Sal de aquí! —respondió enfadado dándome la espalda mientras preparaba material para curar a aquella señora.

—Pero ¿no puedes decirme qué le ha pasado a la señora? —pregunté con la grabadora colgada del cuello en modo «grabación».

Entre la cámara de fotos, el móvil, los papeles y la grabadora parecía la mujer orquesta.

—¡He dicho que tú no debes estar aquí! ¿Es que no me has entendido? —dijo tajante dándose la vuelta y mirándome a los ojos.

Los dos nos retamos con la mirada. Vale, sabía que no podía estar allí, pero tenía que conseguir ser la primera en tener la información ¡de primera mano! Y qué mejor que viniera de alguien que estaba curando a los heridos. ¿Para qué están las normas? Para saltárselas de vez en cuando, ¿no?

En cuanto me respondió, corrió hacia la camilla. Yo salí de la zona acordonada, nerviosa y decepcionada por no haber conseguido nada. En ese momento vi que la prensa se arremolinaba frente a la puerta del banco y me acerqué veloz. Alguien, no sabía quién, iba a contar lo que había ocurrido. Fue un policía el que relató todo lo acontecido. Dos encapuchados habían entrado a robar en esa sucursal y, cuando la mujer herida se puso a gritar por un ataque de pánico, la empujaron contra el suelo. Golpe que le ocasionó la herida que yo había visto.

Cuando ya todo el revuelo había pasado y me sentía torpe y decepcionada, me senté en un banco a apuntar algunas cosas para que no se me olvidaran, y en ese momento vi pasar al chico del Summa de antes. Me levanté de un respingo hacia él y le dije:

—Gracias por nada, ¿eh? —dije directa a sus espaldas.

—¿Perdona? —respondió dándose la vuelta y mirándome confundido.

—Si me hubieras contestado a lo que te preguntaba antes, habría dado yo la primicia —le recriminé molesta y con la cabeza alta.

—Ahhhh —dijo sonriendo y asintiendo con la cabeza—, ya me acuerdo, ya. Tú eres la mosca cojonera que no me dejaba hacer mi trabajo.

—¿Me has llamado mosca cojonera? —pregunté enfadada levantando las cejas.

—Sí, es así como te he llamado —contestó con media sonrisa y dando un trago a su refresco.

—Bueno, esto es impresionante —exclamé negando repetidas veces con la cabeza—. No solo no me ayudas, sino que, encima, ¡me insultas! —Cada vez estaba más encolerizada. Verle a él tan tranquilo me ponía más nerviosa aún.

—Cumpló con mi trabajo, nada más —dijo sereno sin dejar de sonreír.

—¡Y yo con el mío! —respondí acalorada.

—Pues muy bien, los dos cumplimos con nuestro trabajo. Eso está bien. Buenas tardes. —Y se dio la vuelta y empezó a caminar.

Resoplé indignada ante tal escena de chulería por parte de aquel desconocido, que, con apenas dos frases, había conseguido sacarme de mis casillas. Menudo idiota estaba hecho. ¿Qué se creía?, ¿que por ser del Summa ya era superior al resto? Pero ¿era posible semejante desfachatez? Entre el cabreo que tenía por no haber conseguido nada, como aquel que dice, en lo relacionado a la noticia del atraco en el banco y la situación que acababa de vivir con ese chico, por no llamarlo personaje, me volví a la oficina totalmente atacada.



2

Regresé directa al trabajo, aún con el cabreo encima, y, cuando llegué, me puse a buscar información sobre aquel extraño trastorno llamado «pica», sobre el que tenía que documentarme y redactar un artículo.

Nunca había oído hablar de ello y la verdad es que, según leía cosas sobre él en el ordenador, me interesaba más. La primera definición que encontré decía así: «Es un patrón de ingestión de materiales no comestibles, como tierra o papel».

Ya solo leyendo eso me quede petrificada. ¿Comer tierra o papel? Según seguía documentándome, encontré otra definición todavía más concreta y que aún me revolvió más el estómago: «Conocido como una variante de un tipo de trastorno alimentario en el que existe un deseo irresistible de comer o lamer sustancias no nutritivas y poco usuales como tierra, tiza, yeso, virutas de la pintura, bicarbonato de soda, almidón, pegamento, moho, cenizas de cigarrillo, papel o cualquier otra cosa que no tiene, en apariencia, ningún valor alimenticio».

Me costaba entender esas conductas, pero lo que estaba claro es que existían casos reales, por muy ficticia que sonara la definición, y uno de ellos lo tenía delante de mis narices y se llamaba Isabel.

Llamé a la familia y al día siguiente concerté una entrevista con Rita, la madre de la chica. Ella se mostró muy dispuesta en todo momento y deseosa de que se publicara aquella entrevista, para hacer llegar al mayor número de personas posible la información de que existen las enfermedades raras, aunque no se nombren en los telediarios ni en la prensa. Me reiteraba la poca ayuda que recibían las personas afectadas por trastornos «diferentes». Tenía ganas de conocer la historia de Isabel y no decepcionar a una madre que vivía diariamente con este trastorno. Aunque reconozco que varias veces me acordé del incidente de por la mañana con aquel descarado desconocido.

Por la tarde me quedé en casa, vivía sola desde hacía un año. Antes compartía piso con Claudia, una de mis amigas de la infancia, pero se había ido a vivir a Londres con su novio Kevin. Le conoció en una discoteca de Ibiza en unas vacaciones —bastante locas, he de admitir—, en las que fuimos allí a desparramar y..., mira, acabó dejándolo todo por él y ahora vivían felices y contentos.

—¡¡Claudis!! —saludé a través del auricular.

—¡Hola, nena! ¿Cómo estás? —respondió ella, risueña como siempre.

—Pues aquí, que acabo de entrar en casa después de un día en el que hubiera sido mejor no haberme levantado de la cama... —resoplé.

—A ver..., venga, desahógate.

—Nada..., yo qué sé... Una noticia que cubrí fatal, un sanitario muy subidito, y tengo que hacer un reportaje que no sé por dónde cogerlo aún —dije tirándome en el sofá a plomo.

—Vaya..., entonces un día completito, ¿eh?

—Pues sí... —bufé—. Pero bueno, cambiemos de tema, ¿tú qué tal en tierras londinenses?

—Bueno, bien..., adaptándome, supongo. Llevo muy poco aquí —dijo sin entusiasmo.

—¿Kevin sigue trabajando tanto? —pregunté haciendo equilibrios para quitarme el sujetador con una mano.

—Sí, la verdad es que últimamente casi no nos vemos. Entre que le han ascendido y su puesto es aún más importante y que cada vez tiene más compromisos a los que acudir... —dijo apesadumbrada.

—Uy, nena..., tú no estás bien.

—¡Que sí, tonta! Es que este fin de semana vienen mis padres y tengo unas ganas locas de verlos... Y sí, reconozco que hoy estoy más mimosona, pero nada que no solucione una tableta de chocolate de las nuestras..., ja, ja, ja.

—Joder, esa es buena..., ¿te acuerdas? —respondí con una risa espontánea—. Menudas panzadas de chocolate que nos metíamos en el cuerpo cuando teníamos algún desamor, ¿eh?

—Madre mía, como para olvidarme... Menos mal que luego corríamos e íbamos al gimnasio, que si no..., con semejantes tabletas de chocolate, ¡iríamos rodando por la calle! Ja, ja, ja —se carcajeaba.

Claudia y yo nos conocíamos desde muy pequeñas. Coincidimos en primaria en el colegio y desde entonces no nos habíamos separado hasta que ella marchó a Londres en septiembre con su gran amor.

Teníamos el carácter demasiado parecido, y digo demasiado porque entre nosotras éramos totalmente previsibles. Solo con mirarnos sabíamos lo que la otra iba a hacer o decir. Pero a veces esa compenetración nos jugó malas pasadas, porque teníamos el mismo mal pronto. Un genio que empezaba a hervir y a hervir hasta que explotaba, llevándose por delante todo lo que se encontrara a nuestro alrededor. Y como nos pillara el mismo día y a la misma hora... ardía Troya.

Lo bueno era que, igual que el genio venía, también se iba, y acabábamos riéndonos como tontas por todo lo que nos habíamos dicho la una a la otra. Yo siempre la atacaba llamándola «rubia de bote» y ella lo hacía con «pies planos» cuando estábamos en el sumun del enfado... Pero nos queríamos muchísimo y éramos conscientes de ello aunque estuviéramos enfadadas a más no poder.

Lo mejor era que no coincidíamos para nada en el gusto por los chicos. Y menos mal, porque entonces sí que habríamos terminado tirándonos de los pelos. No es que tuviéramos un prototipo supermercado ninguna de las dos, pero, por suerte, jamás habíamos discutido por un hombre.

Cuando terminé de hablar con Claudia, me di una ducha y me puse cómoda y fresquita. Ya estábamos en el mes de mayo y el buen tiempo empezaba a hacer acto de presencia, así que aproveché lo que quedaba de tarde para sentarme en la terraza a leer.

De repente, no sé por qué, me vino a la cabeza el desconocido ese de la ambulancia.

«Hay que ver qué desagradable fue el tío ese», pensé.

Podría haber conseguido una exclusiva... Mi primera exclusiva. Después de casi dos años en la redacción, ya sería hora. Como siguiera así me iban a echar a la calle de una patada en el culo.

Nada más terminar la carrera me cogieron para hacer las prácticas aquí en la redacción, y no debí de hacerlo tan mal, cuando me contrataron un año con un contrato de becaria. Ahora se iba a cumplir otro año con un contrato un poco decente, aunque del sueldo no pudiera decir lo mismo.

Era una redacción pequeña de un periódico local llamado *Tu localidad* y, de momento, solo se publicaba vía internet. Yo me encargaba de la sección de «Curiosidades», y de ahí que tuviera la reunión con Rita, la madre de Isabel, sobre su «curioso» trastorno.

Aunque, desde hacía unas semanas, si los redactores estaban ocupados y surgía alguna noticia de última hora, me mandaban a mí, como había ocurrido hoy con el caso del atraco en el banco. Empezaba a estar a un paso de convertirme en la «chica para todo» de la oficina. Pero mirando el lado bueno, tampoco estaba mal, pues con mi edad, veinticuatro años, ya vivía sola y trabajaba en lo que me gustaba desde que había terminado la universidad. Soñaba con dar una exclusiva y lanzarme al estrellato de periódicos de tirada nacional. Sin embargo, como bien digo, no dejaba de ser un sueño, porque eso era muy complicado de conseguir, y más aún trabajando en un periódico tan pequeño.

Después de leer un rato, pasé el resto del día tirada en el sofá viendo la tele y, de puro agotamiento, me quedé allí dormida.



3

Me levanté temprano para darme una buena ducha y acudir a la entrevista que tenía con Rita, la madre de la niña que padecía aquel trastorno alimentario. Habíamos quedado en una cafetería cerca del centro para degustar tranquilas un café mientras ella me contaba.

Cuando entré, miré a mi alrededor en busca de Rita. Me había dicho que llevaría una camiseta roja y pantalones negros y, después de hacer un barrido visual, la encontré sentada en una mesa casi en la esquina de aquella cafetería. Estaba ojeando una revista cuando me acerqué a ella con una sonrisa, me presenté y me senté a su lado.

Hablamos un poco antes de comenzar la entrevista para romper el hielo y que se relajara, ya que me confesó que estaba algo nerviosa.

—Bueno, y ¿cuándo empezó a ingerir sustancias no nutritivas? —pregunté.

—Pues... tenía once meses, casi doce —respondió echando la vista hacia arriba, como pensando.

—¿Cómo os disteis cuenta? —pregunté interesada.

—Pues la verdad es que vimos que empezaba a jugar con la arena de los tiestos que teníamos en casa y de vez en cuando se la metía en la boca. Pensamos que sería «normal» porque, según su pediatra, se encontraba aún en la fase oral, es decir, que ella conocía y reconocía las cosas metiéndoselas en la boca.

Yo la miraba ensimismada. ¡Me parecía increíble pensar que alguien pudiera comer tierra de manera compulsiva!

—¿Isabel comía bien aparte de comerse la tierra? —indagué.

—Sí. No presentaba problemas al comer. Lo que pasa es que, al ver que lo de la tierra ya empezaba a ser algo anormal y cada vez más constante, lo pusimos en conocimiento de la pediatra.

Estuvimos hablando más de una hora. A Rita de vez en cuando se le caía alguna lágrima, pero no rompía a llorar. Me contó que de momento el tratamiento consistía en tomar suplementos alimenticios y evitar cualquier sitio que tuviera tierra o no dejarla a su alcance. Pero que el camino aún sería largo.

Me despedí de ella con un gran abrazo y quedamos en que le mandaría el artículo para ver qué le parecía antes de publicarlo.

Me dirigí hacia el trabajo dándole vueltas a ese trastorno. Y más que al trastorno, a la niña que lo sufría y a sus padres que lo vivían. Qué duro. Existen tantas enfermedades «raras» que no conocemos que no sabemos las cosas que pueden pasar a nuestro alrededor, ni imaginárnoslo siquiera.

La semana pasó rápido, ya estábamos a viernes y deseaba como una loca salir a divertirme con mis amigas. Sara y yo habíamos hablado en la redacción de ir a tomar una copa a la discoteca Fresh, que estaba en la calle Alcalá. Llamamos a Elsa y a Celia y quedamos en vernos en El Trote, el bar del barrio al que íbamos desde adolescentes.

Decidí ponerme un vestido negro corto algo ajustado, con una cazadora vaquera encima, y taconazos. Me dejé el pelo suelto, me cubría poco más que hasta los hombros, y me maquillé de manera suave, salvo los labios, que los pinté rojo pasión.

Nos encontramos todas en el bar, y Paco, nuestro camarero y confidente, nos recibió con un:

—¿Dónde van esos pedazo de bombones?!

Paco era un hombre de unos sesenta años, casado y con tres hijos. Desde que tengo uso de razón le sitúo en el bar. Hasta cuando iba con mis padres a tomar el vermú el domingo al mediodía le recuerdo allí. Siempre ha sido un señor muy educado y respetuoso con nosotras, y ¡mira que estamos como verdaderas cabras! Paco era bajito y llevaba la curva de la felicidad marcada en la tripa. Él siempre decía que no estaba gordo, sino que estaba lleno de alegría y ganas de vivir. Daba gusto escucharlo. Nunca le faltaba una sonrisa o un piropo para las clientas. Pero siempre con muchísima educación.

—¡Buenas noches, Paco! —gritamos al unísono.

—¡Una rondita de cervezas, por favor! —pidió Elsa levantando el brazo.

—¡Eso está hecho!

Nos sentamos en los taburetes altos que estaban junto a la barra, creando un semicírculo con nuestros asientos.

Nos quedamos allí como una hora, hablando de la semana que habíamos pasado en nuestros curros. Elsa trabajaba en una agencia inmobiliaria y Celia era dependienta en una tienda de ropa. Todas teníamos veinticuatro años, menos Sara, que tenía veintitrés. Muy pronto sería su cumpleaños y prometía fiesta para recordar.

Nos tomamos unas cuantas rondas de botellines y nos dirigimos hacia el metro de Valdeacederas para ir a la discoteca. Cuando estábamos llegando a la boca de metro escuchamos una voz que llamaba a Elsa a nuestra espalda. Nos

giramos y nos encontramos con un par de chicos. A Elsa se le puso una sonrisa de oreja a oreja y podría decir incluso que se sonrojó.

—¡Anda! ¡Hola, Iván! —saludó Elsa muy afectuosa acercándose a él y dándole dos besos.

—¿Qué tal, guapa? —respondió el chico con la misma efusividad—. ¿Qué haces por aquí?

—Pues nada, que nos vamos de fiesta mis amigas y yo —dijo girándose hacia nosotras sin perder la sonrisa.

—Hola, ¿qué tal? Soy Iván y este es mi colega Adri —se presentó mirándonos a las cuatro.

Iván empezó a repartir besos tras su presentación, y su amigo Adri hizo lo mismo.

Iván era un chico delgado, con el pelo muy corto y una sonrisa muy bonita. Era más alto que yo y vestía informal, vaqueros, playeras y camisa lisa azul oscura. Cuando su amigo se acercó a darme dos besos, casi me da algo...

—Anda, mira qué casualidad —dijo Adri levantando las cejas y mostrando una seductora sonrisa.

—¿Perdona? —le pregunté desconcertada.

—¿Tú no eres la mosca cojonera del otro día en el atraco del banco? —preguntó con la sonrisa ladeada.

«¿Mosca cojonera?» Eso solo me lo había llamado una persona en la vida, y había sido el tipo ese de la ambulancia el otro día. No podía ser. No me podía creer que le tuviera aquí delante otra vez. Empecé a negar con la cabeza incrédula.

—¿Y tú no eres el maleducado que no me ayudó en nada el otro día? —respondí a la defensiva.

Mis amigas y su amigo nos miraban desconcertados. ¿A qué venía esto?

Nos quedamos mirando fijamente, desafiándonos. Ninguno de los dos bajaba la vista, y lo peor era que él sonreía con la mirada mientras que yo con la mía le habría matado. Se hizo un silencio en el que me sentía totalmente observada, y no solo por él. Sabía que el resto del grupo esperaba que finalizáramos ese pequeño enfrentamiento.

—Bueno —carraspeó Elsa—. Veo que os conocéis.

—Eso parece... —le acompañó Iván con media sonrisa.

Decidí zanjar el tema de una vez por todas y me lancé como cuando sacan a los toros de los toriles.

—Mira, bonito... —empecé con chulería acercándome retadora a él—. Que el otro día fueras un maleducado no te da derecho a llamarme mosca cojonera cuando me veas, ¿me oyes?

—Alto y claro —respondió sin dejar de sonreír—. Y gracias por lo de bonito. Tú tampoco estás nada mal —expresó mirándome de arriba abajo.

Yo lo matoooooo. Te juro que me lo cargo.

—Bueno, venga, va, nos vamos —dijo Elsa viendo el panorama—. Que al final llegamos a las mil a la discoteca.

—Nosotros también íbamos a coger el metro —dijo Iván mirando pícaramente a Elsa.

—Venga, hombre —farfullé indignada.

—¿Hacia dónde vais? —preguntó Elsa con una caída de pestañas que delataba la atracción que sentía por Iván.

—Hemos quedado en la salida de la parada de Banco de España con unos amigos —respondió Iván.

—¡Anda, como nosotras! —expresó Elsa con una sonrisa que no le cabía en la cara.

¿Cómo? ¿Que vamos a ir juntos? Esto es de coña. Me acerqué a Elsa y le dije al oído:

—Pero ¿tú estás loca? Pero ¿no has visto al desagradable del amigo que va con él? —dije enfadada.

—Precisamente al que quiero ver es a Iván —susurró en mi oído.

—¿Cómo? ¿Te mola? No me jodas, Elsa... —ironicé.

—Ufff..., me pone mazo. Así que saca la banderita blanca en tu guerra para que yo pueda disfrutar de la mía —me dijo dándome un sonoro beso en la mejilla.

—No lo puedo creer... —respondí poniendo mis ojos en blanco.

Elsa empezó a reírse y me abrazó por detrás mientras bajábamos las escaleras mecánicas hacia el metro.

—Anda, tonta, hazlo por mí... —me dijo—. Le conocí el otro día y me apetece mogollón volver a verle.

Al final me rendí. No lo puedo evitar, la quiero mucho, la vida es así... Lo que no se haga por que una amiga eche un buen polvo...

—Bueno, vale, pero que conste que yo paso de quedarme de sujetavelas con el otro, ¿entendido? Si Celia o Sara quieren tirárselo, por mí encantada —dije advirtiéndola.

—No te preocupes, mientras estabais en plena batalla campal, Iván me ha dicho que han quedado en la parada de metro con el resto de sus amigos.

—Genial. Que se vayan todos juntitos.

Nos acercamos a las máquinas expendedoras de *tickets* a sacar los billetes para ir hasta la parada de metro Bilbao. Nos repartimos entre las tres máquinas que había y yo me situé la primera en una de ellas. Empecé a rebuscar en mi monedero porque llevaba algo de dinero suelto y así no cambiaba un billete. Rebuscando, me di cuenta de que me faltaban diez céntimos para sacar el *ticket*, cuando una mano me los tendió por la espalda.

—¿Los quieres? —me dijo una voz masculina por detrás.

Me giré y, claro, cómo no, allí estaba la mosca cojonera que no dejaba de tocarme las narices, por hablar de una manera más fina, desde que nos vimos por primera vez. Bueno, aunque, más que mosca, le llamaría moscardón.

Reconozco que cuando me giré y le tuve tan cerca, pude fijarme en sus ojos. Eran verdes, un verde claro que jamás había visto. Su pelo era castaño, ni rubio, ni moreno, un castaño claro. Y la verdad es que menuda sonrisa que tenía el tío... Esa sonrisa tenía que derretir hasta el mismísimo Polo Norte. Era muy joven para ser médico, seguro que era su primer año ejerciendo. Pero bueno, ¿qué estaba haciendo?! ¡Me estaba desviando del tema! El tío era un cansino, aunque había que reconocer que era un cansino que estaba muy bueno.

—No, déjalo —respondí arisca—. Meto un billete de cinco euros.

—Anda, no seas borde... Estoy seguro de que hasta puedes llegar a ser simpática —dijo metiendo él mismo la moneda de diez céntimos en la rendija de la máquina y pasando su brazo por encima de mi hombro, con el consiguiente acercamiento por mi espalda. Sentí un escalofrío por la espina dorsal que me recorrió de arriba abajo, además olía superbién.

—Soy simpática con quien quiero, y fíjate que tú no eres una de las personas que se lo merezca ahora mismo —respondí esperando a que se expendiera mi *ticket*.

—¿Sabes qué? —susurró acercándose hacia mi oído.

—Qué —dije muy digna sin girarme, pero con las piernas temblando.

—Serás simpática conmigo muy pronto... —siguió susurrando—. No me preguntes por qué lo sé, pero lo sé.

Después de que metiera la moneda, y con un «gracias» bastante áspero, cogí el billete de la expendedora y me marché con unos calores dignos del calentón que me acababa de provocar esa voz ronca en mi oído.



4

Fuimos en el metro durante varias estaciones. No había mucha gente en el vagón en el que entramos. Yo estaba sentada mirando el móvil y hablando con Celia, mientras que Iván, Elsa, Adri y Sara conversaban de pie alegremente en círculo, agarrados a una de las barras centrales.

De vez en cuando, y de reojo, yo miraba a Adri. ¿Es posible que un tío me llame mosca cojonera y se quede tan tranquilo? Este no me conoce a mí... En una de esas, le miré de reojo, él hizo lo mismo, y nuestras miradas se cruzaron. Y en ese preciso momento me sonrió y me guiñó un ojo. Enseguida retiré la mirada y moví la cabeza de un lado a otro. Este tío es tonto...

Llegamos a la parada de metro de Bilbao, donde debíamos bajarnos, y cuando salimos al exterior vimos cómo unos chicos se acercaban hacia Adri e Iván. Se saludaron chocando sus manos y vi que Elsa e Iván se quedaban hablando. Nosotras tres permanecemos un poco más alejadas de ese gran grupo de chicos, esperando a que la conversación entre los dos terminase.

Elsa se acercó hacia nosotras con cara de no haber roto un plato en su vida y, con una sonrisita de «chicas, he pillado y esta noche mojo», nos dijo que le había propuesto a Iván que se viniera al Fresh con nosotras y que él le había dicho que sí. Mi cara se transformó y Elsa se dio cuenta.

—Tranquila, leona —me dijo Elsa sonriendo y cogiéndome por la cintura—. Que el resto de sus amigos se van a otro lado y luego, antes de irse, se pasan por aquí. Si es que le dejo irse... —dijo picarona.

—Vas a saco, ¿eh, Elsa? —preguntó Sara riéndose.

—Ja, ja, ja... La vida solo se vive una vez, chicas. —Y se alejó contoneándose hacia Iván, que la esperaba con una gran sonrisa y la agarró por la cintura con fuerza.

Elsa era la más lanzada del grupo. Una tía decidida, con las cosas muy claras, y no se amilanaba ante nada ni ante nadie. Muy delgada, pero proporcionada, alta y con una larga melena lisa con mechass californianas. Le gustaba vestir siempre con todo tipo de ropa vaquera y mil pendientes en una sola oreja.

Éramos amigas desde el instituto, y desde entonces no nos habíamos separado. Habíamos tenido nuestros más y nuestros menos, pero siempre habíamos salido airosas de nuestros conflictos. Los problemas que habíamos tenido normalmente habían sido por tonterías de chicos, que si a mí me gusta

este..., que creo que no te conviene..., que si te has pasado tres pueblos con los cubatas..., pero nunca por cosas que pudieran hacer peligrar nuestra amistad.

Claudia y ella también se llevaban bien, pero su amistad no era tan fuerte entre ellas como la mía con Claudia o con Elsa por separado. Cuando acabé el colegio y me fui al instituto fue cuando conocí a Elsa, pero nunca dejé de ver a Claudia. Eran mis dos mejores amigas. Cada una me aportaba algo diferente.

Entramos en la discoteca y había mucho ambiente, tanto de gente como de música. Nos dirigimos primero al ropero a dejar las cazadoras y de ahí nos fuimos directas a pedir algo. De camino a la barra, un grupo de chicos nos silbaron mirándonos de arriba abajo, nosotras sonreímos pero no nos paramos. ¿A quién no le gusta que la consideren atractiva? Que te suban la autoestima debería ser asignatura obligatoria en el instituto.

Llegamos a la barra y nos pedimos unos *gin-tonics* para empezar la noche. La música sonaba alta y la noche prometía.

—Bueno, ¿y no nos vas a contar de qué conoces al pibón ese, amigo de Iván? —preguntó Celia mientras se servía la tónica.

—Será un pibón, pero es superdesagradable —dije con desdén dándole el primer sorbo a mi copa.

—¿Por qué? Yo no sé si será desagradable o no, pero bueno está un rato —afirmó Sara.

—Pues porque el otro día, si me hubiera echado un cable, habría dado mi primera primicia en el periódico. Y nada, ¡me ignoró el muy capullo!

—¿Y por qué te la podía dar él? —preguntó mi amiga curiosa.

—Porque es el médico del Summa que atendió a los heridos de un atraco a un banco hace unos días.

Las dos me miraban ojipláticas y, de hecho, Sara se atragantó con el cubata.

—Encima de estar tan bueno, ¿es médico? —preguntó Sara recomponiéndose—. Voy a tener que comprobar que sea tan desagradable como tú lo vendes... —dijo morbosa.

—Pues ese pibón que vosotras veis me llamó «mosca cojonera...» —contesté removiendo la copa con la pajita.

Las dos no pudieron evitar carcajearse.

—¿Mosca cojonera? Ja, ja, ja —reía Celia.

—Sí, tú ríete —respondí enfadada.

—Pero ¿por qué te lo llamó? —añadió intentando disimular su risa.

—Porque me colé en el perímetro que había dispuesto la policía y casi me meto dentro de la ambulancia. Saqué mi grabadora y la cámara de fotos y le

asalté allí mismo mientras buscaba cosas para curar a una mujer herida. Nada que en mi opinión pudiera enfadarle... —respondí dándole un trago a mi bebida.

—¿Hiciste eso? —preguntó Celia asombrada—. ¿Y te extraña que se mosqueara? Joder, tía. Y, oye, es muy jovencito para ser médico, ¿no?

—Sí, eso mismo he pensado yo... —respondí.

—Bueno, mosquita, ¿vamos a buscarle? —me vaciló Sara entre risas.

—Bah, paso de vosotras, vamos a bailar —dije con sorna.

Y las tres nos dirigimos a la pista con muchísimas ganas de pasarlo bien.

Empezaron a sonar los acordes de la nueva canción de Paulina Rubio y nos pusimos a bailar como locas.

«¿Por qué seguimos jugando a las cartas,
sabiendo que tienes un as bajo la manga?
Y ¿por qué vivimos bailando este tango,
si me caigo del piso sin poder acabarlo?
Eres mi nuevo vicio.»

Cuando estábamos repitiendo como locas «eres mi nuevo vicio», me crucé, sin querer, con la penetrante mirada de Adri. Por lo visto, no se habían ido a otro local, estaban todos aquí. Anda, que si me tengo que fiar de Elsa... «Sí, tranquila, que ahora se van...», ya veo, ya...

En cuanto se dio cuenta de que le había visto, levantó su copa en señal de brindis. Yo giré la cara y seguí bailando, pero un escalofrío me recorrió todo el cuerpo al verle de nuevo. ¿Qué me pasaba con este chico? Si seguía así, dentro de un mes, al verle, me darían descargas eléctricas.

Después de bailar un rato y acabar exhaustas, nos acercamos de nuevo a la barra a refrigerarnos con un chupito. Mientras estábamos allí, se me acercó uno de los amigos de Adri. Un chico moreno, bastante alto, de pelo muy cortito y bastante mono de cara.

—Hola, preciosa —dijo con una sonrisa seductora.

—Hola, ¿qué tal? —respondí de la misma manera, sin mostrar mucho interés.

Ufff..., si empiezas llamándome preciosa, no creo que avancemos mucho en la conversación... No hay cosa que peor lleve que el hecho de que un tío me hable en plan chulo.

—¿Te apetece una copa? —dijo acercándose más a mí.

Mi primera reacción habría sido decirle que no, pero, total, ¿que tenía que perder? El chico era mono para un desahogo y, después de las copas y los

chupitos que me había bebido, estaba algo desinhibida. Solo quería pasarlo bien y punto.

—Claro, por qué no... —dije picarona.

—Soy Darío —se presentó acercándose a darme dos besos.

—Lucía, mi nombre es Lucía.

—Bonito nombre —respondió adulator mirándome a los ojos y sonriendo.

Nos quedamos en la barra tomando la copa a la que me había invitado. Según me iba hablando, se iba acercando más, pero la verdad es que, en principio, no me molestó. Poco a poco, mientras me hacía preguntas, fue poniéndome la mano en la cintura, y ahí sí que empecé a encontrarme algo incómoda ante su descarada cercanía. Así que decidí poner freno a la situación.

—Darío, voy al baño, ahora vuelvo —le dije con una forzada sonrisa. No sabía ni siquiera si volvería a la barra o me escabulliría con mis amigas por otro lado de la discoteca.

—Claro, bella, aquí te espero —respondió dándome un beso en la mejilla.

¿Bella? Madre mía... Le voy a tener que regalar un diccionario de piropos a este chico, porque se ha quedado anclado bastantes años atrás.

Me fui hacia el baño y había una cola tremenda. Así que, con paciencia, me quedé apoyada en la pared del pasillo y miré a mi alrededor para hacer tiempo mientras la fila avanzaba despacio y me movía ligeramente al ritmo de la música.

De repente vi que Adri salía del baño de los chicos. Me vio y se plantó delante de mí. Se metió las manos en los bolsillos y sonrió.

—Vaya, creo que vas a tardar un pelín en entrar—dijo con sarcasmo.

—Pues eso parece... —contesté indiferente.

De repente vi cómo, poco a poco, se iba acercando a mí, en particular a mi oído. Yo me tensé, pero esperé a ver qué quería decirme.

—Si quieres te cubro y pasas al baño de los chicos —susurró en mi oído.

No pude evitar sonreír. Él hizo lo mismo.

—Tranquilo, machote, que espero —le dije susurrando también en su oído.

—¿Estás segura? —me preguntó pícaro.

—Segurísima —respondí guiñándole un ojo.

Se separó de mí despacio y me miró con media sonrisa.

—Que sepas que eres una mosca cojonera muy bonita y con muy mala leche.

No pude evitar sonreír y negar con la cabeza. Reconozco que era guapísimo, y esos vaqueros azul claro con esa camisa negra le quedaban realmente bien. Al final iba a tener razón y me iba a caer bien, como me había dicho en el metro. Se marchó guiñándome un ojo sin dejar de sonreír y no pude evitar mirarle el trasero. Uf..., ¡qué culo tenía el joven doctor!

Esperé unos cinco minutos más en la fila y por fin me tocó. Menos mal, había habido momentos en que había temido hacérmelo encima. Ya una vez fuera del baño, pensé en si irme con Darío o escabullirme, pero vi a Sara y a Celia hablando con un par de chicos y a Elsa enrollándose con Iván, cosa que no me sorprendió en absoluto. Así que decidí volver con Darío para por lo menos tener compañía. A quien no veía era a Adri, y me sorprendí a mí misma por estar buscándole con la mirada. Bueno, ¡qué más da! ¿Para qué quiero que esté aquí? Céntrate, Lucía. Vamos a buscar a Darío.

Cuando me dirigí a la barra, Darío seguía en el mismo sitio en el que le había dejado hacía un rato y me recibió con una gran sonrisa. Al llegar a su lado, me cogió de nuevo por la cintura.

—Te echaba de menos, pensé que habías huido... —dijo en mi oído dándome un beso en el cuello.

Uy, si tú supieras..., madre mía. Se le nota a la legua que este quiere encandilarme para llevarme a la cama. Pues lo lleva claro... Aunque, con las copas que llevo, yo no sé..., que la carne es débil...

—Es que el baño estaba hasta arriba —respondí con media sonrisa.

Estuvimos charlando un rato y la verdad es que Darío empezó a caerme bien. Me dijo que trabajaba en una tienda de ropa, que vivía solo, y la conversación fue fluyendo.

Al rato miré el reloj, las cuatro y media. Estaba cansada y, viendo el panorama que me esperaba, decidí que lo mejor era que me fuera a casa. Terminé de tomarme la copa y le dije a Darío que por ese día ya había cumplido y que me marchaba. Intentó convencerme para que me quedara, invitándome a otra copa, pero no me apetecía y me excusé diciéndole que me dolía la cabeza y que lo mejor era irme ya. Se ofreció a llevarme, pero le dije que prefería coger un taxi y que en nada estaría en casa.

—Gracias de todas formas, Darío —le agradecí.

—De nada, bella. ¿Nos vemos otro día? —preguntó sonriendo.

—Claro. Hablamos —respondí no muy convencida.

Nos dimos los números de teléfono y nos despedimos con dos besos. Había pasado un rato agradable con él; no es que me hubiera enamorado locamente, pero al final habíamos terminado teniendo una conversación que no se basaba solo en intentar meterme mano. Así que había ganado algunos puntos al final de la conversación.

Cuando me dirigía hacia el ropero, me paré antes a decirles a mis amigas que me marchaba. Intentaron convencerme para que esperara un rato y así irnos

juntas, pero lo cierto es que ya me había hecho a la idea de que me iba, y me iba. Y reconozco que soy bastante cabezona.

Me acerqué al ropero y, justo delante de mí, estaba Adri. «Joder, qué casualidad», pensé. Cuando recogió su chaqueta, se giró, me vio y, emergiendo una sonrisa ladeada en su boca, me dijo:

—Empiezo a pensar que me sigues... ¿Ya te vas? —me preguntó, cediéndome el paso para coger mi cazadora.

—¿Te importa? —respondí antipática.

—Hombre, la verdad es que no me va la vida en ello, pero como vienes al ropero..., una pregunta de cortesía, nada más —replicó irónico.

—Pues entonces ya te has contestado tú solito. —Y avancé hacia delante para entregarle al chico del ropero la ficha y recoger mi cazadora y, de paso, darle la espalda a Adri.

Le perdí de vista y, nada más salir de la discoteca, me acerqué al cajero que había junto a la entrada para sacar dinero y poder pagar el taxi de vuelta a casa. Después me dirigí hacia la parada de taxis mientras leía un mensaje de Sara dándome las buenas noches. Y cuando estaba llegando a la parada, vi que Adri también esperaba uno.

«Mierda, no me lo puedo creer», pensé.

Estaba tan cansada que preferí quedarme a su lado, aunque la situación fuera incómoda, que esperar escondida a que él cogiera uno y yo luego acercarme a por otro.

En cuanto me vio, sonrió.

—Vaya... Al final va ser verdad que me sigues, me empiezo a sentir acosado —dijo con sorna.

—Más quisieras tú —respondí mirando a la carretera en busca de un taxi.

—Oye, Lucía... ¿Por qué no enterramos el hacha de guerra? Yo no te he hecho nada... —dijo con las manos en los bolsillos y subiendo los hombros.

—¿No? ¡No me quisiste ayudar! ¿Te parece poco? —salió la bestia.

—Sabes que no podía —dijo serio y con voz tenue—. No seas cabezona.

Esa mirada y ese tono de voz hicieron que el estómago empezara a hacerme cosquillas. Suspiré. En el fondo tenía razón. Iba contra sus normas, no podía dar información.

Una pequeña y espontánea sonrisa salió de mi boca mientras miraba a otro lado. En la suya se reflejó una más grande y noté cierto alivio en ella.

—Vaya... Si sabes sonreír... —dijo mirándome a los ojos y ladeando su cara para que yo también le mirara.

—Ya ves... —respondí levantando las cejas sin dejar de sonreír—. Soy una caja de sorpresas —susurré levantando las cejas.

Una carcajada salió de pronto de su boca. Y, tendiéndome la mano, preguntó:

—Entonces... ¿Amigos?

—Amigos —respondí apretando mi mano con la suya.

Una vez nos soltamos, retomamos la conversación.

—Bueno y, por lo que veo, vas a coger un taxi, ¿no? —dijo acomodándose el pelo.

—Sí..., estoy cansada. ¿Tú también te marchas?

—Sí, hoy ha sido un día duro y me apetece descansar.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dije.

—Claro —respondió solícito.

—¿Cuántos años tienes?

—Uy, si yo te hubiera hecho esa pregunta antes, me habrías crucificado —contestó entrecerrando sus ojos.

Me reí espontáneamente por su comentario, porque tenía toda la razón del mundo.

—Tengo veinticuatro años.

—¿Y ya eres médico? —pregunté extrañada.

—No, estoy en prácticas. Es mi último curso.

—Es que te veía muy joven para haber terminado la carrera y estar ya ejerciendo.

—Espero acabar este año y poder prepararme para trabajar en el Summa.

—Me alegro.

Miramos hacia los dos lados de la carretera, pero no aparecía ningún taxi con luz verde. Me quedé con los brazos cruzados, no sabía muy bien qué decirle, estaba realmente cortada. Hasta que me lancé:

—Oye, Adri..., que lo siento si he sido un poco borde contigo antes —me disculpé con los ojos achinados temiendo su respuesta.

Pero esta fue una sonrisa de oreja a oreja.

—No te preocupes, de verdad, yo tampoco fui la amabilidad en persona —respondió sonriendo—. Y tampoco fui muy educado.

Uf, qué sonrisa tenía. Era perfecta, o por lo menos eso me parecía a mí. Hubo un silencio incómodo hasta que él rompió el hielo.

—Y ¿dónde vives?, si no es indiscreción —me preguntó.

—En la calle de Oñate —respondí tranquila.

—¿En serio? —me preguntó—. ¡Yo vivo en la calle Rosa de Silva!

—¿Sí? ¡Pero si es la calle paralela a la mía! —respondí sorprendida.

Al fondo vimos que un taxi con la lucecita verde se acercaba a la parada. Adri levantó el brazo decidido para que el taxi parara y mientras me hizo una propuesta.

—No sé qué te parecerá, Lucía, pero si quieres compartimos taxi, viendo lo que tardan en pasar... —me dijo resuelto.

Me quedé un poco indecisa. La verdad era que me apetecía un montón, pero no quería parecer desesperada.

—Ah, bueno..., no sé... —dije nerviosa.

—Bueno, déjalo, no quiero ponerte en un compromiso —contestó metiéndose las manos en los bolsillos.

—No, no..., claro, lo compartimos —dije desconcertada.

—¿Sí? Entonces, genial.

El taxi paró a un par de metros de nosotros, nos dirigimos hacia él y me cedió el paso para que subiera yo primero. Tocó con delicadeza mi espalda y me sentí protegida, no sabía por qué, pero me daba vergüenza sentir su tacto sobre mí.

Durante el trayecto me contó que se había mudado a un apartamento en mi barrio hacía no mucho tiempo. Yo le conté que hacía poco que vivía sola, pero que siempre había residido por la zona. Le expliqué que era mi barrio de toda la vida. Mis padres se habían prejubilado hacía poco y se habían marchado a vivir al pueblo. Allí teníamos la casa de mis abuelos y habían decidido instalarse en ella y descansar después de toda una vida trabajando.

La verdad es que el trayecto, que duró apenas quince minutos, fue muy agradable. Era un chico muy educado y también con mucho sentido del humor. Me hizo reír y eso me encantó.

Me acompañó hasta el portal de mi casa y ahí nos despedimos.

—Bueno, Lucía, un placer haberte conocido... otra vez —dijo sonriendo.

—Lo mismo digo—respondí tímidamente.

Pero ¿se podía saber qué me pasaba? Con lo que era yo, ¡y mírame! Atontada delante de este chico que acababa de conocer. Seguro que él estaba pensando que era tonta ... O espabilaba, o iba a salir corriendo, entre mi mal carácter y la timidez que había emergido de la nada..., diría: «Menuda tía más rara».

—Me alegro de que ya, al menos, me sonrías y no me asesines con la mirada... —dijo con una carcajada.

—Pero qué malo eres, ¿no? —respondí sonriendo también.

—Puedo serlo más...

Otra vez lo había conseguido, me había dejado sin palabras de nuevo. Qué capacidad tenía para dejarme KO. Me encantaría haberle dicho que disfrutaría

viéndole ser malo conmigo, pero en el lado sexual satisfactorio de la palabra, claro.

Decidí, con una sonrisa, dar por concluida esa conversación que prometía terminar calentita... Nos despedimos hasta la próxima con dos cálidos besos y otra sonrisa.



5

La semana fue bastante suave en lo referente a lo laboral, un par de artículos sobre bodas extravagantes ocuparon mi tiempo. Tenía muchas ganas ya de dar el salto y cubrir noticias en condiciones; estaba harta de pequeñas noticias que no me dejaban mostrar mi talento, aunque la verdad es que aún no sabía si lo tenía, ya que no había tenido oportunidad de explotarlo...

Me reuní con una pareja en la que el novio había alquilado ¡un cine entero para pedirle matrimonio a su novia! Y con otro prometido que estuvo grabándose los trescientos sesenta y cinco días del año pidiéndole matrimonio a su futura esposa y luego se lo puso todo seguido en su *tablet* ante las olas del mar.

¿De verdad que todo eso era real? ¿Hace falta demostrar de forma tan exagerada el amor que se siente por alguien? No lo sé..., supongo que nunca había estado tan enamorada como para saberlo. Imagino que con el día a día eso se demuestra, ¿no? Quizá, pero el reunirme con estos chicos me había hecho pensar. ¿Son necesarias las demostraciones tan a lo grande para que se entere todo el mundo? ¿Una persona quiere más a otra si todo el mundo sabe de ese amor? En fin..., ni idea... Así que pasé la semana entre entrevistas a las parejas en sus casas y en la redacción.

Sara se había pedido una semana de vacaciones, ya que le habían dicho que tenía que cogérselas en ese momento o las perdería. Cosas de la dirección. Así que esa semana estuve aburrida en lo que a marujeos se refiere.

Y el viernes, por fin, recibí una llamada de Elsa mientras estaba llegando a casa después de trabajar.

—¿Qué pasa, guapa? —saludó Elsa.

—Buenas, tronqui, ¿qué haces? —respondí mientras abría la puerta con la llave y mantenía el teléfono sujeto entre mi hombro y la oreja.

—Pues nada, ya en casita.

—¿Ya has llegado del curro? —pregunté.

—Sí, tenía unas ganas de que llegara ya el viernes... Estoy harta de enseñar pisos y más pisos para que luego que no compre nadie.

—Ya, y yo... —resoplé—. He terminado de pedidas de mano hasta el gorro.

—Ja, ja, ja..., ya te tocará a ti. Ja, ja, ja.

—Anda, anda... Bueno, ¿y qué te cuentas? —pregunté tirando el bolso al sillón.

—Poca cosa... Es que esta noche he quedado con Iván y, bueno, por si te quieres venir.

—Sí, claro, a sujetar la vela a vuestro lado, ¿no? —dije irónica—. Es una situación idílica para mí, ¿no crees? —pregunté con sorna.

—No, tonta..., es que Darío quiere volver a verte y le ha dicho Iván que podríamos hacer una quedada a cuatro...

Uff, Darío... La verdad es que no había pensado nada en él a lo largo de esa semana. Adri sí había ocupado alguna vez que otra mis lascivos pensamientos, pero Darío..., la verdad es que no.

Elsa e Iván se habían vuelto a ver varias veces a lo largo de la semana. Habían cogido con ganas la «relación» y estaban dándolo todo.

Darío era un tío bastante guapo y el fin de semana anterior habíamos hecho buenas migas en la discoteca, pero eso de quedar con ellos, dando por hecho que saldríamos como pareja..., uff..., me daba una pereza...

—No sé, Elsa —dije desganada.

—Anda, porfa... Iván me ha dicho que haga lo posible por que te vengas. Darío es buen tío... Además, no ha querido ponerte en un compromiso y llamarte directamente, que sé que tiene tu teléfono...

—Sí, se lo di el fin de semana pasado —respondí.

—Bueno, entonces... —dijo remolona—. Anda..., ¡y te prometo que te haré un bono para darte masajes en los pies durante un mes! Bueno, los masajes te los doy yo... —añadió dubitativa.

—Es que me da la sensación de que, como salimos con otra parejita, ya tenemos que estar como parejita nosotros también —argumenté.

—Lucía, tú saldrás en calidad de lo que quieras salir... —Me la imaginaba poniéndome pucheros.

—No sé... ¿A qué hora has quedado con Iván? —Ya me había convencido.

—Pues habíamos hablado de vernos a las diez en la terraza de verano de la discoteca Saigón. ¿Sabes cuál te digo?

—Creo que sí... ¿Es aquella donde estuvimos con Fran y Luis? —Unos rolletes que habíamos tenido hacía unos meses.

—¡Sí! ¡Pero hoy tenemos mejor compañía! Que esos dos eran unos muermos... Ja, ja, ja, ja. Bueno, entonces, ¿te esperamos allí a las diez? Iván va a pasarse antes por casa a buscarme, ya sabes...

Vamos, que iban a consumir antes de venir a vernos. Vendrían relajaditos.

—Bueeeeno, venga, vale. Pero si veo que el plan no me mola, me vengo a casa sin preguntar, ¿vale?

—Vaaaaaleeeee... ¡Te quiero! ¡Luego nos vemos!

Y colgué mientras escuchaba millones de besos que Elsa me tiraba desde el otro lado del auricular.

Empecé a arreglarme sin ningún ánimo para salir. La verdad es que la idea de quedar con Darío en plan parejita no era algo que me apeteciera muchísimo, pero bueno, a falta de planes para el viernes por la noche..., ¿por qué no? Entre que Sara no estaba y que Celia tenía cena familiar..., ¿qué otra cosa mejor podría hacer? Además, mirando el lado positivo, no iba a una cita a ciegas con el amigo del nuevo novio de Elsa; a este ya le conocía, así que más valía lo malo conocido que lo bueno por conocer...

Me puse unos *leggings* negros con zapatos del mismo color y taconazos. Lo acompañé con una camisa-vestido color *beige* de tirantes y escote de pico. Me dejé el pelo suelto y me lo alisé con la plancha. Maquillaje suave pero que no dejaba indiferente. Como no me diera prisa, no llegaría. Justo en ese momento me sonó el móvil. Mientras corría a por él, me fui poniendo los zapatos y retocándome el *gloss* de los labios. Descolgué sin mirar quién llamaba.

—¿Sí? —respondí ajustándome el segundo zapato.

—Hola, Lu —contestaron.

—¡Hola, Clau! Me pillas un poco mal ahora —dije mientras correteaba por el salón buscando la cartera para meterla en el minibolso que me llevaba.

—Oh..., bueno, pues en otro momento.

Pero el tono no me gustó. Estaba seria.

—¿Qué pasa, Clau? ¿Todo bien? —le pregunté algo preocupada.

—Ehh... Sí, sí..., tranquila..., hablamos en otro momento —respondió con voz prudente.

—Bueno, vale... Me voy corriendo, que he quedado y no llego... ¡Un besazo, preciosa! —Y colgué.

En el momento en que escuché que alguien me llamaba Lu, supe que era Claudia. Era la única que me llama así desde siempre. Decía que le gustaba más y que era más corto. Así que, para mí, pasó a ser Clau.

Cogí un taxi que me llevó directamente a la sala en la que habíamos quedado. Eran las diez y diez de la noche, llegaba diez minutos tarde, pero prefería llegar así a llegar pronto y estar sola esperando a los demás. Había bastante ambiente por las calles alrededor de la sala Saigón. Gente que entraba y salía, y en lo alto de la discoteca se vislumbraban luces y movimiento de gente. Una gran terraza con mesas para cenar y tomar algo presidía el edificio.

Mandé un mensaje a Elsa diciéndole que estaba allí y, en cuestión de segundos, respondió:

«Sube a la terraza-bar, estamos en una de las mesas del fondo más pegadas a la barandilla.»

Pues, hala, adelante, a ver qué nos deparaba la noche.

Entré en el local y me dirigí a las escaleras que conducían hacia la terraza. Atravesé otra pequeña sala donde había gente tomando copas y ya di con ella. Cuando salí, de fondo sonaba Pablo Alborán; «te he echado de menos», decía... Eché un vistazo a todos los lados para ver si encontraba a Elsa y, de repente, al fondo, una mano se alzó y allí estaba ella, de pie, haciendo aspavientos para que la viera. Nunca había sido especialmente discreta. Fuera donde fuéramos, Elsa, de una manera u otra, se hacía ver.

Sonreí y alcé la barbilla en señal de «hola», pero mientras me acercaba vi que no estaban solos los tres, Iván, Darío y Elsa. De espaldas había un chico y otra chica más.

Sorteé alguna mesa hasta que llegué a la nuestra. Elsa vino hacia mí como un vendaval y me abrazó.

—¡Ay, qué alegría que hayas venido! —dijo mientras me apretaba junto a ella.

—¿Tenía otra opción? —bromeé separándome de ella y guiñándole un ojo.

—Ven, mira, que te voy a presentar...

Se acercó hacia las dos personas que yo había visto de espaldas.

—Mira, Lucía, esta es Ana —dijo acercándome a la chica que no conocía.

—Encantada, Ana —respondí dándole dos besos.

—Y a Adri creo que ya lo conoces —dijo señalándole con la palma de la mano.

Adri... No sé por qué, pero el estómago me dio una voltereta al volver a verle, otra vez esa estúpida reacción corporal al tenerle delante... ¡Sería tonta!

—Sí, me acuerdo de él —contesté acercándome a darle dos besos. Mmmmm, qué bien olía.

—Imposible olvidarme de ella... —respondió con una media sonrisa que hizo que me subieran los colores hasta las orejas—. ¿Cómo estás, Lucía?

—Bien —fue lo único que acerté a decir.

Joder, este chico me anulaba totalmente, en el buen sentido de la palabra.

Se acercó a mí para darme los dos besos agarrándome con presión a la espalda. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. ¿Habría sentido él lo mismo? ¡Bah!, qué tonterías decía. Solo había que mirarle..., pedazo de tío, y pedazo de tía que le acompañaba. Una chica, mínimo, de metro setenta, con vestido rojo ajustado que marcaba todo el esplendor de su tipazo y melena que paseaba

perfectamente al viento, como si hubiera estado ensayando en su casa ante el espejo dos horas por lo menos.

Me acerqué a Iván y le di también dos besos. Y Darío se acercó a mí, decidido, y me dio un sonoro y largo beso en la mejilla, abrazándome con fuerza... «Uyyy, este cómo viene...», pensé.

—Buenas noches, nena —dijo.

¿Nena? ¡Ay, cómo odio esa expresión! ¿Nena? Me dio tal impresión de engreimiento y prepotencia por su parte... Pero, claro, si ya venía a la cita sin predisposición, seguro que cualquier cosa que me dijera o me hiciera me iba a molestar. Así que mejor empezar de cero, porque, si no, menuda noche me esperaba. Pero, siendo sincera, el beso de este chico había estado a años luz de lo que me ha había hecho sentir el saludo de Adri. Al rey lo que es del rey.

Nos sentamos y a mí me quedó a un lado Elsa, al otro lado, Darío y, justo de frente, Adri. Decidí pedirme un *gin-tonic* para comenzar la noche, parecía que iba a ser muy larga.

Estuvimos hablando un rato de banalidades, aunque muy divertidas, que nos hicieron pasar a los seis un buen rato. Bueno, a Ana no lo sé, porque con lo estirada que era y lo poco que sonreía para que no se le corriera el rímel, yo no sabía muy bien qué pensar. Uff, qué mala es la envidia, joder... Mientras tanto, Darío no hacía más que intentar cogerme la mano, y yo, disimuladamente, la soltaba para coger el móvil, la bebida...

Tras la segunda copa y algún chupito, nos fuimos a la pista a bailar. Elsa y yo estábamos en nuestra salsa, bailando sin parar. Y Ana, contoneándose ante Adri pidiéndole guerra.

—¡Madre mía, esta!, ¡cómo va a poner a Adri esta noche! —reía Elsa.

—¡Ya te digo! —contestaba yo también entre risas, pero pensando para mis adentros: «Será pedorra...».

Después de bailar tanto, estaba sedienta, y también algo mareada tras no sé cuántas copas ya. Me acerqué a la barra a por una Coca-Cola, de momento no quería seguir bebiendo más o acabaría llegando a casa haciendo el pino con las orejas. Mientras estaba esperando, alguien se acercó por mi espalda y me susurró al oído:

—¿Te puedo invitar?

De un respingo me di la vuelta y allí estaba Adri. Pensaba que era Darío, y lo primero que se me vino a la cabeza fue: «Joder, otra vez aquí..., no me deja ni respirar». Pero cuando vi que era Adri, no pensé lo mismo. Este chico me atraía físicamente, era algo innegable. Una sonrisa salió automáticamente de mi boca cuando me lo encontré frente a mí sonriendo.

—¿Te puedo invitar yo a ti? —respondí picarona.

—Ja, ja, ja... no sé, no sé..., no estoy seguro de que a Darío le guste la idea —dijo con sorna.

Vaya, venía guerrero.

—Sí, claro, claro —contesté mirándole a los ojos—. Anda, no digas tonterías —añadí dándole en el pecho sin dejar de sonreír—. Aunque, la verdad —apunté—, Ana está a punto de matarme con la mirada.

Adri se giró y, efectivamente, Ana estaba de pie en la pista sin dejar de mirarnos.

—Uff, déjala... La verdad es que estoy un poco agobiado —dijo resoplando.

—Ja, ja, ja... ¿Sí? Pues yo tengo la misma sensación con Darío —aseguré girándome de nuevo hacia él.

—Ja, ja, ja, pues nada, relajémonos juntos —respondió sonriendo y mirándome fijamente a los ojos.

Ahora mismo te daba una clase práctica de cómo te relajaría yo... ¡Ya, Lucía, ya! Que te embalas.

Nos pedimos un par de copas para celebrar que nos estábamos relajando y hablamos un rato sobre nuestras «parejas» de la noche. Me contó que Ana era una chica que había conocido hacía unos meses en una intervención en la ambulancia y, casualidades del destino, se habían vuelto a encontrar la semana anterior en una tienda de ropa. Ella le había hecho un par de aspavientos con el pelo y unas cuantas caídas de ojos y se había rendido a sus encantos, así que Adri le propuso quedar el viernes por la noche. Precisamente, Iván le comentó que habíamos quedado con ellos y se animó a venir.

—Vaya..., así que con un par de contoneos se te conquista, ¿eh? —dije vacilona y con el alcohol haciendo parte de efecto.

—Ja, ja, ja —carcajeó subiendo la barbilla—, como verás, soy fácilmente impresionable —respondió clavando sus ojos en los míos—. Y tú, ¿qué me cuentas de Darío? —preguntó dando después un buen trago a su copa.

—Puff, pues que después del fin de semana pasado, que se me pegó cual lapa, esta tarde me ha llamado Elsa para convencerme de quedar con ellos, que Darío tenía muchas ganas de volver a verme, y bla, bla, bla...

—No me extraña —dijo cortándome el discurso.

—Anda, ¡no seas pelota! —contesté volviendo a darle en el pecho con mi mano. Hecho que respondió riendo a carcajadas.

—Vale, vale..., perdona —sonrió levantando las manos en señal de rendirse—. Continúa, por favor.

—Pues eso, que al final me han convencido, y aquí estoy.

—¿Te gusta?

—¿Qué?

—Que si te gusta Darío —preguntó directo.

—Pues la verdad es que físicamente está muy bien, pero... va demasiado rápido, en mi opinión.

—Si te gustara, te encantaría que fuera lo más rápido posible —me susurró Adri al oído.

Esa respuesta me debió de poner roja como un tomate, esperaba que con la poca luz de la discoteca apenas se notara, y me hizo temblar hasta las pestañas. Qué voz, qué susurro, qué bien olía..., qué perjudicada estaba yo, joder. Intentando bajarme los colores, fui yo la que atacué.

—¿Y tú? ¿Qué me dices de Ana? ¿Te gusta?

—A ver..., hay que estar ciego para no darse cuenta de que está tremenda —dijo girándose a mirarla—, pero no es mi tipo de chica.

—¿Ni para un revolcón? —«¿He dicho yo eso? Madre mía, tengo que dejar de beber.»

—Ja, ja, ja..., hombre, para un revolcón claro que es mi tipo —respondió sorprendido.

La respuesta me pinchó un poco en el estómago, pero ¿a quién quería engañar? ¡Solo había que mirarla! Incluso yo tendría un revolcón con ella, y eso que a mí las chicas no me van.

—Los hombres no ponéis el listón muy alto para revolcaros con una mujer —ataqué.

—¿En serio dices eso? Ja, ja, ja... Lo que pasa es que vosotras sois demasiado exigentes —dijo acercándose más a mí.

—¿Sí? ¿Tú crees? —respondí sin moverme del sitio.

—Sí —susurró cada vez más cerca de mi boca.

Nos quedamos mirándonos fijamente sin movernos del sitio. Se humedeció los labios y yo me mordí el lado izquierdo de los míos.

—Adri, ¿nos vamos ya? —interrumpió Ana con cara de pocos amigos—. Me aburro aquí —añadió.

Los dos nos echamos para atrás como si tuviéramos un resorte, y miramos a Ana a la vez.

—Ehh... —dijo Adri amasándose el pelo, como confundido—, sí, claro, te llevo a casa.

—¿No vamos a la tuya? —respondió cogiéndole del brazo y mirándome a mí.

—Ah..., bueno..., vale.

—Voy al ropero a por mi chaqueta —dijo girándose y creando un vendaval de melena a nuestro lado.

Nos quedamos mirando y, de repente, a los dos nos estalló una sonrisa en la boca.

—Te he notado muy convencido de su propuesta..., sí, sí —dije burlona.

—Qué mala eres, mosca cojonera —respondió.

—¿Perdona? —Y cuando fui de nuevo a darle en el pecho, me paró la mano con la suya y me la cogió.

—Como siga dejándote que me des en el pecho, me vas a hacer un moratón... —respondió sin soltarme la mano.

—Bueno —dije soltándome al fin—, eres casi médico, ¿no? Sabrás curártelo —añadí provocadora—. Voy a la pista a bailar..., y recuerda, ¿ves como ponéis el listón muy bajo? —dije burlona guiñándole un ojo y girándome para irme a la pista.

Pero cuando caminaba ya hacia la zona de baile, me paró cogiéndome del antebrazo y, quedándose tras de mí, pegó su pecho a mi espalda y me susurró al oído...

—A mí me encanta que seas tan exigente y no dejes que Darío se meta en tu cama.

Me di la vuelta y, en ese instante, Ana le cogió del cuello y le besó. Eso dio por terminada la conversación y me dirigí hacia donde estaba Elsa.



6

Había pasado un mes desde la última vez que vi a Adri. En el trabajo me mandaron a Galicia a cubrir unas noticias, bastante poco estimuladoras, la verdad, pero por lo menos ya me mandaban fuera de la redacción, ¡incluso me pagaron el hotel y hasta me creí importante al llevar una acreditación con mi foto!

Estuve una semana fuera y bastante desconectada. Darío me llamó a la mañana siguiente de nuestra primera cita y la verdad es que me planteé que por qué no darle una oportunidad. Y se la di. Era un chico amable, guapo y trabajaba en una tienda de ropa para jóvenes. Parecía formal, ¿no? Aunque yo fuera todo lo contrario, un torbellino de emociones a las que no controlaba ni yo.

A veces era un poco reservado y algo celoso, pero lo cierto es que el mes que llevábamos juntos había sido muy bueno.

Esas semanas quedábamos para ver pelis en mi casa o en la suya. Hacíamos poca vida social..., es lo que tienen los comienzos, ya se sabe, prefieres estar con tu pareja y aprovechar al máximo el tiempo juntos que ver a los colegas, por duro que suene, pero es la verdad. Aunque con Sara coincidía en el curro y a Elsa y a Celia les hablaba por mensajes, pero verlas, hacía mucho que no las veía.

Elsa e Iván seguían juntos y en el mismo momento que Darío y yo, el momento de estar solos devorándose el uno al otro.

De Adri no supe nada, aunque tampoco hice por saberlo. Sabía que ese tío me parecía tremendamente *sexy* y me atraía físicamente una barbaridad, así que, como había empezado algo con Darío, preferí poner tierra de por medio y no complicar más las cosas, porque me conozco, soy muy impulsiva, y cualquier día podía cagarla, y no era mi intención.

La semana comenzó tranquila, con un artículo sobre una mujer holandesa que se acababa de casar ¡con su perro! Lo peor es que también se acababa de quedar viuda... ¡de su gato! La gente está fatal; pero, en fin, hay que ganarse el pan, y si tengo que escribir sobre esto, como si tengo que informarme de la boda entre dos elefantes.

El jueves por la mañana me levanté pronto para ir a correr. Normalmente solía hacerlo a última hora de la tarde, pero esa mañana me desvelé temprano y decidí salir un rato antes de ir a trabajar. Soy bastante aficionada al *running* y llevo practicándolo desde hace unos diez años. Empezó como una manera de

bajar peso y hacer deporte sin pagar gimnasio, y al final me enganqué y hasta he participado en algunas medias maratones.

Me puse mis mallas negras por debajo de la rodilla, una camiseta amarilla ajustada y me calcé mis zapatillas Asics. Me coloqué el pulsómetro, los auriculares enchufados al móvil, que llevaba en un brazalete ajustado al brazo, la gorra, las gafas de sol y... ¡adelante!

Cuando bajé a la calle me acerqué al parque de enfrente de mi portal para empezar a estirar y así poder utilizar los bancos de dicha zona para calentar. Una vez hecho esto, comencé a correr.

Tenía la suerte de que al lado de mi casa había una amplia zona verde por la que la gente paseaba, corría... Venía muy bien para hacer un circuito sin alejarte mucho de la zona. Cuando llevaba unos cinco minutos corriendo y la música de David Guetta a todo trapo, noté cómo alguien se ponía a mi lado. Me giré con cara de pocos amigos, ya que a esas horas de la mañana, hasta que me espabilo, no suelo ser muy simpática. Y encima de que me encanta ese rato para reunirme conmigo misma, viene un desconocido a romperme mi momento. Vale, soy un poco borde, pero ya he dicho que también soy un torbellino de emociones incontrolables.

Pues eso, que me giré con cara de malas pulgas y recibí una sonrisa, y no solo una sonrisa..., sino su sonrisa.

No lo podía creer.

—¿Adri? —dije parando de correr y sacándome los auriculares de la oreja.

—El mismo —contestó con la respiración agitada por el esfuerzo—. Pero no pares, sigue corriendo... —me invitó mientras iniciaba la marcha hacia atrás mirándome de frente sin parar de sonreír.

Inicié la marcha con él y se colocó a mi lado; trotamos mientras respiraba contenta de haber empezado así el día. Si lo empezara así siempre, se me quitaba la mala leche de recién levantada, eso seguro.

—Buenos días, Lucía, cuánto tiempo sin verte —dijo sonriendo.

—Buenas. Sí..., hace mucho que no coincidimos —respondí con el pulso acelerado y no solo por correr.

—No sabía que corrías por las mañanas —dijo mirando hacia delante.

—No suelo venir por la mañana, suelo correr por la tarde, pero ya casi anocheciendo —expliqué mirándole de vez en cuando y sin dejar de correr—. Me gusta más correr por la tarde —respiré—, así acabo el día más relajada...

—Yo así lo inicio más relajado —respondió sonriendo y guiñándome un ojo.

De vez en cuando se me iban los ojos a su cuerpo. ¡Y es que era inevitable! Llevaba unos pantalones cortos negros y una camiseta verde flúor ajustada que

hacía que se le marcara perfectamente su silueta. ¡Es que me va provocando! Tenía un cuerpo definido pero sin marcar excesivamente, y eso me gustaba más aún.

Seguimos corriendo un rato, hasta que me propuso que acabáramos más pronto y nos tomáramos una bebida isotónica para recuperarnos antes de irnos a casa y prepararnos para trabajar.

Sin darme cuenta, le había respondido que sí sin pensármelo. Y enseguida me di cuenta también de que no llevaba dinero encima.

—Oye, pero no llevo ni un euro —le dije tímida.

—Anda, no seas tonta, te invito... Ya solo me debes lo que tomemos ahora y los diez céntimos del metro —bromeó con gesto travieso.

No pude evitar reírme.

—Tranquilo, que te lo pagaré aunque tenga que ponerme a hacer horas extras en el bar de Paco —respondí sacándole la lengua—. Bueno, y ya que tú pagas... ¿dónde te apetece ir? —pregunté.

—¿Qué te parece a El Trote?—respondió.

—¡Ah, claro! Paco estará ya allí y le puedo preguntar lo de hacer las horas extras —bromeé.

—Pues entonces ya está todo dicho. Vamos, te echo una carrera —dijo mientras empezaba a correr delante de mí.

No pude evitar sonreír y correr tras él.

Llegamos al bar y, efectivamente, allí estaba Paco poniendo unos chupitos de pacharán a unos obreros que parecían dispuestos a empezar la faena calentitos. Nos pedimos un par de Aquarius y nos sentamos en una mesa a tomárnoslos.

—Bueno y... ¿qué tal acabó aquella noche con Darío? —me soltó de repente.

—¡Anda! ¿Y a ti qué te importa? —contesté con gracia.

—Claro que me importa —respondió con sorna—, me preocupo por ti... —dijo con guasa.

—Ya, claro, es por eso... —le respondí mirándole a los ojos y sin dejar de sonreír.

—Qué poco te fías de mí, ¿eh?

—¿Hace mucho que conoces a Darío? —le pregunté desviando el tema.

—Un par de años o así. Es amigo de Iván, del gimnasio, y, bueno, no es que seamos muy amigos, pero nos vemos de vez en cuando. Es un tío algo reservado.

—Ni que lo digas... Entonces entiendo que a Iván le conoces de hace más tiempo.

—Sí, Iván y yo nos conocemos desde hace unos cuatro años o así. Le conocí porque coincidimos de camareros en una discoteca, y ahora él conduce las ambulancias —dijo dando un trago después a la bebida.

—Anda, no sabía —respondí sorprendida.

—¿No te ha contado Elsa?

—No, la verdad es que está un poco desaparecida últimamente..., pero es por una buena causa —dije sonriendo.

Se me quedó mirando sin decir nada hasta que continuó:

—¿Te han dicho alguna vez que tienes una sonrisa preciosa? —dijo apoyando la cabeza sobre su mano, que a su vez se apoyaba en el codo.

Me quedé paralizada. ¡Qué habilidad tenía este chico para sacarme los colores en décimas de segundo! Me quedé sin saber muy bien qué contestar, le miré perpleja. Él, evidentemente, notó mi confusión y creo que disfrutó creando en mí el desconcierto.

—Porque si Darío aún no te lo ha dicho, es que está ciego —continuó.

Parpadeé dos veces para volver en mí y cambié de tema.

—Bueno, ¿y tú y Ana qué tal?

Se recompuso y bebió de su bebida, dejó el vaso con calma y respondió.

—¿Con Ana? Bueno, la carne es débil..., ya sabes.

—Ja, ja, ja, caíste, ¿eh? —le dije guiñándole un ojo.

—Bueno, caer, caer..., digamos que me dejé llevar —contestó con sorna.

—Ya. Es que sois tan fáciles...

—Y vosotras tan exigentes...

Nos quedamos mirando fijamente sonriendo con la boca y la mirada. No podíamos dejar de hacerlo, se palpaba una atracción entre nosotros que era muy difícil de disimular. No sé qué pensaría él, pero a mí este chico me estaba empezando a gustar más de lo que me gustaría..., y de pronto me sentí mal por Darío. Era como si le estuviera engañando sin haber hecho nada. De repente volví a la realidad de un respingo.

—¿Qué hora es? —pregunté mientras miraba mi reloj—. ¡Mierda! ¡Se me va a hacer tarde para ducharme y llegar al trabajo! Lo siento, Adri, pero tengo que marcharme.

Me levanté con agilidad e hice ademán de acercarme para darle dos besos. Él me abrazó por la cintura y me dio solo uno en la mejilla. Muy intenso, muy suave..., hasta cerré los ojos para recibirlo y sentirlo. Tragué saliva y me separé apurada, nerviosa y sofocada por ese sensual acercamiento.

—Gracias por la invitación, de verdad.

—Tranquila, que algún día te lo cobraré... —respondió con media sonrisa y guiñándome el ojo.

Salí con premura a la calle y, justo antes de cruzar, escuché que Adri me llamaba por detrás.

—¡Lucía!

Me di la vuelta.

—¡Dime!

—Gracias, hoy no podía haber empezado mejor. ¡Que pases un buen día! —dijo sonriendo y sujetando la puerta con una mano.

Tenía una sonrisa que no dejaba indiferente a nadie, la barba de dos días le hacía de lo más interesante y esos ojazos verdes me comían con solo mirarle. Era imposible mostrarse impasible ante esa presencia y todo lo que transmitía cuando te miraba. Esa mirada canalla que seguro sabía que me intimidaba, y esas manos..., que solo con ponérmelas en la espalda me hacía sentir escalofríos.

Pero bueno, Lucía, ¿llevas poco más de un mes con Darío y ya estás pensando en otro? Céntrate, Lucía, céntrate.

Pasé el día en el trabajo y no pude evitar, de vez en cuando, acordarme de Adri, tenía una sonrisa preciosa además me caía muy bien a pesar de haber empezado con mal pie.

Cuando llegué a casa por la noche, fui directa a la ducha. Me pasé un rato dentro de ella, disfrutando del agua caliente y de la relajación que me provocaba cuando resbalaba por mi cuerpo.

Cuando salí del baño me dirigí a la cocina, pero por el camino vi que la pequeña luz de mi móvil parpadeaba. Me acerqué al mueble del salón donde lo tenía cargando y vi que tenía una llamada perdida. Debían de haber llamado mientras estaba en la ducha. No reconocí el número de teléfono, era una llamada de un móvil, pero no lo tenía guardado en la lista de mis contactos. Tampoco habían dejado mensaje, así que lo dejé para que siguiera cargándose y me fui a la cocina.

Mientras me estaba preparando una ensalada, oí que el móvil comenzaba a sonar, me limpié las manos como pude con un trapo que encontré de camino al salón y miré quién llamaba. Era el mismo número de antes. Decidí cogerlo temiéndome que fuera alguna empresa intentando venderme algo. Y viendo lo tarde que era, ya casi tenía el discurso preparado para acordarme de toda su familia por llamar a esas horas.

—¿Dígame? —respondí seria.

—¿Lucía? —contestó una voz masculina.

—Sí, soy yo, ¿quién es? —pregunté de nuevo, prudente.

—¿No me conoces? —dijo el hombre.

—No. ¿Debería? —pregunté asertiva.

—Yo creo que sí..., o por lo menos esta mañana te mostrabas más simpática, mi mosca cojonera favorita —respondió aquella voz con sorna.

No me lo podía creer, ¿era Adri? No me atrevía a decirlo por si acaso me equivocaba, pero es que esa mañana, salvo con los del curro, solo había estado con él. Y, sinceramente, no me imaginaba a Héctor gastando bromas de este tipo.

No sabía qué decir. ¡Hasta me descubrí atusándome el pelo! ¡Pero si no me iba a ver!

—¿Sigues ahí? —me preguntó.

—Sí, sí... —respondí con el pulso a mil por hora.

—¿Entonces empieza a sonarte mi voz? —Sabía que estaba sonriendo al otro lado del teléfono y lo peor es que yo me lo estaba imaginando.

—Creo que sí... ¿Adri? —me lancé a la piscina.

—¡Premio!

—Ja, ja, ja.

—Lo mismo es un poco tarde para llamarte —se disculpó.

«¿Tarde? Tú me puedes llamar cuando quieras, si hubieran sido de alguna compañía de teléfonos, ya te digo yo que les habría mandado lejos, pero a ti...», pensé para mí.

—No, no, tranquilo, estaba preparándome la cena...

—¿Sí? ¿Y qué preparas?, si se puede saber. —Intuí por el tono que volvía a sonreír.

—Poca cosa, una ensaladita de salmón —respondí dirigiendo la mirada a la cocina.

—¡Vaya!, deportista, dieta sana... Eres una buena chica, ¿eh? —dijo socarrón.

—Ja, ja, ja, bueno..., soy buena cuando tengo que serlo, pero, cuando me sale la vena, puedo ser muy mala —contesté burlona.

—Uhhh, entonces intentaré no enfadarte nunca..., porque ya he vivido en primera persona algún venazo de esos que dices —dijo travieso.

—Ja, ja, ja. Mejor, mejor.

Hubo un silencio tenso..., yo con una sonrisa en mi cara y creo que él también. Al final continué la conversación.

—Bueno, ¿y quién te ha dado mi teléfono? —Tenía una curiosidad loca por saberlo, pero intenté mostrarme indiferente.

—Uno, que tiene sus contactos... —dijo intrigante.

—Ja, ja, ja... Elsa, ¿no?

—¡Casi! La verdad es que ha sido Iván, que se lo pidió a Elsa para dármelo a mí. Pero, vamos, que tienes razón, ha sido Elsa.

—No tenemos mucha más gente en común, así que... —dije subiendo las cejas.

—Bueno..., sí..., Darío, pero a él prefiero no pedírselo.

—¿No? ¿Por qué?

Hija mía, pareces nueva, vaya preguntas que haces, ¿cómo se lo va a pedir a él? De tanto hacerte la interesante, vas a parecer tonta.

—Hombre, eres su chica, ¿no?... —¿Ves, ves, ves?—. Quedaría fatal si le diera a cualquier tío tu teléfono, porque estáis juntos, ¿no?

—Sí, bueno, se puede decir que estamos juntos; pero, Adri, tú no eres cualquier tío, eres su colega.

—Ya..., bueno, con Iván me sentía más cómodo.

Normal... Cambia de tema ya, que las estás cagando.

—¿Y tú? ¿Sigues con Ana? —pregunté sorprendiéndome a mí misma. Lo primero que me había salido.

—Pues, como tú dices, se podría decir que sí.

De nuevo un silencio extraño, un silencio como de justificación, hasta que pregunté...

—Y ¿qué querías?, ¿necesitas algo? —dije con voz interesante.

—Ah, sí..., pues mira, te cuento. Era para proponerte una cosa, pero me ha surgido algo en la universidad y ya no te lo puedo proponer hasta que vuelva.

—¿Volver? ¿De dónde?

Creo que acabo de parecer bastante desesperada.

—Me voy a Bilbao una semana a recibir formación. Así que esta semana que viene no estaré por aquí.

—Ah..., ¿y qué me querías proponer? —Me puse nerviosa solo con preguntarlo.

—Pues es que me han mandado un *mail* con información sobre una media maratón en Cádiz y probablemente vaya, por si te apuntas y vamos juntos.

¿Quiere que vayamos juntos a Cádiz a correr una media maratón? ¿Solos?

—Pues me pillas en frío, no sé...

¡Cómo que no sabes!, si estás deseando decirle que sí...

—Tómatelo como un fin de semana en la playa con Darío, Ana y yo.

¡Claro! ¡Seré idiota! Pues claro que solos no..., madre mía, Lucía, se te está yendo la olla.

—Mira, ¿sabes qué podemos hacer? En cuanto vuelva de la formación te llamo y te invito en mi casa a tomar un café y lo ves. ¿Te parece?

Me dio un vuelco el corazón. ¿Me estaba invitando a su casa a tomar café? Me apetecía mogollón, y además no hacía nada malo por ir, así que...

—Ehhh, vale, vale —respondí amasándome el pelo.

Escuché una suave risa detrás del auricular.

—Genial —dijo tranquilo—, pues quedamos en eso entonces.

—Perfecto.

—Bueno, preciosa, te dejo que cenes tranquila.

—No te preocupes. Hablamos a tu vuelta.

—Perfecto..., buenas noches...

—Buenas noches...

Me separé el teléfono del oído y escuché:

—¡Lucía!

—¡Sí, dime!

—Sé buena, ¿eh? —respondió burlón.

—Anda, qué tonto... —dije remolona.

Escuché una carcajada.

—Buenas noches, preciosa. Hablamos.

Y colgamos el teléfono. Suspiré. ¿Qué me pasará con este chico, que cada vez que hablo con él no puedo quitarme la sonrisa de la cara? Es como un imán que me cuesta muchísimo repeler.

Terminé de prepararme la cena, cené y me fui a la cama. No podía dejar de sonreír cada vez que recordaba la conversación.



La semana que Adri estuvo fuera se me pasó bastante lenta. Mi jefe me había encargado un artículo sobre *spas* de animales y no había sido demasiado estimulante, ciertamente...

Ahora que, otra cosa no, pero ¡me estaba haciendo una experta en noticias raras! Y cada vez que cubría alguna, pensaba: «Verás como al final se me pega algo». Aunque, la verdad, mi punto raro lo tenía, y me gustaba tenerlo. Ese punto original que te hace distinto al resto. Creo que es algo imprescindible en las personas.

Esa semana, las cosas con Darío habían ido bastante bien. Pero había algo que no terminaba de llenarme tanto como para lanzarme a la piscina y pensar en él como en una relación seria.

Hablábamos todos los días por teléfono y nos veíamos de vez en cuando. A nadie le amarga un dulce, ¿no? El chaval tenía planta, era bastante guapo y sabía cómo tratar a una mujer en muchos sentidos, aunque tenía algunos dejes de machismo y celos que en muchas ocasiones me dejaban fuera de juego y me hacían dudar.

Es más, un otro día se puso celoso de Iván porque había estado hablando por teléfono con él un rato. ¡Pero si es el novio de mi amiga! ¡Y en el código no escrito de la amistad es casi delito ligártelo! ¡Y además es uno de sus mejores amigos! Pues no sé por qué, pero me montó tal pollo que acabé por irme a mi casa muy cabreada y mandarle a la mierda. No soporto esas cosas en los hombres; yo, ni soy de su propiedad, ni soy una farola para que me tengan que mear cual perro marcando territorio. De eso nada.

Enseguida me llamó y hablamos, me dijo que lo sentía, que no quería perderme y esas cosas... Pero acciones como esas ya había tenido varias y no me gustaba.

Yo estaba a gusto con él, y el hecho de haber puesto distancia entre Adri y yo me había servido para centrarme más en Darío y darle una oportunidad. Estos casi dos meses juntos habían sido muy buenos, salvo, como digo, la última semana.

Era jueves por la tarde y quedé con Darío en El Trote para tomarnos algo antes de irme a casa a cenar y dormir. No me apetecía que subiera a mi casa, ya que sabía cómo íbamos a terminar y en realidad no tenía cuerpo para muchos cachondeos.

Cuando entré en el bar me encontré con Darío esperándome en la barra. Me acerqué a él y le di un suave beso en los labios. Él me agarró por la cintura llevándome hacia sí y respondiéndome de la misma manera.

—Hola, preciosa —me dijo.

—Buenas..., ¿qué tal? ¿Has llegado hace mucho? —pregunté mientras ocupaba una banqueta en la barra quedándome frente a él.

—No. Acabo de llegar. Lo que he tardado en pedirme una cerveza —dijo poniendo su mano sobre mi pierna.

—¿Qué tal tu día? —pregunté con una sonrisa.

—Bien, poca cosa. Mucho curro, pero no muy estresado, ¿y tú?

—Bueno, he comenzado con un artículo nuevo y estoy algo perdida, la verdad.

Vi que el camarero se acercaba, era el hijo de Paco. Un chico más o menos de mi edad y que conocía hacía bastante tiempo. Era menudillo, de ojos claros, llevaba gafas y siempre tenía una sonrisa en la boca.

—¿Qué pasa, guapa! ¿Qué te pongo? —dijo muy jovial mientras pasaba un trapo por la barra.

—¡Hola, Marco! ¿Qué tal? —respondí sonriendo.

—Pues ya ves, aquí currando..., es lo que toca... Dime, ¿qué te pongo? —preguntó solícito.

—¿Me pones una Coca-Cola, por favor?

—¡Hecho! —respondió guiñándome un ojo.

Gesto que no le pasó desapercibido a Darío, al que le cambió el rictus de la cara. Y, mirándome fijamente, tensando la mandíbula y levantando las cejas, me soltó:

—¿Qué confianzas tienes con este chico, ¿no? —dijo seco.

—¿Qué? —respondí con media sonrisa, incrédula, intentando pensar que le había entendido mal.

—Que veo que os lleváis muy bien el camarero y tú —contestó empezando a mostrarse algo enfadado.

—Anda, Darío, no empieces —dije sonriendo, intentando darle un beso, gesto que rechazó.

—Pues a mí, gracia, lo que se dice gracia, no me hace.

Me eché para atrás de nuevo, recelosa, y me volví a sentar en el taburete resoplando.

—Venga, Darío, no vamos a empezar con lo mismo de estos días, ¿verdad? Porque me levanto y me voy a casa —respondí seria.

—Es que yo a mis amigas no las voy llamando guapas y guiñándoles el ojo — dijo frunciendo el ceño y con una mirada inquisidora.

Mi respuesta fue poner los ojos en blanco y colocar mis dedos índice y pulgar en el puente de mi nariz. Empezaba a ser bastante insoportable esa actitud.

En ese momento, Marco se acercó a ponerme la Coca-Cola.

—Aquí tienes, Lucía. ¿Quieres algo de aperitivo en particular? ¿Aceitunas, patatas, ensaladilla...?

La cara de Darío era cada vez más seria. La giró con descaro para no mirar directamente al camarero. Yo empezaba a estar muy incómoda. No entendía esa infantil reacción. Parecía como si tuviéramos diez años y nos peleáramos porque mi piruleta era más bonita que la suya. Ya éramos mayorcitos para reaccionar de esa manera por algo totalmente infundado. Además, me negaba rotundamente a que una persona, ya fuera hombre o mujer, me cohibiera de esa manera y no me dejara ser yo misma.

—Una aceitunas estarán bien, gracias, Marco —respondí forzando la sonrisa.

Darío me cogió la mano y me la puso sobre su pierna. Yo quise quitarla, pero me apretó con fuerza para que no lo hiciera. Era como si quisiera que todo el mundo viera que yo era suya o algo así. Y no me estaba gustando nada.

—Darío, suéltame, me haces daño —le increpé.

Pero no lo hacía, me mantenía la mirada furiosa y me hacía cada vez más daño. Me apretaba con mucha fuerza.

—Darío, por favor —supliqué con la voz y la mirada.

De repente, el gesto le cambió, se le relajó, incluso podría decir que se mostraba asustado, y me soltó la mano.

—Perdona, no quería, no pretendía...

—Déjame —dije mientras me acariciaba la mano que me dolía.

—Lo siento, de verdad, perdóname —se disculpó levantándose del taburete e intentando darme un abrazo que yo rechacé.

—Mira, Darío, si esto va a ser así, va a ser mejor que dejemos de vernos. Yo no aguanto una relación en la que no pueda ser yo por miedo a que tú creas que me están tirando los trastos o yo tonteo con alguien. Si no confías en mí, conmigo no tienes nada que hacer.

Enseguida se levantó de su banqueta y me abrazó con fuerza.

—Perdona, cariño..., lo siento...

Me quedé quieta mientras me abrazaba, estaba tensa y paralizada.

—Es que tengo miedo a perderte, nada más... —insistió mientras me abrazaba y apoyaba su cabeza en mi hombro...

—Pero vamos a ver, Darío —dije separándome de él con firmeza—, si estoy aquí es porque quiero estar contigo, ¿o no?

—Sí, pero no sé..., eres tan bonita... —dijo acariciándome la mejilla y a continuación me dio un beso en los labios.

—Bueno, Darío, ya está, vamos a tomarnos esto tranquilos y vamos a dejarlo pasar, ¿te parece? —dije intentando que la cosa no fuera a más.

—Me parece, cariño.

Continuamos en el bar charlando y relajando el ambiente. Esos arranques de celos no me gustaban nada, pero luego siempre se mostraba arrepentido y, yo qué sé..., a veces me daba un poco de pena que se mostrara tan inseguro.

Al cabo de una hora o así, me acompañó al portal de mi casa y nos despedimos allí. Me cogió las manos y me besó en los labios. Beso que recibí poco receptiva.

—Lucía, te vuelvo a pedir perdón por lo de antes. Le vi tan decidido contigo que no sé...

—Bueno, Darío, ya está, déjalo —respondí mirando hacia el suelo.

—Hablamos mañana, ¿vale?

—Vale, buenas noches —dije.

Y nos despedimos allí hasta vernos al día siguiente, viernes, que probablemente saldríamos con los amigos por ahí a tomar algo.

En casa le di bastantes vueltas a las reacciones tan posesivas que había tenido esos días. ¿Sería así siempre? Porque, de ese modo, por mi parte no íbamos a llegar a nada. Soy una mujer independiente, trabajadora y autosuficiente, y no estaba dispuesta a que viniera otra persona a cortarme las alas con sus inseguridades.

Pero por muy claro que tuviera lo que sentía, en el bar había pasado miedo mientras me agarraba la mano con fuerza, y después, cuando Marco me sirvió la bebida, también tuve miedo de mirarle a los ojos, por si Darío se enfadaba más.

Era una sensación muy rara. Sabía que no quería eso en mi vida, pero como luego se mostraba tan arrepentido...

No tenía tan claro querer seguir con esta relación.



8

Me desperté por la mañana con un mensaje en mi móvil. Era Elsa.

«¡Buenos días, Luci! ¡Por fin viernes! ¿Te parece si esta noche cenamos todos en Il Mangare? Hoy vuelve Adri, e Iván me ha propuesto hacer una cenita con él y Ana, nosotros y vosotros. ¿Os apuntáis?»

Reconozco que me dio un vuelco el corazón cuando leí que Adri ya había llegado, pero también me lo dio cuando leí el nombre de Ana. Entonces, seguían juntos. No sabía por qué, pero me molestaba. Pero ¿por qué te molesta? Si tú vas a ir con Darío... Si es que estoy idiota, pero no puedo evitar estar encantada de verle esta noche de nuevo. La última vez que nos vimos fue cuando coincidimos corriendo y desayunamos en el bar de Paco. Y la última vez que hablamos fue cuando me propuso tomar café en su casa para que me contara lo de la media maratón.

Por otro lado, el hecho de que estuviera molesta con Darío por su actitud en el bar y el daño que me hizo al agarrarme hacía que no tuviera muchas ganas de verle. Sin embargo, no quería hacer una montaña de esto y me convencía a mí misma de que un mal día lo tenía cualquiera.

En el trabajo intercambié mensajes con Darío y le conté la propuesta de mi amiga Elsa. Me dijo que le parecía bien y que, si quería, me recogía directamente en mi casa y luego íbamos juntos para allá. Quise que la conversación no pareciera muy tensa, aunque Darío en ningún momento me preguntó cómo estaba o si quería que habláramos.

Mientras tecleaba en mi ordenador, entró Sara como un elefante en una cacharrería.

—Lucía, ¡no sabes lo que me han contado! —dijo cuchicheando.

—No sé lo que será, pero casi me matas del susto —dije sorprendida.

—¡Ayer Humberto e Irene tomaron algo juntos fuera del trabajo! —me contó dando pequeñas palmaditas.

—Shhhh..., pero baja el tono... —dije mirando a mi alrededor.

—¡Ay, es que me alegro mucho por ella!

—¿Y quién te lo ha dicho? —salió mi vena cotilla.

—Carmen, la de la limpieza, que casualmente se los encontró ayer en la cafetería de al lado de su casa. Lo que es la vida, ¡qué casualidad!

Estuvimos un rato hablando de que ojalá acabaran juntos, hacían muy buena pareja, y Humberto e Irene eran muy buena gente...

—Pero bueno, mucho hablar de Irene, ¿y tú...?, ¿dónde te metes últimamente, listilla? —le pregunté a Sara intentando sonsacarle.

Una media sonrisilla la delató...

—Ohhhh... ¿Quién es él? ¡¿Y por qué no me lo habías contado?! —pregunté amenazándola con la mirada.

—Shhhh..., ahora eres tú la que grita, baja el volumen —susurró.

—Ja, ja, ja, cuenta, pedorra, cuenta.

—¿Conoces a Andrés? ¿El de deportes? —dijo socarrona.

—¡¿Andrés?! ¡¿El de deportes?! —No pude evitar hablar más alto de lo que Sara me permitía en ese momento.

—¡¡Shhhhhh!! —dijo tapándome la boca—. ¡Que se va a enterar todo el mundo!

—Perdona, perdona, ¿te lo estás tirando? —pregunté gritando en susurros.

—Bueno, tampoco lo digas así, que parece que solo lo utilizo sexualmente.

—Anda, conmigo no disimules. Que nos conocemos.

Sara puso los ojos en blanco y respondió:

—Venga, va, vale, me lo tiro... No es amor, es sexo, me da lo que necesito, yo a él, y fuera. Nada de compromisos.

—¡Olé! ¡Me parece estupendo!

Seguimos hablando un rato hasta que el director apareció dando voces desde el ascensor y volvimos a lo nuestro, ya seguiría luego con mi interrogatorio...

Pasé la tarde tirada en el sofá echándome una siestecilla y leyendo un rato mientras de fondo sonaba U2 en el equipo de música.

Pero de repente me acordé de Claudia, no había vuelto a hablar con ella desde aquella vez que tuve que colgar porque tenía prisa. Así que decidí coger el teléfono y llamarla. Me senté cómoda en el sofá y marqué su número. Al tercer tono descolgó.

—¿Hola? —respondió.

—¡Cómo que «hola»! ¿Dónde está eso de «hola, Lu»? —respondí con guasa.

—Hola, Lu, perdona, ¿qué tal? —Su voz parecía desanimada.

—Clau, cariño, ¿qué te pasa? —dije frunciendo el ceño.

—Nada... Estoy un poco cansada hoy... Nada más.

Pero su voz sonaba muy triste.

—Clau, te conozco desde siempre y a ti te pasa algo. ¿Me lo vas a contar o me vas a obligar a ir a buscarte?

—No es nada, de verdad...

—La última vez que hablamos también tenías esta voz... ¿Se puede saber qué ocurre? ¿Es por Kevin?

—No, Kevin y yo estamos bien, de verdad...

—¿Entonces?

—Nada, de verdad, cariño, me pillas en un mal día.

—Clau, no te creo, y lo sabes. Reconoce que siempre se te ha dado fatal mentir...

En ese momento escuché cómo se echaba a llorar...

—Clau... —Pero no respondía—. Clau, cariño, ¿qué pasa...? Joder...

—Lu, voy a colgar, hablamos en otro momento, ¿vale?

—No, Clau, no cuelgues, cuéntame.

Pero colgó. Me quedé mirando el móvil como si así fuera a escuchar su voz. Volví a marcar, pero una voz femenina me decía que el número al que llamaba estaba apagado o fuera de cobertura. Lo volví a intentar y lo mismo. Le dejé varios mensajes en su buzón de voz y varios correos de móvil. Marqué una vez más y de nuevo esa voz femenina.

Decidí en ese momento que en cuanto pudiera me presentaría en Londres, sin avisar, para verla y saber qué le pasaba. Porque Claudia no era así, y siempre que había tenido un problema me lo había contado enseguida... Esto no me cuadraba.

Cuando me estaba preparando, dudé sobre qué ponerme, e incluso llegué a dudar de si quería estar espectacular para Darío o para Adri. ¡Y hasta me molestó pensar eso! Rápidamente me quité esa idea de la cabeza y abrí el armario de par en par para elegir modelito. No es que tuviera un fondo de armario tremendo, pero bueno, me gustaban los trapitos y no me podía quejar.

Me probé un par de minifaldas, una falda larga, pantalones..., hasta que decidí ponerme un vestido corto color salmón con tirantes tipo sujetador negros y un cinturón muy fino del mismo color que los tirantes. El vestido era sueltito, vaporoso, y lo acompañé con unas sandalias negras de altísimos tacones.

Me miré en el espejo pensando qué podía hacerme en el pelo. Finalmente me lo ricé con el ondulador y me lo dejé suelto. Me maquillé de manera suave pero haciendo hincapié en mis ojos verdes, que los destaqué con colores oscuros y mucho rímel. Apliqué un par de gotas de perfume tras los lóbulos de las orejas y me miré en el espejo de cuerpo entero que tenía en mi habitación, satisfecha con el resultado.

Acompañé el conjunto con un bolso negro muy pequeño que coloqué cruzado. Tan pequeño que lo único que podía meter eran las llaves, el móvil, unos pañuelos y el *gloss*.

A las nueve sonó el telefonillo. «Tiene que ser Darío, puntual como siempre», pensé. Le contesté que ya bajaba y cogí el ascensor. Cuando salí del portal, Darío se acercó hacia mí sonriendo.

—¡Guau! Estás preciosa... Me has dejado sin palabras —dijo besándome.

—Gracias, tú tampoco estás nada mal —respondí sin mucho entusiasmo besándole también.

—¿Estás bien?

—Sí —respondí con una sonrisa forzada—. ¿Nos vamos? —pregunté.

—Sí, claro, vamos.

Nos montamos en el coche y fuimos hacia el restaurante italiano en el que habíamos quedado. En la radio sonaba el grupo Sixpence None the Richer con la canción *Kiss me*.

—Me encanta esta canción —dije mientras miraba por la ventana.

Darío sonrió y me miró fugazmente mientras conducía.

—Me suena, pero no la conozco mucho... —dijo dubitativo.

—¿No la conoces? —pregunté levantando las cejas.

—Ja, ja, ja... No, de verdad...

—Es que no tienes cultura musical —le increpé socarrona.

—¿Cultura musical? —respondió riéndose.

—Te sacan de Björk y no conoces nada más...

—Ja, ja, ja... No, también escucho The Chemical Brothers de vez en cuando.

Seguimos conversando en el coche sobre música y acabamos recordando la que nos gustaba en la adolescencia, y coincidimos en que ¡a los dos nos gustaban los New Kids on the Block! Madre mía, qué infancia... Aunque Alejandro Sanz para mí era el mejor... Me sabía todas sus canciones, tenía todos sus discos.

Finalmente llegamos al local. Aparcamos enseguida y nos dirigimos hacia allí.

He de admitir que iba un poco nerviosa por volver a ver a Adri, y me sentí como si estuviera traicionando a Darío sin haber hecho nada. ¿Le pasaría a Adri lo mismo que a mí? Dudo si la respuesta me gustaría que fuera afirmativa o no. Y, por otro lado, lo de Claudia. No conseguía quitármelo de la cabeza.

Cuando entramos al restaurante, preguntamos por nuestra reserva a la joven que nos recibió en la puerta con una carpeta y un listado probablemente de clientes para esa noche.

—Buenas noches. ¿Tenían reserva? —preguntó educadamente con una sonrisa.

—Sí —respondió Darío enseguida—, a nombre de Iván Ruiz.

—A ver...

La chica repasó detenidamente la lista hasta que respondió.

—Sí, aquí están. Mesa para seis, ¿verdad?

—Correcto —respondió Darío.

—Han llegado ya dos de los comensales. Acompañenme, por favor.

Caminamos tras ella hasta el comedor principal, dejando atrás la barra de la entrada.

El restaurante tenía las paredes blancas con diferentes cuadros colgados asimétricamente por ellas. Unas pequeñas lámparas de diseño, también blancas y con algunos toques de color oro, enmarcaban el techo.

Las mesas estaban vestidas con manteles de color crema y las sillas que las acompañaban estaban tapizadas de color negro. Como negro también era el uniforme que los camareros llevaban con las palabras «Il Mangare» bordadas en el bolsillo de la camisa. Una curiosa mezcla de colores que vestían de manera minimalista e informal el restaurante.

Cuando estábamos llegando a la mesa distinguí a Ana, que susurró algo a Adri y se giraron hacia nosotros. Enseguida se levantaron de su asiento y esperaron de pie hasta que llegamos frente a ellos.

Darío y él se dieron la mano y se saludaron, y yo me acerqué a Ana y nos saludamos con un par de besos. Después Darío se acercó a ella y yo a Adri, que esperaba de pie a que yo le saludara. Cuando le tuve enfrente sonrió y me miró de arriba abajo.

—Hola, Lucía, estás preciosa —dijo acercándose a él con su mano en mi cintura y dándome dos besos.

—Gracias, Adri —seguro que ya me había ruborizado—, ¿qué tal tu viaje?

—Bien, aunque un poco intenso por tanta formación, pero ha valido la pena.

—Me alegro.

Llevaba una camisa azul oscura que le quedaba francamente bien y unos pantalones de vestir *beige* que acompañaba con un cinturón. Estaba muy *sexy*.

Me senté junto a Darío y al otro lado quedó un asiento vacío que esperaba que ocupara Elsa cuando llegara. Ana parecía un poco más habladora y simpática esa noche, supuse que sería por la vuelta de su novio.

Mientras esperábamos a que llegaran Iván y Elsa, pedimos una botella de vino para ir haciendo tiempo. A mí se me iban los ojos hacia Adri, pero lo curioso es que, cuando yo le miraba..., ¡él ya lo estaba haciendo!

Elsa e Iván no tardaron en llegar. Pasamos una velada muy agradable los seis, yo sentía la mirada de Adri puesta en mí. Ana se mostraba muy cariñosa con él, y Darío conmigo, aunque tenía algunos detalles conmigo que me ponían bastante nerviosa. No hacía más que decirme que me subiera un poco la parte del escote,

que se me veía mucho el canalillo. Al principio me lo tomé a broma, pero, a la tercera vez, con la mirada y con la voz, le dije que ya estaba bien.

Después de la cena fuimos caminando a un local que había cerca del restaurante a tomar unas copas y a bailar. Cuando entramos, Darío se quedó hablando por el móvil y Adri se puso detrás de mí y posó su mano al final de mi espalda para darme paso al local. Notar su mano en mi piel me hizo sentir escalofríos.

Ya en la discoteca, bailamos como locas, incluso Ana se unió a nosotras, mientras los chicos se quedaban charlando en la barra. Miré varias veces el móvil, pero no había ninguna noticia de Claudia. No le habrían llegado mis mensajes, debía de seguir con el teléfono apagado. No quería llamar a su madre para no preocuparla, y no tenía el móvil de Kevin..., así que no sabía qué hacer.

Entre mis nervios por la situación en que, telefónicamente, había encontrado a mi amiga y que Darío llevaba una noche que si veía a alguien que me miraba el escote lo asesinaba con la mirada, me fui a por él dispuesta a dejar las cosas claras. Lo cogí por banda y me separé un poco del resto.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le pregunté enfadada.

—A mí nada, cariño, ¿por qué? —dijo intentando bailar conmigo.

—Darío, empiezo a estar muy cansada de tanta tontería. Que si la falda es muy corta, que si el escote, que si alguien me mira, que si voy ajustada... ¡Darío, ya no puedo más! —estallé.

—Pero, cariño...—dijo intentando abrazarme—, solo quiero que seas mía y de nadie más.

—Darío, no me toques, por favor. Estoy enfadada. No puedo entender por qué te comportas así. No puedo entenderlo —le dije negando con la cabeza.

Se mostraba como si la cosa no fuera con él, teniendo también en cuenta que llevaba ya unas copas de más y él no era un chico que estuviera acostumbrado a beber.

Me sentía incómoda, enfadada y frustrada. ¡Por qué había tíos tan posesivos! Tías también habría, claro, pero en mi caso sufría la actitud de un chico que, no sé si sería por inseguridad, superioridad..., pero me estaba amargando la noche y parte de los días que llevaba con él. El caso es que, cuando estábamos solos, era supercariñoso, cercano, y lo pasábamos muy bien. Pero en cuanto hacíamos vida social..., la cosa cambiaba...

—Mira, Darío, sé que no es el momento ni el lugar, así que no voy a tomar decisiones precipitadas, pero mañana sin falta tenemos que hablar.

—Espera, nena... —dijo intentando abrazarme de nuevo.

—¡Que no, Darío, que no! —dije separándome—. Voy a ir a bailar un rato con mis amigas a la pista, quiero acabar la noche bien, así que, por favor, déjame respirar, ¿vale?

Darío solo se limitó a asentir, aunque yo no tenía claro que se hubiera enterado de lo que le estaba dando a entender. Me miraba como raro y, antes de darme la vuelta, se bebió de un trago la mitad de la copa que le quedaba.

Me fui a la pista a bailar y, en ese momento, comenzaba a sonar *Paraíso*, la canción de Dvicio. Cogiendo aire y soltándolo con fuerza, cerré los ojos y me dejé llevar por la música. No quería mirar alrededor, solo quería respirar, disfrutar y, sobre todo, relajarme, esta relación no iba a ir a ninguna parte. Y creo que ya había tomado mi decisión.

Como media hora después y tras estar todo el rato bailando con Elsa y Ana, vi cómo Darío se iba acercando a mí y me dio la sensación de que había bebido demasiado. Vino derechito hacia mí y me besó con pasión. Incluso con furia, diría yo. Me sentí incómoda e intenté separarle un poco de mí, pero no podía, y él insistía en besarme con fuerza.

Cuando conseguí apartarlo, le pregunté inquieta y enfadada:

—Pero ¿qué haces, Darío?

—Besarte, nena, ¿no lo ves? —contestó con los ojos medio cerrados y una sonrisa que apestaba a alcohol.

—Creo que has bebido demasiado... —dije manteniendo mi postura de alejarle.

—Nunca es demasiado, ¿no? —contestó intentando volver a abrazarme.

—Por favor, ya no bebas más.

—¿Por qué? ¡Si estoy genial! —dijo dando una vuelta sobre sí mismo a punto de caerse.

—Vale, por lo que veo, no has entendido nada... —dije negando con la cabeza.

Volvió a intentar abrazarme y a intentar bailar, pero hacía de todo menos menearse. Elsa me miraba extrañada, tampoco entendía nada. Con la mirada le transmití que tranquila, que había bebido demasiado, nada más.

—Darío —le dije—, ¿sabes lo que vamos a hacer?

—Dime... —dijo poniendo morritos.

—Vamos a coger un taxi para que te lleve a casa.

—Nooo... Estoy bien para conducir —respondió achispado.

—Sí, claro... Venga, anda, vámonos.

Puso cara de fastidio, pero, al ver mi cara de cabreo, aceptó.

—Bueno, venga, vale, cariño.

—Mira, espera, que voy al baño y ahora vengo —dijo mientras le agarraba de los brazos.

—Vale —respondió guiñándome un ojo.

Mientras me acercaba al baño me crucé con Adri por el camino. Nos miramos y nos sonreímos. Él se paró frente a mí.

—Siempre nos encontramos en los baños —dijo.

—Sí, es verdad... —respondí con la sonrisa apagada.

—¿Estás bien? —preguntó frunciendo el ceño.

—Bueno, ahora cuando salga del baño, Darío y yo ya nos vamos.

No sé por qué se lo decía, supongo que sería porque quería que lo supiera y deseaba ver su reacción. No sé si fue mi imaginación, pero sí que noté que su gesto cambió. La verdad es que yo no estaba para mucho tonto ni vacile, estaba triste, no me gustaba estar así con Darío y que me hiciera sentir tan mal..., porque al final me hacía sentirme culpable por vestir o actuar de determinada manera. Aparte de lo de Claudia.

Arqueó las cejas en señal de sorpresa y respondió:

—¿Ya te vas? ¿Y eso?

—Darío ha bebido más de la cuenta.

—Ah..., ya, bueno, la verdad es que va contentillo, sí —dijo girándose a mirarle—, pero ¿por qué no te quedas tú un rato más?

—Eh..., pues prefiero dejarle en casa, me quedo más tranquila —respondí suspirando.

—Pues es una lástima, te iba a invitar a tomar una copa... Y sumarla a tus deudas conmigo —dijo sonriendo.

—Anda, mira, qué pena entonces —respondí con el mismo gesto decepcionado.

—Sí, a ver si teníamos una conversación sobre hombres y mujeres tan trascendental como la que tuvimos una vez —respondió guiñándome un ojo.

—Ah... Bueno, pues será mejor que lo dejemos para otro momento, te aseguro que hoy no soy buena compañía —dije con media sonrisa.

—No digas eso, sabes que no es verdad...

Nos quedamos mirando con esa media sonrisa que yo por lo menos era incapaz de quitar. Tenía una mirada preciosa y una sonrisa que me descolocaba. Pero había que ser realista, estábamos en ese local cada uno con su pareja, y acababa de vivir una situación con Darío que lo que menos me apetecía era tontear con nadie, ni si quiera con Adri... Decidí poner tierra de por medio.

—Bueno, Adri, voy al baño y me marcho.

—¿Luego te vuelves tu sola? —preguntó.

—Sí, cogeremos un taxi que nos deje en su casa, le diré que me espere mientras le acompaño y que después me lleve a la mía —respondí resuelta.

—¿No te quedas con él en su casa? —preguntó mientras se tocaba nervioso la oreja.

—No, que duerma la borrachera tranquilo —respondí sonriendo.

—Él se lo pierde —dijo.

—Bueno, Adri, me marchó. Nos vemos otro día.

—Vale. Cuídate.

Nos despedimos con dos besos que casi fundieron los plomos de la discoteca, eso se notaba, era algo que se palpaba en el ambiente.



Le conté a Elsa antes de irnos, más o menos, y sin muchos detalles, lo que me había pasado con Darío. No me atrevía a contárselo todo sin filtros, porque sabía que me diría que le dejara. Iván se ofreció a llevarle a casa, pero era algo que tenía y necesitaba hacer yo.

Realmente, después de la nochedita que me había hecho pasar entre unas cosas y otras, prefería cerrar yo el círculo y saber que se quedaba en casa, tranquilo y dormido.

Darío y yo cogimos un taxi que en pocos minutos nos dejó en su casa. Como le había dicho a Adri, le pedí al taxista que por favor me esperara hasta que le subiera a casa. Y así lo hizo.

—Mmm... Cariño, ¿por qué no te quedas? —dijo Darío mientras le tumbaba en la cama ya medio dormido. Había venido cuajado en el taxi y había conseguido meterle en el ascensor medio atolondrado. Hasta el taxista, muy amable, se prestó a ayudarme a subirle.

—Shhh..., tú descansa y mañana nos vemos, ¿vale? —respondí quitándole los zapatos y los calcetines.

No le volví a oír, bueno, sí, roncar, pero ni una palabra más. Cayó fulminado en la cama. Le arropé y me marché.

Monté en el taxi y bajé un poco la ventanilla para que el aire entrara en mi cuerpo y así sentirme más despejada.

Eran las cuatro y media de la mañana y apenas circulaban coches por la Castellana. Paramos en un par de semáforos. Daba gusto ver así las calles. Acostumbrada a verlas por la mañana plagadas de coches..., coches con gente que iba a trabajar, agobiada por los atascos, por los ruidos, por el resto de personas..., y verlas así ahora, vacías, de noche, y escuchar de fondo el hilo musical que el taxista tenía puesto me hacía estar en un estado de relax increíble.

Le pedí al conductor que me dejara una calle más abajo, ya que para acceder a la mía había que callejear, y la distancia entre esa calle y la mía era de pocos metros. Pagué y le dejé algo de propina, lo que me agradeció con una sonrisa. Me bajé del coche y caminé hacia mi calle abriendo el bolso para sacar las llaves del portal.

Pero cuando giré la esquina casi me da algo. Adri estaba allí. Subido en su moto, parado delante de mi portal, mirando el móvil absorto.

En ese momento me paré en seco y me lo quedé mirando. El ruido de mis tacones le alertó y levantó la mirada. En cuanto me vio, una sonrisa asomó en su cara. Y, consecuentemente, en la mía. Me acerqué hacia él, tranquila y con las llaves de mi casa en la mano. Me paré frente a su moto.

—No me quedaba tranquilo hasta saber que llegabas bien a casa —dijo serio. Me derretí.

—Pues ya he llegado —respondí sonrojada y con una sonrisa.

—¿Qué tal Darío? —preguntó mientras se bajaba de la moto.

—En coma. Ha caído redondo en la cama.

—Normal —sonrió—, mañana se levantará con un poco de resaca...

—Sí... —contesté bajando la mirada.

Estaba un poco nerviosa, ¡estaba allí esperándome a mí! Y ahora, ¿qué le digo? Que gracias, que no hacía falta, que menudo detalle... ¿Qué digo?

Se apoyó ligeramente sobre su moto mientras cruzaba los brazos.

—Bueno, y ¿hace mucho que has llegado? —me lancé a preguntar.

—No, bueno..., diez minutos, quizá —respondió ladeando la cabeza.

—Es que no sé qué decir, me ha sorprendido encontrarte aquí —dije levantando las cejas.

—La verdad es que he dejado a Ana en casa y, cuando venía hacia aquí, he pensado en si habrías llegado ya... —dijo metiéndose las manos en los bolsillos.

—¿Y si ya hubiera llegado? —pregunté ladeando levemente la cabeza.

—Pues... si a la media hora no hubieras vuelto, una de dos, o me voy a mi casa, o te mando un mensajito... —respondió con media sonrisa.

Una risita mutua congeló el momento. Y él rompió el hielo.

—Bueno, y la verdad es que, ya que estás aquí, te vuelvo a proponer lo de la media maratón de Cádiz —dijo mientras se incorporaba levantándose de la moto y poniéndose frente a mí.

—¡Ah, es verdad! La media maratón... —fingí no acordarme.

—¿Ya lo habías olvidado? —preguntó sonriendo.

—No... Bueno... Sí... —respondí encogiendo los hombros. Qué mal se me da mentir...

—Y ¿quieres que te lo recuerde? —me preguntó con una mirada que me deshizo.

—¡Claro! ¿Qué *runner* se niega a una media maratón? —respondí aniñada.

Soltó una carcajada. Creo que a los dos se nos había olvidado que eran casi las cinco de la mañana, si no habían pasado ya.

—¿Te parece que lo hablemos mañana con un café? —me preguntó.

—Claro, por qué no.

—Cae en sábado. Yo el fin de semana lo tengo libre, y tú los sábados y domingos no trabajas.

—Ya lo tienes todo pensado, ¿eh? —respondí con media sonrisa.

—Soy un chico preparado —dijo levantando levemente las cejas.

—Bueno pues, chico preparado, entonces mañana lo hablamos si te apetece.

—Claro. Te invito a un café en mi casa y te enseño la información que me han mandado. ¿Te parece bien?

—Eh... Vale, vale... —acepté.

—Si quieres mañana me dices sobre qué hora te viene bien.

—Dirás hoy... En nada empezará a amanecer —respondí mirando al cielo.

—Ja, ja, ja... Tienes razón —dijo dirigiendo su mirada al mismo sitio que yo.

—Bueno, pues entonces me voy ya. Mañana te mando un mensaje, ¿vale?

—Perfecto, Lucía.

Escuchar mi nombre en su boca me encogía el estómago. Me entraban escalofríos.

Me acerqué a él para darle dos besos y me sorprendió abrazándome con suavidad. Ante mi perplejidad, le correspondí el abrazo. Me reconfortaba y me hacía sentir única y especial en ese momento. Cerré los ojos para sentirme aún más cerca de él y respiré hondo.

—He visto cómo Darío y tú discutíais esta noche —me susurró al oído—. ¿Estás bien?

De repente me tensé. No estaba bien, estaba agobiada, aturdida. Ahora mismo no quería continuar con esta relación que estaba siendo totalmente tóxica para mí. Y además empezaba a sentir cosas por Adri y no quería hacer daño a Darío.

—Sí, estoy bien, gracias —respondí con un hilo de voz.

Me separé y puse los brazos en su pecho mientras él seguía abrazándome por la cintura. Me miraba los labios... y yo miraba los suyos a la vez que alternaba mi mirada entre sus ojos y su boca. Temblé. Las piernas me tiritaban. Íbamos a besarnos. Estaba clarísimo.

Se acababa de parar el tiempo. Yo no era capaz de ver nada más a mi alrededor que a Adri. Tragué saliva.

En ese momento mi móvil empezó a sonar. Era un mensaje. ¡Pero quién me mandaba un mensaje a esas horas y me estropeaba uno de los mejores momentos que había vivido últimamente! Parecía que alguien tenía un sensor para joderme los buenos momentos. De un respingo nos separamos. Adri se separó, instintivamente se pasó las manos por la cabeza y se giró mirando hacia otro lado. Yo, sonrojada hasta la médula, saqué el móvil del bolso.

—Es una amiga —dije cortada.

Asintió con la cabeza y fijó por un momento la mirada en el suelo.

Se acercó a su moto, se sentó sobre ella a horcajadas con agilidad y un movimiento que a mí me pareció muy *sexy*. Cogió el casco despacio.

—Bueno, pues me marcho ya —dijo Adri sujetando el casco sobre su pierna—. Es tarde. Mañana hablamos. Buenas noches, Lucía...

—Hasta mañana —respondí con el corazón a mil cuando vi que el mensaje era de Claudia.

Le vi cruzar la calle con la moto mientras cogía el teléfono y abría el portal con la otra mano. Madre mía, ¿qué estoy haciendo? Lucía, haz las cosas bien... Haz las cosas bien...

Me metí en el portal deseando leer el mensaje de Claudia. Me moría de ganas de saber qué me quería contar. Esperé al ascensor, que, como siempre que lo llamaba, estaba en el último piso, por lo que me tocó esperar. Ya en el ascensor, lo leí.

«Lu, no te preocupes, he tenido un mal día, nada más. Te quiero, cielo.»

Después de leerlo me quedé un poco más tranquila por el hecho de haber recibido respuesta suya, pero no por el contenido. Sabía que le pasaba algo y no me lo contaba. Claudia siempre había sido una niña muy espontánea y muy vivaz..., pero ahora, ¿qué le pasaba? En cuanto pudiera me cogería un avión y me marcharía para allá.

Amanecí a eso de la dos de la tarde. Me encantaba cuando los sábados o los domingos me despertaba por inercia a las siete de la mañana, hora a la que suelo levantarme para ir a trabajar, y mi cabeza me mandaba un mensaje de: «Tranquila, que es sábado». En ese instante me salía automáticamente una sonrisa y me volvía a tapar hasta las orejas, haciéndome un ovillito, relajándome y disfrutando a tope de ese momento.

Me despertó la luz que entraba por la ventana de mi habitación. «Mierda, debería haber bajado la persiana del todo», pensé molesta. Pero bueno, ya estaba despierta y era una buena hora para levantarse. Hacía años, en esa misma situación, ya habría entrado mi madre a mi habitación, aspiradora en mano, y, subiendo la persiana, habría dicho:

—¿Qué pasa, que no te vas a levantar hoy? ¡Anda, que cuando yo tenía tu edad ya estaba yo levantada y trabajando con tu abuela! ¡Hambre de seis semanas tenías que pasar!

¡Quizá por eso ahora disfrutaba más de quedarme en la cama!

Me acerqué al salón a abrir las cortinas y a mirar qué tiempo hacía. El sol alumbraba con fuerza toda la ciudad y la gente paseaba tranquila por la calle. Me

desperecé, me estiré frente al balcón y me fui al baño. Me despojé de la camiseta larga con la que había dormido fresquita y de mis braguitas y me metí directa a la ducha.

Mientras me duchaba pensaba en cuándo decirle a Adri que sería buen momento para pasarme por su casa. Aún no había hablado con Darío y me gustaría saber cómo se encontraba después de semejante tajada. Y, evidentemente, también hablar sobre lo que había pasado la noche anterior... Ese tema me tenía bastante confundida.

Me duché con calma y me tomé mi tiempo. Una ducha serena, tranquila. Me preparé un café y cogí mi móvil del bolso, que lo había dejado en silencio para evitar que los mensajes o alguna llamada me despertaran. Sabía que me levantaría tarde, teniendo en cuenta la hora a la que me había acostado.

Había varios mensajes de Darío, dándome los buenos días y preguntando qué tal había llegado a casa, pero ninguno de «perdona por lo de ayer...». Lo mismo ni se acordaba, o no se quería acordar..., yo qué sé... Eso era justo lo que más me molestaba y, sinceramente, más miedo me daba, que después de actuar así conmigo no sacara el tema, o no se mostrara culpable.

En vez de contestarle vía mensaje, decidí llamarle directamente y hacer la conversación más fluida.

Al segundo tono respondió.

—Buenos días, princesa —me saludó Darío.

—Buenos días —respondí seca.

—¿Acabas de levantarte?

—Sí... Bueno, ya me he dado una ducha y todo. Pero vamos, que hace poco que he amanecido. ¿Tú qué tal estás? —pregunté.

—Bufff... Fatal... La cabeza me va a explotar.

—Ya. Normal.

—No recuerdo ni cuándo ni cómo llegué a casa. Tengo lagunas.

—No me extraña... Si quieres te lo resumo: pues yo te llevé a tu casa y te metí en la cama, te dormiste al segundo. Fin. Mira que no acordarte... Porque para mí la noche de ayer va a ser difícil de olvidar —dije con ironía.

—Joder, lo siento, nena. Siento mucho haber acabado así la noche y encima no acordarme.

—Ya —susurré.

—Y tú, llegaste bien, ¿no? —preguntó.

—Sí, le dije al taxista que me esperara y me trajo a casa.

—¿Qué pasa, nena? —preguntó serio.

—No lo sé, Darío, dímelo tú...

—Ayer me comporté como un gilipollas, ¿verdad?

—Más que un gilipollas...

—¿Vienes y hablamos?

—Esta tarde me paso, voy a comer en casa tranquila, y ya con las horas que son...

—Como quieras.

Antes de colgar, Darío me dijo que iba a estar todo el día en su casa, pasando la resaca de la mejor manera posible, que, si quería pasarme por allí, que fuera cuando quisiera.

Así que pensé que podría pasar a tomar café a casa de Adri y después ir a casa de Darío.

Me preparé una ensalada para comer, algo ligero, porque tenía el estómago cerrado. El levantarme a esas horas y trasnochar me dejaba un poco descolocada.

Me senté en el sillón con las piernas cruzadas y me puse la bandeja sobre ellas. Cogí mi móvil, que había dejado antes sobre el sillón, y busqué el teléfono de Adri para mandarle un mensaje. No sabía muy bien qué ponerle, así que me dejé llevar por la intuición y empecé a escribir.

—¡Buenas tardes, Adri! ¿Ya despierto?

Y lo envié. Empecé a comer y en apenas un minuto llegó la respuesta.

—¡Buenos días, Lucía! Buenos días porque aún no he comido... —Frase acompañada de un emoticono guiñando un ojo.

—¿Cuándo te has levantado? —pregunté.

—Pues no sé..., sería la una y media o así. ¿Y tú?

—Sobre las dos.

—Dormilona —Y emoticono sonriendo.

—Tú no te quedas muy atrás, ¿eh? —escribí acompañado de un emoticono sacándole la lengua.

—Bueno, ¿y cuándo te espero por aquí?

—Pues había pensado sobre las cinco o así. ¿Te viene bien?

—Pues no sé...

Me quedé cortada, quizá era una mala hora porque quería dormir la siesta. No sabía muy bien qué responderle, así que le puse lo primero que se me vino a la cabeza.

—¡Ay, perdona! Lo mismo te viene mal... —Y yo escribía sin mirar la pantalla. Solo las letras.

—Oye... —escribió él y yo no lo vi. Yo seguía a lo mío.

—La hora quizá sea un poco mala, si quieres dormir la siesta. —Y seguía escribiendo sin ver que él respondía.

—Lucía... Espera...

Y yo seguía sin leer.

—Dime tú la hora y así mejor.

—¡Lucía!

Me dio por mirar la pantalla y vi sus tres mensajes que no había visto, mientras escribía como una loca sin saber casi ni lo que ponía.

—Dime, dime, perdona, que me he puesto a escribir y no te leía. —Menudo ridículo estaba haciendo.

—Que era una broma. Que me viene fenomenal la hora —escribió acompañado de un emoticono guiñándome un ojo.

¡Será capullo! Y yo aquí con un apuro que no sabía ni qué decir.

—¿Me estás vacilando? —dije.

—Bueno. Una pequeña bromilla. No te preocupes, Lucía, vente cuando quieras, que te espero encantado —contestó acompañado de un emoticono sonriendo de oreja a oreja.

—Joder, pues me lo he creído.

—Ja, ja, ja... Ya lo he visto, ya...

—Entonces, a las cinco voy, ¿vale?

—Perfecto. Luego te mando un mensaje con el número del portal y el piso.

—Vale.

Nos despedimos y me entró un cosquilleo por el estómago muy agradable. No sé por qué, yo no veía esta quedada como el momento de vernos para explicarme lo de la media maratón, sino que estaba nerviosa como si fuera una cita. Pero ¿qué dices, Lucía? Céntrate, hija, por favor, que si no, esto se te va a ir de las manos.

Me pensé muy bien qué ponerme, ya ves tú qué tontería, cuando lo único que iba a hacer era ir a su casa a tomar café y luego a la de Darío a hablar de lo nuestro. Tampoco iba a salir de fiesta, ni a una boda. Debería estar más nerviosa por la conversación pendiente con Darío que por tomarme un café con Adri. Así que lo que me convendría ponerme sería lo más cómodo que tuviera dentro del armario e ir sencilla a la par que un poco arregladita.

Así que al final me decanté por unos vaqueros desgastados con una camiseta blanca holgada de pico y unas zapatillas de deporte. Me maquillé ligera, crema con un toque de color, *gloss* rosado y máscara de pestañas negra.



Llamé al telefonillo temblorosa, ¡parecía una adolescente en su primera cita! ¿Qué tenía Adri que me ponía así? Hacía que emanaran en mí unas sensaciones que provocaban que mis hormonas se revolucionaran y me pusieran a mil por hora. Como mis hormonas siguieran comportándose así, cuando abriera la puerta de su piso me tiraría encima de él y ¡le plantaría un beso en los morros! Céntrate, Lucía, céntrate.

—Sube —respondió resuelto y sin preguntar siquiera quién era.

El portal se abrió con un pequeño empujón. El edificio, a pesar del calor que hacía fuera, emanaba un ambiente húmedo, fresco. Estaba oscuro, apenas iluminado por la poca luz que entraba por el cristal de la puerta. Tres escalones separaban los buzones negros y antiguos del pequeño ascensor. El edificio debía de tener muchos años. Toda la zona donde residíamos era algo añeja.

Llamé al ascensor y en apenas unos segundos llegó. Le di al tercero y el aparato comenzó a ascender. Iba nerviosa. Y animada, el hecho de proponerme aquel plan me hacía sentir bien. Llegué al tercero y abrí la puerta del ascensor. Asomé la cabeza hacia la izquierda y no vi a nadie.

—Psss —escuché—. Aquí.

Giré la cabeza y Adri estaba apoyado en el marco de la puerta, con media sonrisa y secándose las manos con un trapo azul de cocina.

—¿Qué tal, Lucía? —dijo con su habitual sonrisa.

Me acerqué hasta él y nos dimos dos besos. Mmmm, qué bien olía...

—Bien, ¿tú qué tal? —pregunté.

—Muy bien, estaba terminando de hacer café, lo acabo de poner al fuego.

Se retiró de la puerta señalándome el paso con su mano, dejándome pasar delante y cerrando la puerta tras de sí.

Paré en el descansillo y me giré. Lo primero que encontré nada más entrar era un descansillo y una puerta a la derecha que daba paso a la cocina, donde ya empezaba a sentirse el aroma a café.

—Pasa, pasa, con confianza —dijo Adri sonriendo y apoyando su mano en mi espalda.

Del descansillo salía otra puerta que daba directamente al salón. Un salón pequeño pero decorado con mucho gusto. Un sillón gris oscuro grande, una televisión de plasma colgada de la pared, una pequeña mesa redonda de cristal con cuatro sillas de forja negra a su alrededor... y mucha luz. Un gran ventanal.

Toda la pared del fondo era un gran ventanal con visillos blancos. Y frente al sofá, una pequeña mesa de centro con un salvamanteles gris bajo una bandeja con pastas variadas.

—Qué bonito el salón —dije.

—¿Te gusta? —preguntó sorprendido por mi afirmación.

—¡Claro! No me lo imaginaba así...

Soltó una carcajada.

—¿No te lo imaginabas así? Ja, ja, ja..., ¿y cómo te lo imaginabas? —preguntó extrañado.

—No sé..., más... —cómo encontrar la palabra y decir «revuelto» sin ofender—, más... de hombre. —Toma ya, te has lucido.

—¿De hombre? ¡Qué dices! ¡Te creía fuera de todos esos estereotipos! —sonreía.

—Ja, ja, ja... Bueno, no sé... es que está todo tan ordenadito y con tanto gusto...

—Qué fuerte —reía ampliamente.

—Es verdad, perdona, qué prejuiciosa soy. Pero, vamos, que me gusta y punto.

—Ja, ja, ja..., es que me encantas..., eres tan espontánea —dijo ladeando la cabeza.

No pude evitar reírme también. La tarde empezaba bien. Y los calores empezaban a aparecer.

Imprimió la documentación que le habían mandado para poder verla tranquilamente en el salón y no en su pequeño despacho. El piso tenía dos habitaciones, una la había adecuado como despacho y en la otra dormía.

—Mira —dijo mientras me tendía los papeles—. Quédate en el sillón echándoles un ojo mientras pongo el café.

—Vale —respondí mientras cogía la información.

—¿Cómo lo quieres?

—¿Tienes hielo? —pregunté.

—Depende para qué —respondió guiñándome un ojo y con media sonrisa.

Debió de ver mi cara de alucinada y se empezó a reír.

—Ja, ja, ja, era broma... ¿Lo quieres solo con hielo?

«Este tío es un vacilón...», pensé.

—No, café con leche con hielo, si tienes hielo, claro —respondí con retintín.

—¿Café con leche con hielo? —preguntó extrañado.

—Sí, ¿por? —respondí con media sonrisa

—No sé..., una combinación poco habitual, o que yo he escuchado poco...

—Es que yo soy poco habitual —contesté burlona.

—En eso tienes razón —respondió mirándome fijamente.

Se respiraba una tensión sexual increíble. Rompí el hielo, nunca mejor dicho...

—¿Me lo traes entonces? ¿O me bajo a El Trote a que me lo ponga Paco...? — pregunté pícaro.

Este chico me hacía sacar mi lado más adolescente de tontear con alguien.

—Claro, ahora lo traigo —respondió sin dejar de mirarme fijamente y ampliando su sonrisa.

No lo podía evitar, no podía quitarme la sonrisa de la cara. Miré la primera página de la media maratón, que rezaba: «XXI Media Maratón Bahía de Cádiz», y varios papeles de instrucciones de inscripción, tarifas, documentos...

Lo miré por encima hasta que vi entrar a Adri por la puerta del salón con una pequeña bandeja y dos cafés. Los colocó sobre la mesa, que estaba frente al sillón, y se sentó a mi lado mientras me tendía el azúcar.

—¿Qué te parece? —preguntó mirando la información de la media maratón.

—Pues... no me ha dado mucho tiempo a mirarlo, pero pinta bien, ¿no? — respondí azucarándome el café.

—La verdad es que, al estar en la playita, uno se anima más..., con el calor que está empezando a hacer ya por aquí, se agradece.

—¡Pero es el próximo fin de semana! —dije sorprendida mirando las fechas.

—Sí, ¿no te lo dije? —respondió arrugando la nariz y entrecerrando los ojos.

—Pues creo que no...

—¿No puedes?

—Eh..., sí, sí..., para el próximo «finde» no tengo nada. Lo que no sé es si Darío puede.

En realidad había pensado escaparme el siguiente fin de semana a ver a Claudia, pero bueno, podría dejarlo para el siguiente.

—Pero ¿y las inscripciones? —pregunté.

—Llama si quieres a Darío para preguntarle antes de hacer la inscripción y, si puede venir, las hacemos ahora que estamos dentro de plazo.

—Ah, vale, ¡genial!

Llamé a Darío y, como ya le había comentado lo de la media maratón, no le pilló muy de sorpresa. Me dijo que por él no había ningún problema, aunque teníamos pendiente una conversación, de la cual yo presentía que no íbamos a salir bien parados.

—Ya está, arreglado —dije mirando a Adri.

Sonrió y se le iluminó la cara.

—Perfecto. Pues vamos a ello.

Nos dirigimos a su despacho y rellenamos las inscripciones por internet; en la información adicional decía que los dorsales los recogeríamos en un centro comercial cercano. Miramos el plano del recorrido, que eran poco más de veintiún kilómetros, y lo buscamos en el ordenador para hacernos con las distancias. La carrera comenzaba a las diez de la mañana, partía del Complejo Deportivo Ciudad de Cádiz y finalizaría en el Estadio Iberoamericano.

Encima de la mesa había libros y apuntes esparcidos. Me fijé en uno de los libros, donde se podía leer el nombre completo de Adri. Y un corcho con gran cantidad de fotos y notas presidía la pared.

—¿Adriano? ¿Te llamas Adriano? —pregunté sorprendida.

—Ja, ja, ja..., sí, ¿por qué? —respondió desviando la mirada del ordenador y mirando hacia el libro—. ¿Cómo creías que me llamaba?

—Adrián, no sé, lo di por hecho.

—Pues mira qué sorpresa, soy Adriano. ¡Tachán! —respondió riendo.

—¿Adriano Barone Milani? —pregunté mientras leía.

—Ese soy yo.

—Vamos, que de Madrid no eres —dije vacilona.

—No..., y por mi nombre y apellidos tampoco creo que haya muchas dudas, ¿no? —respondió guiñándome un ojo.

—¿Italiano?

—Bingo.

—Bufff..., pues menuda fama de rompecorazones que tenéis los italianos... —dije con sorna.

—Ja, ja, ja, ja... ¿Ya estamos con los prejuicios? Tú y yo vamos a tener que mantener una charlita, ¿eh, señorita prejuiciosa? —respondió girándose hacia mí en su silla y quedándose frente a mí, muy cerca.

Reconozco que me intimidó. Me miró sonriendo con los ojos y con la boca, fijamente, sosteniendo mi mirada. Me costó mogollón seguirle, quería bajar la mía porque me estaba poniendo demasiado nerviosa.

—¿Has estado alguna vez con un italiano? —preguntó sin filtros de por medio.

—¿Yo?... No —respondí sorprendida.

—Pues el día que tengas la oportunidad, hazlo, verás como no somos tan cabrones como nos pintan —respondió sonriendo.

Pero la sonrisa se tornó más seria y puso su mano sobre mi rodilla suavemente. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Seguíamos mirándonos fijamente, desafiándonos y sabiendo lo que allí estaba ocurriendo.

—Yo no sé cómo serán los demás, pero yo soy muy dulce, cariñoso, fiel... —susurraba mientras alternaba su mirada entre mis labios y mis ojos—. ¿Lo dudas?

Abrí tímidamente la boca para responder.

—No, no lo dudo —susurré yo también nerviosa y con mucho calor.

Sus labios empezaron a acercarse sigilosamente a los míos y su mano acarició mi pierna con dulzura. El tiempo se paró en ese momento, quería besarle, abrazarle..., pero ¿por qué? Era más que evidente que me atraía y me daba muchísimo morbo esa manera que tenía de mirarme.

Pero en un instante de lucidez me separé, miré hacia el ordenador y rompí ese momento que se había convertido en mágico. No podía hacerle eso a Darío cuando le estaba pidiendo confianza ciega en mí y que se dejara de celos infundados y discusiones sin motivo. Ahora sí le estaba dando uno.

—Bueno, ¿y el alojamiento? —pregunté terminando con ese tenso momento.

Él medio sonrió, bajó la cabeza y pude leer perfectamente su mirada. Su mirada decía: «Mierda, ¿qué estamos haciendo?». Se puso de nuevo frente al ordenador, suspiró y abrió una nueva página de internet. Yo nunca había estado en Cádiz y la verdad es que el plan también me apetecía por ir a conocerlo, pasar allí el fin de semana y desconectar un poco.

—Pues mira, he visto varios hoteles que salen bien de precio —dijo mientras tecleaba en el ordenador de su despacho.

Me mostró algunos hoteles que estaban bastante bien y nos decidimos por uno que se llamaba El Castillo, frente a la catedral de Cádiz, con piscina y muy buenas recomendaciones.

Como íbamos a ir los cuatro, reservamos dos habitaciones con cama de matrimonio.

—Lo pago yo ahora —dijo Adri—, y ya me lo daréis, ¿vale?

—No, no te preocupes, tengo aquí la tarjeta de crédito —dije levantándome para ir al salón a por el bolso.

—Que no, tonta, anda, ven aquí —dijo señalando la silla con su mano—. Ya está hecho.

—Joder, eres cabezón, ¿eh? —dije riéndome.

—No lo sabes tú bien... —respondió con una carcajada.

Me senté junto a él y decidimos ir en el coche los cuatro. De esa forma gastábamos menos en gasolina y el trayecto era más ameno. Al final optamos por el coche de Adri, porque era más amplio y más cómodo para un viaje largo.



Cuando salí de casa de Adri, no pude evitar hacerlo nerviosa, incluso algo excitada. Menudos momentos de tensión que habíamos vivido ahí dentro. Hacía más calor en su casa que en pleno Sevilla en el mes de agosto. Si era así como amigo..., uff, no me lo quería imaginar en otras situaciones.

Cogí el coche y me dirigí a casa de Darío. Cada vez tenía más claro que nuestra relación tenía que terminar. Era demasiado control para mí. Que si la ropa, que si las compañías, que si a qué horas sales..., en fin..., demasiado.

He de admitir que el hecho de que Adri se hubiera cruzado por mi camino también había hecho que me mostrara menos receptiva con Darío, y antes de que pasara algo, si es que pasaba, prefería cortar por lo sano.

Tardé poco en llegar, el trayecto era relativamente corto y Madrid un sábado por la tarde noche tampoco era ningún hervidero de coches. Aparqué en zona azul, pero, al ser sábado por la tarde, no tenía que poner el dichoso *ticket* de la hora y bajar cada diez minutos a renovarlo.

Cuando llegué, llamé y rápido me abrió. Se acercó a mí a darme un beso en la boca, pero giré levemente la cara para recibirlo en la mejilla.

—Mal empezamos —susurró Darío mientras entraba al salón tras de mí.

Me senté en el sofá esperando a que él hiciera lo mismo. Al ver el panorama, cogió el mando a distancia y apagó la televisión, que emitía un partido de fútbol de la liga inglesa.

—Darío, tenemos que hablar —dije rotunda sin dejar de mirarle a los ojos.

Todo el mundo sabe que esa fatídica frase tiene unas consecuencias bastante predecibles, ¿no? Lo que estaba claro es que algo no iba bien.

—¿Qué ocurre, nena? —preguntó.

—¿Que qué ocurre? Darío, ¿me lo dices en serio? —pregunté extrañada.

—No sé...

—¿No recuerdas nada de ayer?

—Bueno..., algo. Pero, si te soy sincero, del final de la noche, poco.

—Pues no te preocupes, que te lo recuerdo —empezaba a estar cabreada.

Le conté todo lo de la cena, que si el escote, la falda, el canalillo, que si tápate, que si el camarero te ha mirado las tetas porque vas enseñándoselas a todos... Mientras lo hacía, me miraba, pero sin emitir ningún gesto, ni para bien ni para mal, cosa que empezaba a cabrearme más. Y continué contándole la discusión en la discoteca, su borrachera, y su «gran» muestra de cariño al final.

—¿Has terminado? —preguntó.

—Sí, claro —respondí asertiva.

—¿Y quieres que sea sincero? —dijo intimidante.

—No dudaba de que no fueras a serlo, Darío.

—Mira..., es que, como te habrás dado cuenta, soy un hombre un poco celoso.

—Mi cara mostró sorpresa. «¿Un poco?»—. Y creo que a veces vas demasiado provocativa.

—¿Perdona? —Incredulidad total.

—Sí, nena... Los chicos te miran, y no me gusta, lo reconozco.

—Entonces, mejor cuello vuelto y pantalones, ¿no? —pregunté irónica.

—No, tampoco es eso..., aunque seguramente me sentiría más cómodo.

Esto rozaba el colmo de la irrealidad.

—Además —continuó—, si sales así conmigo, no me quiero imaginar cómo lo harás con tus amigas.

—A ver, es una broma, ¿verdad? Me estás tomando el pelo, ¿no? —No me lo podía creer—. Con mis amigas salgo igual que contigo.

—Ya, pero no estoy yo para vigilarte —sentenció.

—¿Vigilarme?

—Sí, para protegerte, para que sepan que estás conmigo —dijo sereno cogiéndome la mano.

—Darío, eso no es protegerme, ¡no me jodas! Eso es controlarme y ¡no dejarme ser yo! —respondí más enfadada y retirando mi mano de la suya.

—Pero, nena...

—¡No, Darío, no! No soy ni de tu propiedad ni de la de nadie. ¿Lo tienes claro?

—¡Es que no te das cuenta de que me comporto así porque quiero estar contigo y que tú estés conmigo! —Empezó a subir el tono.

—No, estás muy equivocado, lo que tú quieres es que solo esté contigo y ¡sin nadie más! Ni que me miren, ni que conozca gente, ni que hable, ni que ría..., ni que haga nada, si no es solamente ¡contigo! —Yo también subí mi tono de voz.

—Es que te quiero tanto, ¡que muero de celos!

Esto ya fue el remate. Definitivamente, esta relación no iba a ningún sitio.

—Mira, Darío..., todo esto que estamos hablando y que me estás contando me está asustando un poco. Creo que deberíamos darnos un tiempo o plantearnos la idea de dejar de vernos, porque...

Darío me cortó, me puso la mano en la boca y no me dejó seguir hablando.

—No, nena, no... No me digas eso, por favor. Todo esto lo hago porque te quiero, nada más, no me dejes, por favor, Lucía, no me dejes.

Retiré su mano de mi boca.

—Darío, yo ahora mismo estoy muy confundida. Cuando estamos solos estamos muy bien, pero cuando hay gente te transformas y no puedo hacer nada ni decir nada ¡porque te enfadas! ¡Me quieres controlar hasta la ropa que llevo!

—Puedo cambiar, ¡de verdad! Te prometo que voy a cambiar. Pero no me dejes, nena, por favor.

Me dolía en el alma verle así, de verdad, pero no quería dar más tiempo a algo que tenía fecha de caducidad. Para mí tampoco era una situación fácil, aunque lo pareciera al ser yo quien estaba tomando la decisión. Él permanecía cabizbajo con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza sobre sus manos.

—Nena, no sé qué decir..., de verdad... —dijo ladeando la cabeza.

—Darío, no lo hagas más difícil.

Pero, de repente, me miró con una mirada inquisitoria, oscura, y lanzó su misil.

—Te has tirado a otro, ¿verdad?

¡Toma ya! ¡Ahora sí que sí! Esta sí que era buena, si ya nos quedaban dos telediarios, ahora no nos quedaban ni los avances informativos.

—¡Cómo! ¡Darío, me estás ofendiendo! ¿Tú de qué vas? —dije cabreada al máximo y levantándome como un resorte del sillón.

—Es el camarero de El Trote, ¿no? El hijo de Paco. —Su mirada se tornaba más oscura y maligna.

—Mira, Darío, hasta aquí hemos llegado. Lo he intentado, he intentado hablar contigo por las buenas y mira para lo que ha servido, ¡para que tú llegues a la conclusión de que esto ha pasado porque me he acostado con medio barrio además de contigo!

—Las miraditas de ese camareruco te desnudan —dijo con voz ronca.

—Mira, Darío, estás enfermo, de verdad. Adiós muy buenas. Qué decepción.

Cuando fui a darme la vuelta, me agarró del brazo con fuerza.

—No te vas hasta que no aclaremos quién es al que te tiras —dijo enfadado.

—Darío, suéltame —respondí intentando parecer serena—. Ya está todo hablado, así que, por favor, ni te humilles ni me humilles más. Vamos a dejar las cosas así, no las empeores más. Y, por favor, suéltame, que me estás haciendo daño.

Me miró con furia, con la mandíbula apretada, el ceño fruncido y la respiración acelerada. Yo tenía mucho miedo, llegué a pensar que me daría una bofetada o algo peor al ver esa crueldad en sus ojos.

Después de estar unos segundos manteniéndonos la mirada y cuando mis ojos comenzaron a humedecerse, me soltó. Cogí el bolso rápidamente sin decir una palabra y, sin mirar atrás, abrí la puerta y, antes de cerrarla, escuché:

—¡Lucía!, ¡nadie jamás te va a querer como yo!, ¡jamás! Y no te va a ser fácil olvidarte de mí.

Cerré la puerta de un portazo, muy asustada por su reacción al final de la conversación. Cuando salí a la calle fui directa al coche todavía resintiéndome de mi brazo. Un par de ronchas rojas empezaban a aparecer en él. Me metí en el coche y cerré los seguros. Tenía miedo. Miedo a que me siguiera o algo así. Arranqué y me marché, esta vez con las lágrimas, retenidas antes, resbalando por mis mejillas.



12

Después de semejante episodio, todos teníamos claro que Darío no iba a venir conmigo a ninguna parte, y menos a la media maratón. Así que llamé a Elsa, mi amiga del alma, para pedirle, con pucheros incluidos, que me acompañara ella.

Le conté todo lo que había pasado con Darío, omitiendo el daño físico. No me sentía preparada para contárselo a nadie.

—¡Será cabrón!

Fue lo primero que soltó por su linda boquita. Le pedí que se viniera conmigo a hacerme compañía, y la muy perra lo que me contestó fue que se iba a ir a retozar con Iván el fin de semana a Toledo.

—¿Y ahora qué hago yo? —le pregunté.

—Pues tú vas, corres, y te vienes... ¿Qué hay de malo? —dijo mientras comía algo al otro lado del teléfono, que preferí no averiguar.

—Sí, claro, de sujetavelas... Menudo fiestón... No te jode —dije sarcástica—. Ya está, voy a llamar a Adri y le digo que no voy.

Elsa intentó convencerme de que fuera, pero yo ya lo había decidido y, como ya he dicho en alguna ocasión, soy bastante cabezona. Así que pensé que el lunes, cuando saliera del trabajo, le llamaría.

La semana empezó tranquila, fui a trabajar. Sara me cogió por banda en la máquina del café y me contó que se oían rumores de que Humberto e Irene se habían dado un besito de buenas noches hacía unos días al salir de la redacción.

—¡Qué fuerte! —repetía ella agitando las manos.

—¡Pero dejadles en paz! —respondí mientras sacaba de la máquina mi café aguado que probablemente me haría salir corriendo al baño al acabarlo—. Que disfruten.

—¡Pero, tía, es que no pegan ni con cola! —continuó.

—Bueno, ¿y qué pasa? Que se junten y se desjunten cuando quieran... —respondí con desgana.

No había pasado buena noche con la historia de Darío, tuve unas pesadillas horribles, soñé que no me dejaba salir de su casa, yo intentaba gritar pero la voz no me salía... Me desperté bañada en sudor y muerta de miedo.

—A ver... —dijo poniéndose delante de mí—. A ti te pasa algo.

—¿A mí? Qué va —contesté chupando el palito de la máquina del café.

—Ya, claro. Anda, canta, que se te nota a la legua...

—Que no pasa nada, Sara. Tonterías mías.

—Que no cuela, Lucía, empieza a hablar, que no tenemos toda la mañana —dijo arrugando la nariz.

—Bufff —resoplé—, pues nada, que lo he dejado con Darío y este fin de semana había quedado con Adri y Ana para ir a Cádiz a correr una media maratón y ahora me encuentro con que no tengo «pareja» para ir allí.

—Joder... Pues para no pasarte nada... —dijo poniendo su mano sobre mi hombro.

—Ya —respondí subiendo las cejas.

—Pues empezamos por el principio. ¿Qué ha pasado con Darío?

—Nada, que no nos entendemos. Nada más —contesté mientras miraba mi café y lo removía.

En ese momento nuestro jefe entró en la redacción:

—¡A ver! ¡Escuchadme todos! —dijo con su característica voz ronca—. Se ha declarado un incendio en la calle Alcalá, en un piso. Por lo visto una explosión de una bombona de butano. Los bomberos están yendo hacia allá, y nosotros ¡también! Hay heridos. Así que, Lucía y Humberto, salid echando leches para allí. ¡Ya!

Nada más oír su nombre, Humberto se levantó de la silla cogiendo tras de sí su cazadora. Se colgó la cámara de fotos Nikon último modelo para no desentonar con su atuendo moderno y, con una subida de cejas, me dijo:

—¿Vamos?

Joder, pues tenía yo un ánimo como para salir corriendo a cubrir una noticia. Yo solo quería meterme en mi cama y dormir. Dormir hasta que la sensación tan extraña que sentía en mi cuerpo y en mi cabeza desapareciera. Pero el trabajo es lo que tiene, y había que hacer de tripas corazón y tirar para delante.

Fuimos en su coche y atisbamos el humo varias calles atrás. Aparcamos donde pudimos y salimos corriendo para hacer fotos y entrevistar a las personas implicadas.

Yo cogí la grabadora mientras Humberto capturaba imágenes con la cámara. Había varias ambulancias, la policía había acordonado la zona. Ya había medios de comunicación por allí y yo buscaba algún testimonio. Vi a una señora en bata, llorando y muy nerviosa, mirando todo el tiempo hacia las terrazas de los pisos.

Conseguí hablar con ella y que me contara un poco, entre nervios y lágrimas, qué había pasado, bueno, en realidad, que me contara cómo lo había vivido ella. Dijo que de repente escuchó un estruendo horrible, que hizo vibrar toda su casa. Después, gritos, humo, caos... y todos desalojados.

Por lo menos algo había conseguido para la mañanita que llevaba arrastrando. Esa noche me acostaría muy pronto para recuperarme, porque si no...

Pasamos un buen rato allí cubriendo la noticia, después fuimos a la redacción y luego a casa. Me preparé algo ligero para comer y me puse a gandulear viendo la tele, que, la verdad, a esas horas dejaba mucho que desear.

Me planteé varias veces coger el móvil y mandar un mensaje a Adri para decirle que no iba a acompañarles a Cádiz, pero al final decidí llamarle directamente y hablar con él.

Al segundo tono lo cogió.

—¡Hola, Lucía! ¡Qué sorpresa! —dijo alegre.

—Espero que agradable —respondí.

—Oír tu voz siempre es agradable, Lucía —dijo con sorna.

—Qué adulator —respondí del mismo modo—. ¿Te desperté de la siesta? Ahora que veo la hora, creo que tendría que haber esperado un rato.

—No, tranquila, estaba tirado en el sofá viendo uno de esos documentales del Discovery Max. La verdad es que me has salvado de un suplicio de televisión.

—Ja, ja, ja... Oye, mira, que te llamo para decirte que este fin de semana no vamos a poder acompañaros a Cádiz.

Se hizo un silencio corto.

—¿Y eso? —respondió cambiándole radicalmente el tono de voz.

—Pues mira, Darío no puede —por no decir que nos habíamos mandado a la mierda— y yo no voy a ir.

—¿Tú por qué no? —preguntó serio.

—Adri, qué pinto yo de sujetavelas allí...

Una carcajada se escuchó por el auricular.

—¿Me lo dices en serio, Lucía? Anda, anda. No seas tonta, ¿eh? Me apetece muchísimo que vengas.

—Adri, entiéndeme. Además, no estoy de humor.

—¿Por qué?, ¿qué te pasa? —dijo serio y pausado—. ¿Estás bien?

—Tengo el día malo. Nada más... —Evité contarle lo de Darío.

—Bueno, mira, vamos a hacer una cosa... Ana ha quedado en Cádiz con un par de amigas tuyas modelos o no sé qué, que viven allí, y estará poco con nosotros, así que no tendrás que sujetar nada —dijo burlón.

No pude evitar reírme tras el auricular. Este chico me encantaba, por mucho que intentara negármelo a mí misma.

—Bueno —continuó—, tendrás que sujetarme a mí cuando llegemos a meta, que estoy desentrenado.

Te cogería y te haría de todo... Pero vamos a dejarlo. Céntrate, Lucía, céntrate.

—Ja, ja, ja... O al revés, no te digo yo que no —respondí sonriendo.

—¿Lo ves? Ya tienes más ganas, ¿a que sí?

—Ufff, no sé —dudé.

—¿Sabes que va a pasar al final?

—¿Qué? —pregunté.

—Que me vas a obligar a que te rapte y te lleve metida en el maletero hasta Cádiz, y mira que así es más cansado. Pero si me veo en la obligación... —susurró con sorna.

—Sí, claro, claro.

—Y lo peor es que tantas horas en el maletero del coche te van a dejar fatal el cuerpo para poder correr la media maratón.

—¿Lo dices por experiencia? ¿Alguna amante te ha raptado y te ha llevado en el maletero? —dije juguetona.

—Hummm... —respondió pensativo—, te lo cuento si vienes conmigo.

—Uf, no sé si quiero saberlo —respondí riéndome.

—Te encantaría la historia. Tiene su morbo —se rio tras el auricular—. Me apetece mucho que vengas... De verdad.

La conversación y el tono se tornaron serios.

—Adri, mira, le voy a dar otra vuelta y me lo voy a pensar, ¿vale? Eso ya es más de lo que iba a hacer antes de descolgar el teléfono y llamarte.

—Prométemelo —dijo serio.

—Prometido —contesté en el mismo tono.

—Mañana pienso llamarte para escuchar que vienes con nosotros, ¿eh? —El tono volvió a ser picarón.

—Vale... —respondí sonriendo.

—Y no voy a aceptar un no por respuesta. Así que, ya sabes... Yo, por si acaso, voy a ir buscando una manta llena de polvo y la cinta adhesiva para tenerlas preparadas por si tengo que aparecer en tu casa y raptarte, y ya te adelanto que la manta no va a ser de tu agrado —bromeó.

—Me estás dando miedo —respondí en el mismo tono.

—Uy... Tenme más miedo cuando me tengas delante. Porque ahí no te pregunto, directamente te cojo en volandas y vas directa al maletero aunque tengas que correr en tacones porque sean los zapatos que lleves puestos en ese momento. —Le imaginé sonriendo.

—Lo apunto... Te vigilaré desde lejos para no cruzarme contigo estos días —sonreí—. Bueno, Adri... Pues entonces mañana hablamos.

—No lo dudes. Un beso, mi mosca cojonera.

—¡Oye! —Salté de un respingo.

—Ja, ja, ja... Lo siento, pero para mí ya eres mi mosquita cojonera.

Y nos despedimos así. Yo, con una sonrisa en los labios, y creo que él también...

Al día siguiente, como un clavo, Adri me llamó a la misma hora a la que habíamos hablado el día anterior y, tras darle muchas vueltas, me dijo: «Mira, por qué no vas a ir, si, total, no tienes nada que perder. Así te aireas un poco y desconectas del estrés de Madrid».

—Vienes, ¿verdad? —dijo Adri nada más descolgar yo el teléfono.

—Eres directo, ¿eh? ¿Dónde se han quedado los buenos modales de «hola, Lucía, ¿qué tal? Bien, Adri, ¿y tú?»?

—Ja, ja, ja... Tiene toda la razón, señorita. Discúlpeme usted. Empecemos de nuevo.

Una carcajada mía fue como asentir con la cabeza si hubiéramos estado juntos.

—¿Dígame? —dije con sorna.

—Buenos días, Lucía, ¿cómo estás? ¿Qué tal has pasado la noche? —dijo en tono burlón y forzado.

—Buenos días, Adri, pues muy bien, gracias, ¿y tú qué tal? —respondí poniendo voz de mujer mayor y responsable.

—Muy bien. El motivo de mi llamada, señorita Lucía, es para confirmar su asistencia a la media maratón que se realizará este fin de semana en Cádiz. —Carraspeó con fuerza.

No pude evitar reírme, es que entraba al trapo en cualquier situación, y yo también, éramos los dos bastante parecidos en lo que a sentido del humor se refiere.

—Pues mire... Tendrá usted que convencerme. Porque no las tengo todas conmigo —dije haciéndome la interesante.

—Hummm... ¿Se te ocurre algo en particular para que te convenza? —dijo picarón.

—Pues no, no tenía nada pensado... —contesté mimosa.

Pero a ver, a ver, a ver... ¿Estábamos tonteando? ¿Estábamos empezando a forzar la máquina? No, no, no. Esto por ahí no iba por buen camino. Casi mejor dejamos de lanzarnos los trastos y nos empezamos a comportar como personas normales, que él tiene pareja y yo lo acabo de dejar con Darío y no tengo muchas ganas de jarana.

—A mí se me ocurren varias cosas que proponerte, y te aseguro que te convencería —dijo con voz ronca.

¡Uff, qué calor me ha entrado de repente! ¡Si es que es imposible mantener la cabeza fría con este chico!

—Bueno... —suspiré—, ahora en serio.

—Yo no bromeaba en ningún momento.

Tragué saliva.

—¿Entonces Ana tiene amistades allí? —Cambié de tema.

—Sí, por lo visto hay un par de chicas que conoce que viven allí y ha quedado para ir de compras mientras nosotros nos dejamos los higadillos corriendo.

Una carcajada espontánea salió de mi boca.

—Así que no me dejes solo y vente conmigo, ¿vale? —dijo simulando que ponía pucheritos.

—Venga, vale. Iré. Pero en el momento en el que sienta que estoy de sujetavelas, me marcho a mi habitación.

—Trato hecho. No quiero que te sientas incómoda, así que, si en algún momento te sientes así, no dudes en decírmelo, que hay confianza. ¿De acuerdo? —dijo en tono sensato.

—Vale.

—Me alegra mucho que vengas, de verdad.

—Yo ya te diré si me alegro o no... —dije riéndome.

—Anda, anda, te aseguro que sí.

La semana pasó como un suspiro, recuerdo que estaba muy nerviosa, me daba no sé qué compartir un fin de semana con Adri, y, bueno, también con su novia.

Empecé a preparar la maleta, aunque, teniendo en cuenta que llegaríamos el viernes por la noche y volveríamos el domingo por la mañana, tampoco tendría que meter muchas cosas. Como ya hacía calor, la ropa no ocupaba mucho, así que elegí la maleta mediana con una foto de París de fondo.

Quedamos el viernes después de salir de trabajar para ir los tres en el coche de Adri. Teníamos algo más de seis horas de camino hasta llegar allí. Iríamos al hotel y el sábado, muy pronto, lo dedicaríamos a inspeccionar la zona de la media maratón, para hacernos con el recorrido.

Cuando llegué al portal de Adri, él estaba metiendo unas cosas en el maletero y, al verme, sonrió de manera espontánea. Me acerqué con el mismo gesto y vi que Ana estaba sentada dentro del coche, en el lugar del copiloto, hablando por teléfono.

—Hola —dije tímida a Adri.

—Hola, Lucía —dijo acercándose a darme dos besos—. Mira, este iba a ser tu sitio si me hubieras dicho que no venías —bromeó señalando el maletero.

Una carcajada salió de mi boca.

—Casi que prefiero ir en el asiento de atrás, más tranquilita, y sobre todo más cómoda.

Nos montamos y Ana me saludó levantando levemente la barbilla, no se la notaba muy animada con el viaje. Y no solo por su actitud, sino porque le decía a la otra persona que «menudo coñazo, ahora seis horas en el coche».

Por el camino me quedé dormida, no llevábamos ni una hora de viaje cuando me entregué a los brazos de Morfeo. Estaba cansada y me apetecía desconectar. Así que cerré los ojos y, sin darme cuenta, caí.

Me desperté cuando Adri paró a echar gasolina y aprovechamos también para comer algo. Nada más entrar, Ana se fue directa al baño, mientras nosotros nos quedamos en la barra.

—Parece que a Ana no le apetecía mucho venir, ¿no? —dije.

—Déjala. Ella se lo pierde, y, si no, que se hubiera quedado en Madrid, pero como quería ver a sus amigas, ha venido. Si no, yo creo que se habría quedado en su casa.

«Pues ya podría haberse quedado», pensé. No, Lucía, no. Adri tiene novia, así que deja de pensar en lo que estás pensando. Mucho mejor que ella esté con vosotros.

Cuando llegamos al hotel, yo estaba de nuevo dormida en el asiento de atrás del coche. Lo sé porque de repente escuché que alguien me susurraba:

—Despierta, bella durmiente, hemos llegado. —Noté una mano en mi muslo.

Di un respingo y me encontré frente a Adri, que sonreía ante mi sobresalto.

—Ya estamos en el hotel.

—¿Qué hora es? —pregunté desorientada mirando hacia todos lados.

—Shhh, tranquila. Son las diez de la noche.

Me froté los ojos y miré a mi alrededor. El paisaje era impresionante. Justo al lado del hotel estaba la catedral de Cádiz, en todo su esplendor. Sacamos las maletas del coche, que dejamos aparcado en una calle perpendicular, y vimos la fachada del hotel. Era blanca y llena de pequeños balcones de forja. Entramos en el *hall*. Era precioso. Paredes y techos blancos con muchas lámparas de forja negras y cuadros repartidos por las paredes, todos en tonalidades naranjas, rojas y marrones.

Tras el mostrador, un chico moreno, muy mono, dicho sea de paso, y con traje de chaqueta gris y corbata azul oscuro, nos esperaba. En una pequeña placa

situada en su chaqueta a la altura del corazón se leía: «Gabriel Bote», y, cuando nos vio entrar, nos regaló una gran sonrisa de bienvenida.

—Buenas noches y bienvenidos al hotel —dijo solícito.

—Buenas noches —respondió Adri mientras sacaba su cartera para enseñarle el DNI—. Mire, teníamos dos habitaciones reservadas a nombre de Adriano Barone.

—Sí, un momento, por favor... —dijo el chico mientras tecleaba con soltura en el ordenador—. Sí, aquí están. Si puede rellenarme este impreso, por favor.

Una vez hecho el *check in*, nos dirigimos a las habitaciones. El hotel solo contaba con quince habitaciones. Nos dieron las habitaciones una frente a la otra. La mía era la catorce y la de ellos, la quince. Estaban casi al final del pasillo, en la tercera planta. No era un hotel grande, pero tenía un encanto bestial.

—¿Os gusta el hotel? —preguntó Adri en el ascensor.

—Es una maravilla —respondí yo.

—Bueno... Los hay mejores... —respondió Ana con esa soberbia que la caracterizaba.

Adri resopló y yo bajé la mirada al suelo. No sabía por qué, pero se respiraba tensión entre ellos desde el inicio del viaje. Las puertas del ascensor se abrieron, y a mano derecha estaban nuestras habitaciones.

Yo me adelanté con mi *trolley* y a ellos los dejé tras de mí. Ahí estaba, habitación número catorce.

—Bueno, pues buenas noches, chicos —dije girándome hacia ellos.

—Buenas noches —respondió Ana entrando en la habitación.

—Buenas noches, Lucía. Descansa —añadió Adri con una sonrisa.

—Adri, espero que a Ana no le haya molestado que haya venido —dije.

—¿A Ana? Qué va... No te preocupes.

—¿De verdad?

—De verdad, confía en mí.

—Vale. —Se hizo un silencio incómodo mientras nos mirábamos—. Buenas noches, Adri.

—Buenas noches, Lucía.

Y nos metimos cada uno en nuestra habitación. Había una cama doble con la colcha blanca y el cabecero de madera, del cual colgaban dos lámparas de pared de tulipa blanca con un pequeño ribete marrón. Unas cortinas anaranjadas dejaban entrever unas puertas de madera blancas que daban paso a un pequeño balcón con unas vistas impresionantes.

Era la primera vez que iba a Cádiz, pero en ese momento supe que volvería, porque me daba la sensación de que no me iba a dar tiempo a disfrutarlo tanto como me estaba apeteciendo.

Dejé las cosas en un pequeño armario empotrado con cuatro perchas. Tampoco es que llevara muchísimo equipaje. Lo justo para esa la noche y el día siguiente. El domingo por la mañana partiríamos de nuevo a Madrid y volveríamos a la vorágine de la rutina diaria.

Estaba algo nerviosa y decidí salir de la habitación y darme un paseo por las instalaciones del hotel. La última planta contaba con un ático con una gran piscina-*spa* y una amplia terraza con vistas a la catedral.

Cogí el ascensor y subí al ático. Eran casi las doce, pero los alojados tenían acceso a la piscina durante toda la noche, siempre y cuando se guardara silencio. Yo no me planteaba bañarme en ningún caso. Pero sí me apetecía sentarme en el borde y meter los pies.

Respiré hondo y miré al cielo. Desde allí arriba se veían las estrellas perfectamente y la luna resplandecía serena. Metí los pies despacio, el agua estaba templada. Lo justo para meterlos y no dar un respingo. Empecé a jugar con ellos en el agua, moviendo los dedos, haciendo círculos con los tobillos... Y pensaba qué estaba haciendo yo allí, con Adri y su novia, para correr una media maratón... ¿Estábamos locos o qué? Por lo menos, si yo hubiera ido también con alguien... Ahora, pensándolo en frío, me parecía un poco surrealista.

—¿Un bañito? —escuché tras de mí.

Esa voz me hizo salir de mis pensamientos y girarme enseguida. Era Adri.

—Hola... —dije sonriendo.

—¿Puedo? —preguntó señalando el borde de la piscina a mi lado.

—Claro, siéntate —respondí tranquila.

—¿No podías dormir? —quiso saber mirándome a los ojos.

—Estoy un poco nerviosa... Todavía me cuestiono qué hago aquí ahora mismo —dije mirando mis pies.

—¿En serio? —preguntó preocupado—. Pensé que eso ya lo habíamos hablado.

—Sí, si lo sé, Adri. Pero no sé... Digamos que me rayo mucho con las cosas... —contesté con media sonrisa.

—Pues no tienes por qué rayarte. Mañana correremos y ya está... —respondió mirando hacia el cielo y resoplando—. ¿Es solo por eso? ¿O hay algo más? —dijo mirándome.

La verdad es que también tenía en la cabeza a Claudia, no contestaba a mis mensajes y después de haberla oído así... Algo no iba bien.

—Es por una amiga —respondí por fin.

—¿Una amiga? ¿Qué pasa? ¿Habéis discutido?

—No, qué va —dije mirando el agua de la piscina—. Estoy preocupada por ella.

—¿Por qué?

Me giré y miré un instante a Adri. Me mordí el labio inferior y me decidí a contarle lo que había pasado. Su seriedad y tristeza al hablar por teléfono. Que no respondía a mis mensajes. Su cambio de país hacía siete meses por amor...

Le conté que el siguiente fin de semana quería escaparme a Londres a verla sin avisar, tenía la dirección de su casa y su teléfono, así que, si cuando llegara no estaba en su casa, la llamaría. Si no, la pillaría por sorpresa.

Adri se mostró atento a lo que yo le contaba, asentía con la cabeza, me preguntaba sobre el tema... Me sentía escuchada y, por qué no, comprendida. Pero algo me hacía creer que él tampoco estaba bien. Así que no dudé en preguntárselo.

—¿Y tú? —dije dándole un golpecito en su hombro con el mío—. ¿Estás bien?

Me miró con media sonrisa, pero su mirada no respondía a ese gesto.

—¿En serio quieres que te aburra con mis historias? —dijo mirando la piscina.

—¡Claro que quiero! ¿Por qué no iba a querer?

—Es algo personal, muy personal...

En ese momento me quedé un poco pillada. Si era algo tan personal, no creo que él se sintiera tan confiado conmigo como para contármelo.

—Hombre, en ese caso, si es tan personal, lo mismo no te apetece compartirlo conmigo... —dije algo apurada.

Cogió aire...

—¿Sabes? —Me miró de nuevo—. Ahora mismo eres la única persona con la que me siento cómodo como para contárselo.

Me dio un vuelco el corazón.

—Pues entonces, aquí estoy dispuesta a escucharte... —respondí sin bajar mi mirada—. Pero antes, si me esperas un minuto, voy a la habitación a por una chaqueta, que tengo algo de frío.

—Espera, toma la mía, yo no tengo frío —dijo quitándose la chaqueta negra de chándal.

—No, no, tranquilo, de verdad, que voy a la habitación.

—Por favor —dijo mientras me tendía la chaqueta y ladeaba la cabeza.

—Bueno, venga... ¿Nos sentamos en esas hamacas? —propuse señalando unas blancas con un pequeño colchón azul mullidito encima.

—Claro, vamos...

Nos levantamos del borde de la piscina y nos sentamos uno frente a otro en ellas.

Cogió aire y comenzó a hablar...

—Mi madre está en coma —soltó a bocajarro.

—¿Cómo? —dije sorprendida.

Me podría esperar muchas cosas, pero esta no era una de ellas.

—Sí... —respondió cabizbajo.

—Lo siento muchísimo, Adri... —Me acerqué a él dándole un abrazo.

Él respondió al abrazo con soltura y nos quedamos así unos segundos.

—Bueno, la verdad es que la historia es mucho más complicada de lo que parece.

—¿Quieres contármela? —pregunté decidida.

—Me encantaría... Necesito hablar con alguien.

—¿Y Ana?

—Uff —resopló—. Digamos que con Ana no me siento lo suficientemente cómodo como para contárselo. —Le miré extrañada—. No preguntes... —dijo con media sonrisa.

Se mesó el pelo con las manos y comenzó a hablar.

—No tengo relación con mi madre desde hace muchos años, unos diez más o menos. Desde que me vine de Italia. Ella tiene problemas con el alcohol y las drogas desde que tengo uso de razón y, como soy hijo único, siempre me he comido los marrones yo solo. —Resopló de nuevo—. Siempre la he visto colocada, y por mi casa pasaron tantos hombres que un día ya perdí la cuenta. Los vecinos me daban de comer, de merendar..., mi mejor momento del día era cuando estaba en el colegio. Allí me sentía protegido. Después pasaba mucho tiempo en la calle, por no ir a mi casa.

Le cogí la mano con dulzura y sin pensármelo dos veces, le estaba costando reprimir las lágrimas.

—Un día —continuó— me harté de peleas y broncas y me encaré con un tipo que le puso la mano encima a mi madre. —Frunció el ceño—. Me rompió la nariz, el muy hijo de puta. Así que una noche cogí todo el dinero que junté entre lo que tenía mi madre en el bolso, que era poco, y el del camello que estaba en su cama, que por suerte debían de haberle pagado algo porque tenía bastante. Llamé a mi tío Ángel, el hermano mayor de mi madre, que sabía que vivía en Madrid, y le pedí ayuda desesperada. Desde ese día él me acogió en su casa, me cuidó, hasta que con veinte años, en segundo de carrera, me independicé. —Tragó saliva y me miró con dulzura—. Gracias a mi tío, estoy viviendo solo. El piso donde vivo

es suyo, lo tenía pagado y se ofreció a pagarme la carrera. Tiene una situación económica muy buena, no tiene hijos, y un día me dijo que, con lo mal que lo había pasado, no iba a permitir que renunciara a mis sueños de ser médico por temas económicos. Así que le estaré agradecido de por vida.

—No sé qué decir... —dije sin soltarle la mano—. ¿Y tu padre?

—No conocí a mi padre. Mi madre me contó que cuando se quedó embarazada la abandonó, y no me extraña. Viendo la vida que llevaba ella... —Miró hacia nuestras manos enlazadas y me acarició la mía con el dedo pulgar.

—Entonces, desde que te viniste de Italia aquí, con tu tío, ¿no la has vuelto a ver?

—No —respondió apretando los labios.

—¿Ni habéis hablado?

—Tampoco... Yo sé de ella a través de nuestra vecina de toda la vida. Mantengo el contacto con ella porque, joder, no deja de ser mi madre... Sé que sigue metida hasta arriba de todo...

—¿Ella ha intentado ponerse en contacto contigo? —pregunté arrugando el ceño.

—Que yo sepa, no. Y si lo ha hecho, no lo ha conseguido.

Esta conversación me estaba dejando descolocada. Jamás, detrás de esa apariencia de tío seguro, asentado, feliz..., me habría imaginado que lo había pasado tan mal y le habían hecho tanto daño.

—¿Y ahora? —pregunté.

—¿Ahora? —respondió mirándome con un intento de mueca para sonreír—. Ahora no lo sé. Me llamó mi vecina de Italia diciéndome que mi madre estaba ingresada, muy mal. Una noche más loca de lo normal, con mucho alcohol y demasiadas drogas. Por lo visto, se metió más de la cuenta y... —Negó con la cabeza.

No pude evitar levantarme, cogerle de la mano y levantarlo a él también, y darle un fuerte abrazo. El respondió de la misma manera, apretándose junto a él y apoyando su cabeza en mi cuello. Le acaricé con cariño el cabello y él me agarró con fuerza por la cintura.

—Puedes contar conmigo para lo que quieras, Adri —susurré.

—Gracias, Lucía —respondió sin dejar de abrazarme— Igualmente.

Poco a poco nos separamos y le miré con pena, me daba mucha lástima su situación y quería ayudarlo. Sentía que debía ayudarlo. Coloqué mis manos sobre su pecho mientras él seguía cogiéndome de la cintura.

—¿Vas a ir a verla? —me lancé a preguntar.

—No lo sé... —Miró al cielo y resopló—. No sé qué hacer...

Nos separamos despacio y se frotó los ojos con los dedos de la mano. En ese momento le sonó el teléfono. Lo sacó del bolsillo del pantalón y lo cogió.

—Dime, Ana —respondió sin atisbo de cariño—. Sí, ahora voy. —Y colgó.

—Descansa, Adri, es tarde y mañana nos espera un día completito —dije sonriendo para quitarle hierro al asunto.

Una fugaz sonrisa asomó por su boca.

—Sí.

Cuando nos dirigíamos al ascensor, me cogió de la mano y me paró.

—Oye, Lucía —dijo sin soltarme la mano—, muchas gracias, de verdad. Me gustaría que esto quedara entre nosotros, yo... —Y le puse el dedo índice sobre sus labios.

—Adri... No pensaba decir nada... Tranquilo. No te preocupes por nada. Si necesitas algo, estaré en la habitación de enfrente —respondí sonriendo.

Él me cogió la mano que yo tenía puesta en su boca y la besó. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Me quedé mirándole con la misma firmeza con la que él me miraba a mí. Otra vez, de nuevo esa atracción tan feroz que había entre nosotros. Ahora no nos mirábamos como lo habíamos estado haciendo antes en la piscina, ahora lo hacíamos con deseo.

Retiré la mano, me recompuse y le di las buenas noches. Esa noche me costó muchísimo dormirme entre tantas y tan dispares emociones.



13

Amanecimos sobre las seis y media de la mañana para desayunar temprano y no correr con el estómago lleno. Tomé un zumito de naranja natural, un café y un par de tostadas con aceite. Habíamos «estudiado» el recorrido por Google para luego no encontrarnos con ninguna sorpresa.

Nos preparamos a conciencia mentalmente y, como tres cuartos de hora antes, estábamos cerca de la salida calentando.

—¿Qué tal has dormido? —me preguntó.

—Bueno, bien... ¿Y tú? —dije sin mucho entusiasmo.

—He descansado, la verdad... ¿Has sabido algo de tu amiga?

—Qué va, le he vuelto a escribir antes de venir y nada.

—Joder..., lo siento —respondió mientras estiraba los brazos.

—¿Y tú de tu madre?

—No. La verdad es que ahora mismo no me apetece llamar a la vecina de mi madre... —confesó apesadumbrado.

—¿Por qué?

—No lo sé. Es una mezcla de miedo a que me dé la fatídica noticia, o enfado, por lo mal que lo pasé... No lo sé.

La conversación se estaba tornando seria y, teniendo en cuenta que íbamos a correr en nada, lo mejor era cambiar de tema para animarnos un poco.

—Bueno, pues ahora vamos a pensar en la media maratón que vamos a correr y ya está —dije sonriendo.

—Eso. Vamos a darle caña —respondió con esa sonrisa que tanto me gustaba.

Comenzamos la carrera con una amplia sonrisa en la cara. Los primeros kilómetros fuimos bien, aguantando bien el ritmo, incluso llegamos a hablar algo entre nosotros. Adri me picaba todo el rato forzando un poco para que le alcanzara, y cuando le veía relajarse, era yo quien forzaba para que me siguiera. En ese momento, para mí lo de menos era la carrera, lo mejor era el rato que estaba pasando con él, con su sonrisa, compartiendo uno de mis *hobbies* como era el deporte. La situación no podía ser más perfecta.

Poco a poco el cansancio empezaba a hacer acto de presencia, y yo, personalmente, lo notaba. Para la próxima tendría que entrenarme más, porque los últimos kilómetros se me estaban haciendo cuesta arriba. Pero Adri me

animaba, me picaba, me alentaba y, sinceramente, tener ese pedazo de cuerpo a mi lado me ayudaba mucho más, para qué voy a mentir.

Cuando apenas nos quedaba un kilómetro y ya lo teníamos prácticamente hecho, tuve la mala suerte de torcerme un tobillo y dar un traspíe. En ese momento Adri, por acto reflejo, me sujetó antes de que me dejara las rodillas clavadas en el suelo.

—¿Estás bien? —pregunté mientras me levantaba.

—Sí, sí... Sigue corriendo, vamos a terminar —contesté comenzando a trotar de nuevo.

—¿Estás segura? —dijo mirándome preocupado y trotando también.

—Sí, sí —respondí sonriendo—. Vamos, que no nos queda nada.

Me dolía un poco, pero teníamos que terminarla. Los aficionados al *running* saben de lo que estoy hablando. Después ya miraría mi tobillo.

Fuimos un poquito más despacio, pero finalmente cruzamos la línea de meta, sonriendo, felices, y ahí fue cuando Adri, con la euforia del momento, me cogió en brazos y me dio un beso en la boca. Un pico, nada más, pero lo suficiente para que mi estómago se me encogiera y no supiera por dónde salir. Tragué saliva y le miré sorprendida. Él me miró de la misma manera, me bajó al suelo y me dijo:

—Joder, perdona, Lucía, ha sido la emoción del momento... —dijo sin saber dónde meterse.

—Ya, sí, bueno..., no te preocupes —respondí mirando a otro lado.

Qué bien me habían sabido sus labios. Me había derretido en cuestión de un segundo, no me quería ni imaginar cuando me besara como él seguro que sabía hacerlo.

Para quitar hierro al asunto, me preguntó por el tobillo, me senté en un bordillo y me empezó a hacer rotar despacio el pie. Dejó de lado su faceta de *runner* para sacar la de futuro médico.

—¡Ay! —dije dolorida.

—Shh..., tranquila. ¿Te duele aquí?

—Sí.

—¿Y aquí? —dijo palpando otra zona del pie.

—Ahí menos...

—Creo que tienes un esguince leve.

—¿Es grave? —pregunté sonriendo.

—Creo que esta vez no habrá que amputar —respondió clavando su sonrisa en mí y sujetando a la vez mi tobillo.

Cómo deseaba abalanzarme sobre él y besarle... Continuar ese casto beso que me había dado hacía solo cuestión de segundos y que me había puesto como una moto.

—Vamos al hotel y reposas el tobillo con hielo —dijo mientras me ponía despacio el calcetín.

—Sí, doctor —respondí con voz de niña pequeña...

Me ayudó a levantarme y, agarrándome a su cintura y él pasando su brazo por mi hombro, fuimos despacio hasta el coche. Notarle tan cerca era cada vez un suplicio mayor, sentir su mano sobre mi cuerpo irradiaba un calor en mí difícil de controlar. Sentía una atracción tremenda por él, y el hecho de que me hubiera besado no hacía que las cosas fueran más fáciles.



14

Cogimos el coche y nos dirigimos al hotel. Pedimos hielo en la cafetería del mismo y subimos a la habitación.

—Bueno, pues voy a darme una ducha y luego hago reposo —dije en tono de despedida.

—Vale. No se te ha hinchado mucho de momento, y como aún estás en caliente no te molesta, pero en cuanto se te quede frío, lo notarás.

«Caliente es como me has puesto tú antes», pensé ruborizándome.

Nos despedimos con una sonrisa y una tensión sexual que, si se pudiera guardar en un bote, no entraría ni en un camión cisterna.

Me metí en la ducha y empecé a notar que, al plantarlo, me molestaba, así que la ducha fue más corta de lo habitual y me preparé todo para tumbarme en la cama a reposar. Tendría toda la tarde, porque volvíamos al día siguiente por la mañana.

Cogí el hielo, el móvil y un libro que me había llevado, y, con una camiseta de tirantes blanca y unos *shorts* deportivos azul marino, me dispuse a pasar el tiempo hasta que mi tobillo empezara a reaccionar.

A los quince minutos de haberme tumbado me llegó un mensaje al móvil.

—Hola, Lucía, ¿qué tal el tobillo? —preguntó Adri

—¡Hola! Bueno, mientras no lo mueva mucho, bien...

—¿Puedo pasar a verte?

—¡Claro!

—¿Estás visible?

—Sí, ¿por qué? —Otra vez mis mejillas ardiendo ante esa pregunta.

Preferiría haberle dicho que no, pero tenía que mantener las formas.

Y en ese momento escuché que alguien abría la puerta de mi habitación. Pero, ¿cómo? Si solo tengo yo la llave...

—¿Se puede? —dijo Adri asomando la cabeza por la puerta.

—¡Claro! Pero cómo... —pregunté extrañada.

—He pedido otra tarjeta en recepción alegando que se la había llevado mi novia y no podía entrar, y como la reserva está a mi nombre... —respondió mientras cerraba la puerta tras de sí.

—Ah... Joder, qué hábil... ja, ja, ja.

—Ja, ja, ja... Bueno, como médico en funciones tuyo que soy, no podía permitir que te levantas a abrir la puerta...

—Te has tomado en serio lo de ser mi médico, ¿eh?

—No lo sabes tú bien...

Miradas, otra vez esas miradas. Madre mía, me iba a volver loca como siguiera mirándome así... Me lo iba a comer enterito y no iba a dejar ni la ropa. Pero él estaba con Ana, y tenía que empezar a separar una cosa de la otra porque al final la que iba a salir peor parada iba a ser yo.

Llevaba una camiseta negra de manga corta y unos pantalones cortos *beige* por la rodilla tipo militar. Tenía el pelo aún mojado por la ducha y algo revuelto. Eso le hacía todavía más *sexy*. «Empiezo a pensar que estoy muy necesitada», pensé. Cualquier cosa que Adri hacía o decía me hacía derivar en lo mismo: sexo.

Se sentó en mi cama, quedando su cara frente a la mía. Me empezó a palpar el tobillo con delicadeza y a mí se me puso la piel de gallina. Uff, qué manos.

—Bueno, parece que el hielo empieza a hacer efecto. ¿Te duele?

—Un poco sí, la verdad, no mucho, pero noto ahí como una molestia... —dije señalando el punto que me dolía.

—¿Quieres que busque una farmacia y compre algo para el dolor? —preguntó preocupado.

—No, no, tranquilo. ¿Y Ana? —pregunté por curiosidad y algo de celos también.

—Me ha mandado un mensaje, que pasará el día con sus amigas, que hasta la noche no viene.

¡Toma! ¡Toma! ¡Todo el día solos! Ay, no, no y no, Lucía. Céntrate, Lucía, por favor. Que la carne es débil y a ti se te está empezando a ver el plumero.

—Había pensado que podíamos llamar al servicio de habitaciones y te invito a comer. Si tú no puedes ir al restaurante, el restaurante viene a ti. ¿Qué te parece? —dijo sonriendo como solo él lo sabía hacer.

—Ah, pues... bien..., pero no hace falta que me invites, esta la pago yo —respondí frunciendo el ceño.

—¿Vas a salir corriendo a pagar a recepción? No, ¿verdad? Pues pago yo —dijo mientras me guiñaba el ojo.

—Eres malo, ¿eh? —respondí sonriendo.

—¿Yo? ¡Qué va! Tú, que me miras con malos ojos... —dijo mientras cogía la carta del restaurante que estaba en la mesilla—. A ver...

Intenté incorporarme un poco y me dijo:

—Espera, espera..., ¿puedo? —preguntó señalando el otro lado libre de mi cama, pidiendo permiso para tumbarse conmigo y yo no tener que moverme.

Uff, qué calor me entró de repente... Por mí te puedes meter dentro y no irte de mi lado nunca.

—Sí, sí, ven. —Creo que mi corazón se aceleró tanto que podría haber entrado en parada cardiaca. Suerte que a mi lado tenía un futuro médico.

Se tumbó a mi lado y juntos leímos la carta de comidas, pero yo estaba tan centrada en sentir lo bien que olía y en disfrutar de su cercanía que realmente me importaba muy poco lo que fuéramos a comer.

—Mira, ¿te apetece una pechuga de pollo acompañada de un puré de patata y de postre plátano y yogur? —me propuso mirándome al terminar de leer.

—Me parece genial —respondí asintiendo.

—Voy a pedir también un par de botellas de agua de dos litros para hidratarnos un poco después de correr, ¿vale?

—Perfecto.

Llamó al servicio de habitaciones y en seguida teníamos la comida allí. Me moría por que en este momento hubiéramos sido pareja para haber disfrutado de esa situación como tal. Pero cuando pensaba eso, Ana se me venía a la cabeza y todo se esfumaba. La realidad era otra.

Nos sentamos a comer en la cama y Adri me preguntó con total naturalidad que qué tal con Darío. Y yo ¿qué debía contestarle? ¿Que fenomenal? ¿Que lo habíamos dejado? ¿Que su posesión me había hecho salir corriendo de esa relación? Para qué mentir, se iba a enterar de todas formas.

—Darío y yo ya no estamos juntos —le anuncié mientras, mirando al plato, me metía un trozo de pollo en la boca.

Su gesto se transformó. Pasó de la relajación del rostro a mostrarse sorprendido.

—¿Cómo?

—Pues eso —respondí mirando hacia abajo.

—No sabía nada, ¿qué ha pasado? —preguntó descolocado.

—Bueno... —cogí aire y suspiré—, las cosas no iban bien.

—Pero yo pensaba...

—Ya..., yo también lo pensaba. Pensaba que estábamos bien. Pero la cosa no funciona.

—Lo siento —dijo acariciándome la mejilla.

—No lo sientas, las cosas a veces salen mal y otras, bien..., y esta no ha salido como quería.

—¿Ha sido mutuo?

—No... Lo dejé yo el mismo día que fui a tu casa a hablar de lo de la media maratón.

—¿Ya estabais mal ahí?

—Sí...

—¿Tú estás bien? —preguntó sin dejar de mirarme.

Cogí aire y, subiendo las cejas, respondí mirándole.

—No.

Me cogió la mano despacio y con la otra siguió comiendo. Lo hizo como si nada, o por lo menos eso aparentó. Yo me sobrecogí, pero me gustaba sentirle tan cerca.

—¿Quieres hablar? —preguntó.

—La verdad es que hay poco que decir. Él es muy posesivo y celoso y yo no podía aguantar tanta presión. No aceptaba mi ropa, mi gente, mi forma de ser con los chicos...

—Tener una novia preciosa es lo que tiene... —dijo mirándome serio.

Me mordí el labio inferior y, mirando hacia el techo, sonreí.

—Tú sabes cómo hacer que me sonroje, ¿no? —dije arrugando la nariz.

—Ja, ja..., no, joder, solo digo lo que pienso.

Solté la mano que aún teníamos cogida y terminamos de comer. Recogió todo y lo dejó en la bandeja que situó en el suelo del pasillo.

—¿Quieres que pongamos la televisión? —preguntó—. Seguro que pillamos algún dramón de esos que ponen los fines de semana al mediodía —sonrió.

—¿Te gustan los dramones? —quise saber sorprendida.

—Son buenísimos para dormirte la siesta... —susurró.

Una carcajada salió espontáneamente de mis labios.

—Ves, para mí un gran somnífero es el ciclismo después de comer, lo pongo y ¡me quedo dormida!

—Ja, ja, ja..., cada uno tiene su remedio natural para dormirse la siesta.

Pusimos una película de esas de mediodía y, sin darme cuenta, me dormí. No sé cuánto tiempo había pasado. Cuando empecé a abrir los ojos, estaba tumbada de espaldas a Adri y con su brazo abrazándome la cintura y su cuerpo pegado al mío por detrás. Suspiré y, con sumo cuidado, puse mi mano sobre la suya mientras las miraba. Me sentía tan bien. Tan segura. Tan feliz.

En ese momento noté cómo su dedo pulgar empezó a acariciar mi mano. Tragué saliva, estaba despierto como yo y ninguno nos movíamos. Empezó a acariciarme la mano, después el brazo, y yo cada vez me sentía más tensa y paralizada. En mi espalda empecé a notar el poder de su emoción. Con su boca comenzó a rozar mi cuello con delicadeza y yo moría por que me diera la vuelta y me hiciera el amor como nunca me lo habían hecho. Los roces de su boca empezaron a convertirse en tímidos besos en el lóbulo de mi oreja mientras su mano empezaba a subir hacia mi pecho. Me di la vuelta despacio y nos miramos

con deseo. La respiración de los dos era algo agitada y no teníamos intención de dejarlo pasar.

Despacio, se acercó y me dio un suave beso en los labios. Beso que recibí receptiva. Nos miramos desconcertados durante unos segundos, pero luego vino otro mucho más pasional, un beso que me desarmó por dentro y me hizo colocarme sobre él. Con pasión paseó sus manos por mi espalda, mi trasero, mis muslos. Y yo le sujetaba la cara mientras nuestros besos se volvían cada vez más húmedos. Demasiado tiempo reprimiendo nuestros deseos más primarios. Después nos volteamos de nuevo, y fue cuando la maldita cordura me dijo que teníamos que parar, que él tenía novia.

Con la respiración entrecortada susurré mientras me chupaba y mordía el cuello con fuerza y deseo.

—Para, Adri, para... —dije casi sin que las palabras pudieran salir de mi boca.

—¿Qué pasa? —preguntó sin dejar de besarme el cuello.

—¿Qué pasa con Ana? Para, por favor...

Apoyó sus brazos como cuando haces una flexión y me miró.

—Voy a dejar a Ana, quiero estar contigo —dijo asertivo.

—Creo que es evidente que quiero terminar esto igual que tú, pero no me parece justo —respondí aún jadeante.

«¡Joder, mierda de conciencia!»

—Lucía, me gustas desde el primer día que te vi saltándote la cinta de seguridad de la policía, y deseaba hacer esto desde entonces.

—Cuando dejes a Ana... —dije con todo el dolor de mi corazón y de mi calentón.

Me miró fijamente y flexionó los brazos dándome un beso y después abrazándome.

—Vale, tienes razón —aceptó tras resoplar.

—Perdóname.

—No, perdóname tú a mí... —respondió levantándose de la cama.

—¿Te vas? —pregunté al ver que se dirigía hacia la puerta.

—Sí, Lucía, porque como me quede a tu lado después de esto, te haré el amor sin reparos, y no quiero hacer que te sientas mal.

—Está bien —dije decepcionada.

—No puedo quedarme aquí ahora, entiéndelo.

Asentí con la cabeza y se marchó, pero, antes de cerrar la puerta, me dijo que si necesitaba cualquier cosa, estaría en la habitación de enfrente.



Me quedé hecha polvo. Había probado la miel de sus labios, de su cuerpo, sentirle sobre mí, su olor, su piel, todo... Y la mierda de la conciencia me había tenido que dar un toquecito en la espalda y hacer que no llegara hasta el final. Había que hacer las cosas bien. Aunque me arrepentía horrores de haber frenado la pasión con la que estábamos viviendo ese momento.

Por la noche no tenía ganas de cenar, me había quedado fatal después de lo que habíamos vivido esa misma tarde y pensé: «Ya está, acabo de estropear la amistad que podríamos haber tenido Adri y yo. Menuda cagada».

El tobillo me dolía menos, así que salí al balcón de la habitación a respirar. A centrarme un poco, porque tenía la cabeza en otro sitio y no donde tenía que tenerla.

Tuve la tentación de mandarle un mensaje, pero ¿qué le ponía? «Hola, ¿qué tal?» Qué absurdo, ¿qué le podía poner en un mensaje ahora? Mejor dejar pasar un poco el tiempo, por lo menos hasta la mañana siguiente. Sin embargo, deseaba con toda mi alma y mi corazón recibir un mensaje suyo, aunque me preguntara por el tiempo.

Pero alguien tenía que romper el hielo. Al fin y al cabo al día siguiente nos íbamos a ver sí o sí, y nos tendríamos que mirar a la cara, y no solo eso, sino que tendríamos que hacerlo delante de su novia.

Te has lucido, Lucía. Me quedé un rato mirando las bonitas vistas que el balcón ofrecía. La verdad es que Cádiz era preciosa. No había tenido oportunidad de ver todo lo que me hubiera gustado, pero me prometí a mí misma que volvería. No sabía cuándo, pero volvería.

Al final me puse unas zapatillas y bajé, intentando hacer el menor esfuerzo posible con el pie, a la cafetería. Podría haber llamado al servicio de habitaciones, pero necesitaba salir y dejar de sentir su olor en mi cama. Dejar que la habitación respirase y yo también.

Me compré un bocadillo y una Coca-Cola y me senté en la cafetería a tomármelos. Apenas había gente, eran las diez de la noche y los camareros empezaban a reponer cámaras.

Me fijé en una pareja que en un par de mesas más allá de la mía se hacía arrumacos. Eran más jóvenes que yo, o al menos eso parecía, y, cogidos de las manos, se decían secretitos al oído y ella sonreía plácida después de escucharle.

Él le correspondía con besos y apartándole el pelo de la cara con suma delicadeza.

¿Cuándo voy a tener yo una relación así? No sé por qué, pero no hago más que complicarme la vida de una forma que ni yo misma acierto a entender. Con lo fácil que parece viéndoles a ellos... Y yo ahora aquí, sola, recién salida de una relación y habiéndome enrollado con un amigo con novia. Es que soy la leche, amigo y con novia. No aprendo.

La pareja cuchicheó algo mientras ella me miraba y enseguida se levantó y vino hacia mí.

—Perdona, ¿nos puedes hacer una foto?

Lo que me faltaba, ahora sí que me estaban dando en las mismas narices.

—Sí, claro —respondí con media sonrisa.

Me levanté y enfoqué con el móvil a la pareja. Les hice dos fotos por si acaso alguna salía mal y les devolví el móvil educadamente.

—Muchas gracias —dijeron al unísono mientras volvían a su mesa mirando las instantáneas.

Le di el último trago a mi bebida y me dirigí a mi habitación con la misma cautela que antes. Cuando recorría el pasillo y ya iba a meter la tarjeta para abrir la puerta de mi habitación, me paré al escuchar que se oían voces en la habitación de Adri. No parecía que se estuvieran riendo, la verdad, pero tampoco discutían. Solo se oía alguna voz más alta que la otra. Lo único que escuché más claro fue: «Lo siento, Adri, pero yo no soy ella».

No quise escuchar más y entré en mi cuarto. Me había dejado el móvil cargando en la habitación y, cuando me estaba quitando las zapatillas, vi que la luz de este parpadeaba. Me acerqué y vi que tenía dos mensajes. Me quedé sorprendida, ya que uno era de Claudia y el otro era de Adri. Me apresuré primero a abrir el de Claudia.

«Hola, Lu, perdona por no responder a tus mensajes. Estoy pasando un mal momento y siento no habértelo contado antes. Estate tranquila, que no es grave... Mañana intentaré llamarte. Te quiero, Lu.»

Sin dudarle, le respondí enseguida.

«Clau, cariño, ¿qué te pasa? Sabía que algo te ocurría, pero no sabía cómo hacer para que me lo contaras. Cuenta conmigo para lo que sea, lo sabes, ¿verdad? Mañana hablamos. Te quiero, preciosa.»

Me quedé mirando a la pantalla del móvil pensando en ella, en qué le estaría pasando, en por qué no me lo había contado antes... A lo mejor yo tampoco había estado todo lo receptiva que debería cuando ella me llamaba y yo tenía prisa y no podía atenderla. Quizá ahí quería contármelo y yo no le di tiempo para

hacerlo. Ahora sí que tenía clarísimo que el siguiente fin de semana me plantaría allí para estar con ella y que me contara. Y hablaríamos hasta las tantas de la noche, como muchas veces habíamos hecho hinchándonos a chocolate. Qué risas y buenos momentos habíamos pasado juntas.

Ahora tocaba el segundo trago emocional. Abrir el mensaje de Adri. Miedo me daba. Pero, por otro lado, me moría por hacerlo. Cómo somos algunas veces las mujeres, ¿eh? Un quiero y no puedo. Sabía que, después de lo que había pasado por la tarde en mi cama, cualquier cosa que pusiera en ese mensaje me iba a afectar. Fuera bueno o malo. Así que cogí aire, lo exhalé y abrí el mensaje.

«Hola, Lucía. ¿Cómo está tu pie?»

¿Y ya está? ¿Eso es lo que realmente quieres saber? ¿Que si me duele el pie? Es que soy imbécil. A ver, Lucía, piensa, él está con su novia en su habitación haciendo a saber qué y tú aquí jodida por algo que está condenado a no funcionar. Deja de comerte la cabeza, empieza a pensar un poquito en ti, que ya está bien. ¿Acaso creías que en el mensaje te iba a jurar amor eterno? Venga, por favor, Lucía, que ya tienes una edad. Deja de jugar a príncipes y princesas, que eso es todo una leyenda urbana y, como bien leíste un día en una frase, los príncipes azules solo vienen cargados de cuentos, y en este caso me da la sensación de que va a ser igual.

Me iba cabreando por momentos, por haberme ilusionado con alguien que lo único que parecía que buscaba era meterse en mi cama y volver con su novia.

Releí el mensaje y maldije de nuevo, así que lo dejé sobre la mesilla y me tumbé en la cama dispuesta a leer un rato y dormirme. Mañana sería otro día.

Cuando estaba adormilada llamaron a mi puerta con tímidos golpes. Miré el reloj, eran las doce y media de la noche.

—¿Estás despierta? —escuché tras la puerta.

Era Adri. ¿Se podía saber qué quería a estas horas? Me levanté despacio, me atusé el pelo, me olí el aliento en mi mano, que son cosas que, aunque lo neguemos, las mujeres solemos hacer antes de que llegue el chico, y abrí la puerta despacio.

Y ahí estaba, frente a mí, con una mirada que no había visto jamás en él. Tenía la sensación como de arrepentimiento, no lo sé... No le dejé entrar, me apoyé en el quicio de la puerta, cruce mis brazos y esperé a que hablara.

—No me has respondido al mensaje —dijo directo.

—Estoy bien, gracias —respondí escueta.

—¿No te duele?

—Casi nada.

Hablaba como si tuviera miedo a mi reacción. Su tono era suave y bajito, acercaba su cuerpo al mío para no subir la voz, y supongo que para que no nos escuchara Ana.

Tragó saliva y se me quedó mirando serio, le correspondí la mirada y mantuvimos una conversación sin palabras con mil veces más contenido que la anterior. Hasta que yo desvié la mía al suelo y le pregunté:

—¿Has terminado? Tengo sueño.

Entonces apretó los labios y negó con la cabeza.

—Joder, Lucía, sabes perfectamente que no. Necesito hablar contigo.

—No hay nada que hablar, Adri, ha sido un malentendido y ya está —mentí.

—No ha sido un jodido malentendido y lo sabes, maldita sea.

Me sorprendió que su tono se elevara un poco y me mirara con fuerza. Yo le miré extrañada por su reacción y no supe qué contestar.

—Lucía, déjame pasar, por favor.

—Mejor que no, Adri.

—¿Por qué?

—Tú y yo sabemos perfectamente por qué. Hablaremos cuando lleguemos a Madrid y tu novia no esté en la habitación de enfrente —dije asertiva.

Adri se sujetó el puente de la nariz con sus dedos y cerró los ojos. No contestaba. Hasta que me miró y empezó a negar con la cabeza.

—Está bien... Me rindo... Hablaremos en Madrid. Pero antes de irme quiero que sepas que he sido totalmente consciente en todo momento de lo que he hecho, de lo que siento y de lo que quiero hacer a partir de ahora, ¿vale? No ha sido un calentón, creo que eso lo sabes, aunque intentes negarlo y pensar que me meto cada día en una cama diferente —sentenció.

Y se dio la vuelta.

Me quedé inmóvil, intentando asimilar todo lo que me acababa de decir, parecía que me leía el pensamiento, porque había respondido a gran parte de las preguntas que yo me hacía en ese momento.

Cerré la puerta despacio y volví a la cama. Apagué la luz y me quedé pensando en lo que había pasado hasta que el cansancio pudo conmigo y me dormí.



Teníamos que dejar el hotel a las doce, así que madrugué y, después de ducharme, le envié un mensaje a Adri diciéndole que desayunaran ellos solos, que yo no tenía ganas de comer nada en ese momento. Que a las once y media estaría en recepción para devolver la llave y allí les esperaría. Me respondió enseguida.

—No me hagas esto, por favor.

No respondí, recogí mis cosas e hice tiempo hasta las once y media leyendo un rato. Cuando era la hora, bajé y ellos ya estaban allí. No sabía cómo mirar a Ana, y eso que no era mi novia. No sé cómo la miraría él, pero a mí me estaba costando un triunfo no salir corriendo de allí. Adri me lanzó una mirada de órdago, una mirada que me derritió por dentro y me dio ganas de tirarme hacia él y abrazarle hasta deshacernos. Pero la realidad era otra muy distinta y había que tener cuidado y, sobre todo, respeto por su novia. Qué ironía, el día anterior no habíamos pensado en el respeto por nadie. Ni por nosotros mismos.

—¿Nos vamos? —preguntó Ana con su tono habitual de indiferencia.

Nos metimos en el coche e hicimos todo el viaje en silencio, solo nos acompañaba la música de la radio, pero, para ser sincera, ni la escuchaba. Tenía la cabeza en otro sitio. Miré varias veces a Adri por el retrovisor mientras conducía, pero, al llevar gafas de sol, mi mirada no se adivinaba. Miraba sus manos sobre el volante y sentía un cosquilleo en el estómago al recordar que esas manos, la tarde anterior, me habían estado recorriendo el cuerpo con una pasión irrefrenable.

Paramos solo una vez, y la cosa estuvo bastante tensa. Yo entré en la gasolinera, me compré una lata de refresco y un sándwich y volví al coche sola. No les esperé. Además, Ana fue al lavabo y no quería quedarme sola con Adri. Estaba muy nerviosa como para mantener una mínima conversación con él, estando su novia a escasos metros de nosotros. Pero las miradas que Adri me dirigía lo decían todo. Me pedían perdón, me pedían hablar, me pedían tiempo.

Cuando llegamos a Madrid, dejamos primero a Ana, que pillaba de paso, y como él y yo vivíamos en el mismo barrio, fuimos juntos. Me coloqué en la parte delantera del coche cuando Ana entró en su portal y Adri comenzó a conducir sin cruzar una palabra. De vez en cuando me miraba y yo lo sabía, notaba su mirada en mí, pero no quería girarme, porque, si lo hacía, lloraría como un bebé por la impotencia de la situación.

Él continuó en silencio, conduciendo, y, de fondo, se escuchaba la canción de *All of me* de John Legend. Y con estrofas como las que estaba escuchando, y que sabía que él también traducía, me quería morir.

«Tengo mi cabeza dando vueltas, no es broma.
No puedo detenerme.
¿Qué te está pasando por esa mente maravillosa?»

Y al escuchar esa última frase me miró de soslayo. Y por tu mente, ¿qué estaba pasando por tu mente, Adri? Por la mía ni yo misma lo sabía. Ojalá pudiera tenerlo tan claro que te lo pudiera decir a la cara sin sentimientos de por medio, pero no..., no era el caso.

El trayecto no era muy largo, así que tampoco tuvimos que hacer un esfuerzo sobrehumano por no hablar. Yo por lo menos; a mí me costó más no ponerme a llorar, por tenerle tan cerca y revivir en mi mente su manera de tocarme, de besarme...

Llegamos a casa y aparcó el coche en la calle, coincidencias que nunca suelen pasar hasta que pasan, teniendo en cuenta que un domingo a esas horas no suele haber aparcamiento en la puerta de tu portal ni de coña. En fin, que aparcamos, salí del coche y me acerqué al maletero a por mi maleta.

—Deja que te la suba yo, por favor. Con el pie así no quiero que hagas esfuerzos.

—No, Adri, de verdad, no pasa nada. La meto en el ascensor y listo — respondí cogiendo mi maleta y evitando su mirada.

—No seas cabezona —dijo con asertividad arrebatándome la maleta—. Por favor.

Me di por vencida y, señalando con mi brazo el portal de mi casa, asentí.

Subimos en el ascensor, Adri me miraba con fuerza. Tragaba saliva, así lo delataba su nuez. Yo intentaba mirar hacia otra parte, porque me estaba poniendo cardiaca el que me estuviera mirando de esa forma. De repente, me empujó con su propio cuerpo a la pared del ascensor besando con fuerza mis labios. Me quedé inmóvil sin saber qué hacer, porque deseaba con locura que hiciera lo que estaba haciendo en ese momento. Me levantó en brazos enroscando mis piernas a su cintura y sujetándome por las nalgas. Ahí fue cuando mandé a la mierda mi conciencia y me dejé llevar. Ya tendríamos que enfrentarnos a las consecuencias, pero ahora había que disfrutar del momento. Era tal la pasión que desprendía con sus besos que parecía un huracán difícil de esquivar.

El ascensor llegó a mi piso y, con la misma pasión, me sacó en brazos sujetándome solo con un brazo mientras con el otro cogía la maleta, la tiraba al suelo y la empujaba a patadas hasta la puerta de mi casa. Acerté a coger las llaves del bolso mientras devoraba mi cuello y, cuando abrí, de una última patada metió la bolsa en casa y cerró la puerta con el pie. Tenía las manos bastante ocupadas en mí.

Me recorría el cuerpo con sus manos como si se fuera a acabar el mundo, y yo hacía lo mismo con él. No quería dejar ni un milímetro de su cuerpo sin explorar. Le quité la camiseta y me deleité con su torso desnudo, él hizo lo mismo conmigo, dejando mi sujetador a la vista. De haber sabido que pasaría esto, me habría puesto uno más mono y no el deportivo.

Le guie hasta mi habitación, me tumbó rápido en la cama y él hizo lo mismo, pero sobre mí. Ahora sí que no podíamos parar, esto estaba llegando demasiado lejos. Yo no quería parar y él parecía que tampoco. Nos desnudamos torpemente y entre risas.

—No he podido dejar de pensar en ti, Lucía. Te deseo. Quiero sentirte —decía mientras me besaba el cuello con fiereza.

—Ni yo..., ni yo... —respondí disfrutando de sus besos y cerrando los ojos.

Nos dejamos llevar e hicimos el amor dos veces. Jamás había disfrutado tanto del sexo como en ese momento. Influiría también que le tenía muchísimas ganas y mis fantasías con él se acababan de cumplir.

Nos quedamos abrazados, yo con mi cabeza en su pecho y él acariciándome el pelo, pero sin decir palabra. Ahora venía lo difícil.



Seguíamos acurrucados sin decir nada. No era una situación fácil. Pero estábamos tan a gusto que ninguno quería moverse. Por fin habíamos desatado la pasión que sentíamos desde el momento en que nos vimos. Pero ¿y si realmente lo que sentíamos era solo tensión sexual y ahora, una vez que nos habíamos acostado, la magia desaparecía? Finalmente Adri rompió el hielo y, sin moverse un ápice, dijo:

—¿Estás bien? —preguntó mientras seguía acariciándome el pelo con dulzura.

—Bueno, supongo que sí..., ¿y tú? —respondí.

—Sí, nunca había estado mejor... —dijo acabando la frase con un beso en mi cabello.

—Esto no está bien, Adri —me lancé a decir.

—Ya lo sé, Lucía —resopló—. No está bien por Ana, pero está bien porque los dos lo deseábamos. ¿O no?

Se empezó a incorporar hasta que nos quedamos mirando cara a cara. La primera vez que lo hacíamos desde que habíamos hecho el amor. Tenerle tan cerca y sentirle mío me ruborizaba y hacía que las palabras se me agolparan en la cabeza y tuvieran miedo de salir y decir que no podíamos seguir así. Porque yo sí que quería seguir de esta manera, pero sin Ana, evidentemente.

—Esto no puede volver a pasar —dije mientras me sentaba en el lateral de la cama para ponerme la ropa interior.

—Eh... —dijo cogiéndome por la cintura y echándome hacia él—. Ven aquí.

Me puse frente a él tapándome con la sábana, porque, aunque ya lo había visto todo, me daba pudor que me viera desnuda.

—Quiero estar contigo, Lucía —dijo acariciándome la mejilla—. Llevo deseando estar contigo desde que te conocí. Pero cuando volvimos a coincidir ya estabas con Darío y yo con Ana. ¿Crees que no he sentido esa tensión sexual que tenemos cada vez que nos vemos? Me moría de ganas de probar tus labios y estar como ahora mismo estoy contigo. Y te aseguro que si la siguiente vez que nos vimos no hubiéramos tenido pareja ninguno de los dos, la situación ahora mismo sería totalmente diferente —dijo dándome después un suave beso en los labios.

—Tienes novia, Adri... Es un pequeño detalle —dije irónica.

—Lo sé, lo sé..., y sé que no está bien lo que he hecho. Pero voy a terminar la relación.

En ese momento pensé que no podía meterme en una relación de esa manera, desmontando todo a mi antojo por un calentón. Es verdad que yo estaba libre y no hacía daño a nadie, él era quien tenía pareja, pero no iba a permitirme a mí misma romper una relación, porque a mí no me gustaría que me lo hicieran. Así que se lo hice saber a él.

—No, Adri, no vas a dejarla. Si tú quieres dejar de estar con ella porque te sientes culpable o porque ya no quieres seguir la relación, perfecto. Pero por mí, no. Por mí no lo hagas.

—Creo que es más que evidente que lo haría por ti, ¿no? —dijo clavando sus ojos en mí.

—A ver, Adri... —respondí pasando nerviosa la mano por mi frente—. No nos precipitemos en algo que tú mismo has definido antes como tensión sexual. Una vez pasa el sexo, pasa la tensión, y lo mismo nos damos cuenta de que nos teníamos mutuamente idealizados.

Adri resopló y negó con la cabeza. Nos miramos unos segundos hasta que me levanté y fui directa a la ducha. Necesitaba perderle de vista unos minutos para pensar de manera objetiva, no teniéndole delante y sintiéndome intimidada ante cualquier gesto suyo.

Me di una ducha rápida, pero suficiente como para poner tierra de por medio. Necesitaba despejarme. Si no, iba a pensar con todo menos con la cabeza. Cuando salí del baño y volví a la habitación, él estaba vestido sentado al borde de la cama, con los codos apoyados sobre sus muslos y las manos sujetando su cabeza. Cuando me escuchó entrar, se incorporó y se levantó caminando hacia mí. Me cogió de la cintura y me dio un tímido beso en los labios.

—Lucía, podemos dejarlo pasar y negar lo evidente, si es lo que quieres, pero creo que no tiene ningún sentido hacerlo cuando los dos queremos estar juntos.

Yo le miraba deseando abrazarle.

—Pero —continuó— no voy a presionarte en ningún caso sobre lo que quieras o no quieras hacer. Ahora me voy a marchar y, en cuanto salga por la puerta, la pelota estará en tu tejado. Yo voy a esperarte, porque sé que estás confundida, y lo entiendo, porque es normal. Pero no te preocupes por Ana, porque mañana por la mañana estará solucionado. Te lo prometo. Ahora me marchó. Tienes mi teléfono para lo que necesites, incluido tu esguince.

Me dio un beso en la frente y se fue por el pasillo hacia la puerta de la calle. Me quedé inmóvil, en el mismo sitio en que me había dejado y sin ser capaz de

darme la vuelta y decir nada. Tenía tanta razón en lo que había dicho..., pero sus palabras fueron las que me inmovilizaron.

Cuando reaccioné, me puse el pijama y me senté en el sillón, tenía esa sensación de cosquilleo, de nervios, por todo lo que había pasado durante el fin de semana, y, al recordarlo, no podía evitar que de mí emergiera una sonrisa. Pero luego, la realidad aplastante me hacía bajar de la nube. Tenía novia. No podía lanzarme al vacío creyendo que mañana mismo él sería libre y podríamos estar juntos, porque ni sabía si eso sería cierto ni me sentiría cómoda comenzando así una relación.

Así que, con todo este jaleo mental, cogí el teléfono dispuesta a contarle a Elsa todo lo que había pasado, a ver si alguien ponía el punto de cordura a todo esto. Aunque Elsa, racional no es que fuera mucho..., era la más locuela de la chicas.

En el segundo tono respondió con una de sus agradables y características frases:

—¡Qué pasa, perra! ¡No he sabido nada de ti en todo el fin de semana! ¡Te llamé el sábado por la noche varias veces!

—Hola, Elsa, ¿dónde se han quedado tus modales? —dije irónica.

—Pero ¿dónde te has metido? ¿Es que conociste a un corredor de esos buenorros y te lo tiraste?

«Si tú supieras...», pensé.

—¡Anda! ¡No digas tonterías!

—Entonces, ¿dónde te metiste?, cuéntame. Y ahora no me vengas con que no tenías batería en el móvil y movidas de esas, porque te conozco.

Así que en ese punto no me quedó más remedio que contarle lo que había pasado. No di muchos detalles, la verdad, pero fue escuchar «me he acostado con Adri», y la conversación solo giró en torno a eso.

—¡Pero, Lucía! A ver..., se notaba a la legua que los dos queráis tema, ¡pero jamás me hubiera imaginado que sería con su novia al lado! Qué morbazo, nena.

—¡Hala, venga, tú ayúdame más! Joder, Elsa, además, Ana estaba de compras, no al lado.

—Sí, sí, cada uno se consuela con lo que quiere.

—Si no me vas a ayudar, cuelgo el teléfono, ¿eh? —Me estaba poniendo de los nervios.

—Vale, vale..., perdona, cielo. A ver, me parece genial que os hayáis acostado, porque los dos queráis, así que eso no tiene nada de malo. Que está Ana de por medio..., mira, Lucía, al igual que a ti te digo que se os notaba esa atracción, también te digo que a ellos se les nota a la legua que no pegan nada juntos. Esa

tía tan estirada... ¿Te dije que me la encontré el otro día que iba con mi madre de compras? Resulta que trabaja en una joyería. Pero bueno, eso es lo de menos. El caso es que era más que evidente que su relación no avanzaba.

—¿Por qué? —pregunté.

—A ver, un tío con novia que se dedica toda la noche en una discoteca a mirar a otra chica que no es su novia denota que algo no va bien, ¿no?

—No sé... —respondí confundida.

—Yo te aconsejo que lo consultes con la almohada, que no te precipites si crees que eso te va a agobiar. Pero piensa también que hay trenes que solo pasan una vez en la vida, y ¡este es un pedazo de tren! Ja, ja, ja, ja...

—Joder, Elsa, cómo eres.

—¿Vas a hacerme caso y te lo vas a pensar? —dijo en un tono más serio.

—Sí.

—Bueno, pues cualquier cosa, me llamas, a la hora que sea, ¿vale?

—Gracias, guapa... ¡Ah! Y a Iván nada de nada, ¿eh?

—¡Anda! ¿No le puedo decir que te has trincado a su mejor amigo? —dijo irónica.

—¡Te arranco el *piercing* como lo hagas!

Una carcajada salió de su boca.

—Hija, qué violenta eres, ¿no? Ja, ja, ja.

—Venga, guapi, gracias por escucharme. Hablamos mañana —dije.

—Vale, preciosa, hasta mañana.

Y colgamos. Cómo me gustaba Elsa. Estaba continuamente de buen humor, con una sonrisa constante en la cara. Siempre te hacía ver el lado positivo de las cosas, lo que a mí tanto me costaba. Y a lo mejor por eso nos compenetrábamos tan bien, porque nos equilibrábamos la una con la otra. Era una tía sin pelos en la lengua y siempre te decía lo que pensaba, aunque a veces lo hacía sin filtro y dolía, pero eran verdades como puños.

Antes de dejar el teléfono sobre la mesa, pensé en llamar a Claudia. Así que eso hice, marqué su número y empezó a dar tonos... Un tono, dos, tres... Y nadie descolgaba.

«Lo mismo es tarde..., no sé.»

Así que no insistí y le mandé un mensaje.

«Buenas noches, Clau, ¿cómo estás? Te acabo de llamar y no respondes, quiero pensar que estarás dormida. Yo también voy ahora a prepararme para ir a la cama. Mañana, en el ratito que tengo en el curro para almorzar, te llamo, ¿vale? Te quiero, peque.»

Y lo envié. ¿Qué le estaría pasando a Clau? Sin dudar, el próximo fin de semana me iba a plantar allí a verla, porque ya me estaba preocupando demasiado. Al día siguiente, sin falta, haría la reserva del avión y el viernes por la tarde me iría allí. No me quedaría tranquila hasta verla y hablar con ella en persona. La conocía demasiado como para que sus ojos me engañaran.



Por la mañana me levanté temprano, no había pasado buena noche pensando en Adri, en Claudia..., digamos que había tenido una noche movidita. Así que, para estar en la cama dando vueltas, me levanté más pronto de lo habitual. Antes de meterme en la ducha, me planteé prepararme y bajar a correr pensando en que igual me encontraba con Adri, pero me decía a mí misma:

«A ver, ¿le estás pidiendo tiempo y ahora quieres hacerte la encontradiza? Céntrate, Lucía.»

Así que deseché la idea, entre otras cosas porque aún no estaba recuperada del todo del esguince, y me fui directa a la ducha, que fue más larga de lo habitual por tener más tiempo. Es lo que tiene madrugar más, que no vas corriendo a todos lados. Me vestí con una falda negra de tubo y una blusa blanca con los botones de arriba estratégicamente abrochados, desayuné unas tostadas con aceite y un café y me marché. No sin antes pasar por chapa y pintura para darme un poco de crema hidratante con algo de color, máscara de pestañas y un ligero *gloss* rosado. Era un maquillaje suave pero que me quitaba esa cara de marmota que tenía por las mañanas.

Cuando llegué al trabajo me recibió Sara con un par de *donuts* de esos que son multicolores, todo azúcar, y tan llamativos.

—¡Buenos días, Lucía! ¡Empezamos el lunes con energía! —dijo tendiéndome los bollos.

—Gracias, Sara, pero ya he desayunado. Te veo muy animada, ¿eh?

—Sííí —contestó cogiéndose ella un *donuts* y cerrando la caja.

—Y esa alegría tan temprana, ¿a qué se debe? —pregunté sonriendo.

—¡A que me mudo a casa de Andrés! ¡Nos vamos a vivir juntos! —dijo sin poder parar de sonreír.

—¿Cómo? ¿Andrés el de los deportes? —dije incrédula.

—Sííí..., me lo pidió el sábado y ¡ayer ya llevamos cosas!

—Pero... No lleváis ni un mes, ¿no?

—Anda, ¡no me seas carca! Yo casi con treinta, y él con casi cuarenta, no estamos para perder el tiempo, ¿no?

—Hombre, pues visto así, no, no...

—¡Pues eso! Estoy tan feliz, Lucía, por fin me sale algo bien.

—Yo me alegro mucho también por ti, cariño.

Y nos dimos un abrazo. Por nuestro lado pasó Héctor, nuestro reportero último modelo, y carraspeó como diciendo «para hablar, os vais a un bar, que hay que trabajar».

Así que pillamos la indirecta y nos sentamos en nuestros departamentos, pero como estábamos pegadas la una a la otra, no era muy efectivo, la verdad, lo único era que no llamábamos tanto la atención porque disimulábamos con el ordenador.

—Lucía —me llamó Sara con el tono más bajo.

—Dime —dije sin girar la cabeza del ordenador.

—Este jueves celebro mi cumple, no te lo digo para invitarte, porque vas a venir aunque no te invite, te lo digo para informarte —dijo sonriendo.

—¡Anda! ¿Es este jueves? —Se me había ido el santo al cielo con tantas cosas en la cabeza.

—Sí, ¿lo habías olvidado? ¡Ya te vale! —respondió tirándome una bola de papel que esquivé con maestría.

—Bueno..., olvidar olvidar, no... Ja, ja, ja... Y ¿dónde y a qué hora?

—Pues lo voy a hacer en la discoteca Swap. Es la discoteca de un buen amigo de Andrés y nos dejan para nosotros el reservado de arriba, que tiene barra propia y pista de baile. Vendrán amigos de Andrés y amigos míos. Va a venir Elsa con Iván, a Celia se lo he dicho, pero no puede, tiene cena familiar.

—¿A qué hora?

—A partir de las nueve y media de la noche, ¡hasta que el cuerpo aguante!

—El viernes vamos a venir a currar zombis, lo sabes, ¿no?

—Sííí, pero será por una muy buena causa —respondió guiñándome un ojo.

Por la mañana el jefe, con los buenos modales que le caracterizaban, nos reunió a todos como todos los días y repartió los temas a tratar.

En el momento del almuerzo volví a llamar a Claudia, pero seguía sin responderme; ya me estaba mosqueando demasiado. Ella nunca había estado «desaparecida» tanto tiempo. Le mandé otro mensaje diciéndole que estaba muy preocupada, que, por favor, me llamara en cuanto pudiera.

Y eso hizo. Dos horas después mi teléfono empezó a sonar. Al ver que era ella, casi me tiro en plancha a por él y descolgarlo antes de que se cortara.

—¿Claudia? —dije al responder.

—Hola, Lu —dijo con el tono un poco apagado.

—Cariño, ¿qué te pasa? ¿Qué ocurre? ¡Me tienes muy preocupada!

—Estoy bien, tranquila.

—No, no estás bien y no estoy tranquila. Porque no me cogías el teléfono.

—Es que estaba en la cama.

—¿En la cama? ¿Todavía?

—Sí, anoche dormí mal...

—Clau, por favor, ¿me vas a contar lo que te pasa?

—Lu, ¡que no me pasa nada! ¡No insistas, por favor!

Levantó el tono de voz, algo totalmente inusual en ella, y eso me desconcertó. Así que, en vista de que así no iba a sacarle ninguna información, desistí por esa vía y fui por otro camino.

—Bueno, vale. ¿Qué tal el tiempo por ahí?

—Bueno, como siempre.

—¿Y Kevin?

—Trabajando, como siempre.

Parecía una conversación de ascensor con alguien a quien yo quería con locura. Estaba tan rara, tan a la defensiva, que no sabía por qué derroteros terminaría nuestra charla.

—¿Y tenéis planes para el fin de semana? —pregunté.

—Qué va, Kevin viaja mañana a Nueva York a cerrar unos negocios y no llega hasta el próximo lunes.

—Entonces, ¿estarás solita en casa?

Necesitaba tantear el terreno para saber si el viernes, cuando yo llegara, estaría ella allí.

—Claro, qué otra cosa iba a hacer...

La conversación continuó así. No avanzábamos. Entonces tuve que decirle que tenía que trabajar y despedirme antes de que acabáramos mal por decirle algo de lo que luego me pudiera arrepentir. Estaba a la defensiva, cualquier cosa que le dijera no le valdría, y ella nunca había sido así, al revés. Siempre había sido una chica amable, simpática, receptiva..., aunque supongo que todos tenemos nuestros días. Pero no, ¡que ella no era así! Cada vez tenía más claro que tenía que ir a Londres a verla y descubrir qué le pasaba.

Estuve toda la mañana mirando vuelos y documentándome sobre la noticia que me había tocado cubrir esos días, que tenía tela. Los chinos habían creado un simulador de tu propia muerte... ¡Ahí queda! ¡Por sesenta euros podías probar la experiencia de tu defunción! En fin, no tengo palabras.

Miraba también el móvil cada dos segundos para ver si me llegaba un mensaje de Adri. Le digo que no quiero nada, que se marche y que no deje a su novia, y ahora me encuentro con que estoy deseando que suene el móvil con un mensaje suyo... Soy la bomba... Y lo peor de todo era que me estaba cabreando al ver que no me lo mandaba.

Pero no, llegó la hora de salir del trabajo y no había recibido ningún mensaje de Adri. Miraba su estado en el móvil y veía que se había conectado hacía poco, y eso me ponía aún peor. Quizá con el avance de la tecnología el móvil llegue a decirnos cuándo ha sido la última vez que hemos pasado por la mente de alguien. No estaría mal...

Me fui a casa y hablé un rato con Elsa. Me dijo que seguro que Adri se lo había contado todo a Iván, porque, nada más llegar a casa, Iván le preguntó a ella cuándo había sido la última vez que habíamos hablado. Blanco y en botella. También era de entender, era su mejor amigo y se lo había contado, como yo había hecho con mi mejor amiga. Me habría encantado saber qué le había contado, haber podido mirar por un agujerito mientras se lo contaba para ver sus gestos, sus palabras, su expresión corporal..., todo.

Recibí un par de mensajes de Darío, pero no fui capaz de responder. Me pedía quedar, vernos y hablar. Pero yo no estaba preparada. La última vez que había estado con él había salido muy asustada. Me sorprendí a mí misma sintiendo miedo de quedar con él a solas. Si algún día lo hacía, sería en un bar o una terraza, en algún sitio concurrido. Sola no.

Como aún tenía reciente lo del tobillo, y aunque ya solo me notaba una ligera molestia, me quedé en casa en plan seta y no salí a hacer deporte. Leí un rato, vi la tele, y cuando eran cerca de las nueve me preparé una ensaladita para cenar. Mientras me sentaba en el sillón, mi móvil vibró por la llegada de un mensaje. Lo cogí tan rápido que casi tiro el plato de la ensalada al suelo. ¡Tranquila, Lucía, tranquila! Que el móvil no va a salir corriendo para que no lo leas.

Abrí los mensajes y ahí estaba. Un mensaje de Adri. Me dio un vuelco el corazón, ¿qué pondría?, ¿qué me diría? Se me hizo hasta un nudo en el estómago. Así que lo abrí y lo leí.

«He dejado a Ana.»

Corto. Conciso. Claro. Me entraron unos calores en ese momento que no sabía casi ni leer el mensaje. ¡Había dejado a Ana! Por lo visto era un chico de palabra. El día anterior me había dicho que de hoy no pasaba y ya lo ha hecho. No me lo podía creer, me sentía feliz, pero a la vez culpable por entrometerme. Aunque reconozco que estaba más feliz que otra cosa. Ya no tenía excusas para no estar con él.

Y ahora, ¿qué hacía yo? ¿Le respondía al mensaje? ¿No lo hacía? ¿Le llamaba? Uff, qué lío tenía en la cabeza, y tampoco sabía lo que él quería que yo hiciera.

Así que dejé el plato de ensalada en la mesa y me recosté en el sillón pensando qué podría pasar a partir de ese momento. Qué podría pasar y qué me gustaría a mí que pasase.



El martes, el día en el trabajo no fue muy diferente a lo que estaba acostumbrada. Broncas del jefe porque sí, comentarios de la relación estrella de la redacción entre Humberto e Irene, que ya no se escondían, seguir con el reportaje del simulador chino de tu propia muerte y Sara a mi lado contándome los pormenores de la preparación de su fiesta de cumpleaños. Así que, bueno, salvo que estaba pegada al móvil por si acaso Claudia o Adri me escribían, por lo demás, bien. Bueno, miento, había pasado la noche bastante mal pensando en el mensaje bomba de Adri al que no me había atrevido a responder.

—¿Y qué te vas a poner para la fiesta? —preguntaba Sara nerviosa.

Sara era una chica muy vital, de pelo a media melena, rizado y a veces algo encrespado, en tonos castaños. Tenía un cuerpo con curvas, de las cuales ella se sentía superorgullosa. No dudaba en ponerse la ropa que quisiera sin tener complejos de ningún tipo, y además disfrutaba con la moda. Pero lo que la caracterizaba era su sonrisa perpetua en la boca.

—Uff... Ni idea... La verdad es que no lo he pensado aún —respondí mientras tecleaba en el ordenador.

—¡¡Yo ya lo tengo!! —exclamó dando pequeñas palmaditas y saltitos en la silla.

—Y si te pregunto qué es, sé que no me lo vas a decir, ¿no? —le dije sonriendo.

—¡Exacto! —respondió con el mismo gesto.

Por lo demás, el día pasó tranquilo. Pensé muchísimo en Adri, la verdad. El hecho de que hubiera dejado a Ana decía mucho en su favor y, además, sentía que él, cuando me decía esas cosas, me las decía de corazón. Pero también era tan desconfiada que a veces casi prefería acertar en mis presentimientos y no pasarlo mal. O pasarlo mal, pero sintiéndome orgullosa de creer que mis predicciones eran buenas.

Nada más salir del trabajo me fui a comprar. Tenía la nevera que hacía eco cuando la abría, así que pensé que ya era hora de llenarla un poco. Me acerqué a un conocido supermercado que había en Bravo Murillo y compré lo que necesitaba, aunque tampoco me excedí. Decidí comprarme un envase de helado de chocolate y unas cervezas, para olvidar un poco el mal de amores. Ese día me iba a tirar en el sofá con una cuchara enorme, el helado y las cervezas. No es que sea una mezcla muy habitual, pero era lo que me apetecía. Y como no podía salir

aún a correr, pues a disfrutar de los malos hábitos. Ya me tocaría lamentarme después, cuando comenzara de nuevo la rutina de entrenamiento. Pero en ese momento me daba igual. Solo quería helado y cerveza.

Cuando estaba abriendo la puerta del portal, me llegó un mensaje al móvil. No lo leí hasta que subí a casa y dejé la compra en la cocina, porque iba tan cargada que cualquiera se ponía a hacer equilibrios con las bolsas y el teléfono. ¿Que me mataba la curiosidad por saber quién era?... Sí. ¿Que podría ser publicidad de telefonía?... Pues también. Pero me moría por leerlo.

Así que, en cuanto dejé la compra en el suelo, abrí el mensaje. Era Darío.

«Hola, Lucía, no sé nada de ti desde que hablamos aquel día en mi casa. ¿Podemos vernos alguna tarde? Como amigos, nada más. Te echo de menos.»

Dejé el teléfono en la encimera de la cocina un poco decepcionada. Me esperaba un mensaje de Adri. O, más que esperarlo, lo deseaba. Pero, como bien había dicho, me dejaba a mí dar el siguiente paso, y la verdad era que no estaba haciendo nada para darlo. Me daba miedo que se cansara, y también me daba miedo lanzarme y que saliera mal, o que de repente se diera cuenta de que no le gustaba tanto como él pensaba y no quisiera estar conmigo. O, simplemente, que se arrepintiera de haber dejado a Ana y quisiera volver con ella. Tenía un miedo atroz a que se acabara todo después de lanzarme a la piscina.

Coloqué la compra, me fui a la ducha y me quedé en casa tranquilamente. Hacía calor fuera, en pleno mes de julio. Tenía unas ganas horribles de coger vacaciones e irme fuera unos días. Aún no tenía planes definidos porque tampoco tenía claras las fechas para irme. Suelo dejar a mis compañeros de trabajo que elijan ellos primero, algunos están casados, tienen hijos... Y a mí, para irme sola, me daba igual una fecha que otra. Y aunque no tenía prisa, sí tenía ganas de descansar un poco.

Hablé un rato con Elsa y me reí muchísimo mientras me contaba que se había caído esa misma mañana bajando del autobús en pleno Moncloa. Y como tenía esa manera de contar las cosas, todavía me hacía más gracia. No sé el tiempo que estuvimos hablando, pero me sirvió de terapia para relajarme un poco. Me preguntó que si me apetecía que se pasara por mi casa, pero ya había decidido que esa tarde sería para mí, mi helado y mi cerveza, y de paso me pondría alguna peli de esas románticas que, solo con verlas, te sube el azúcar de lo empalagosas que son. Así que le expliqué mi plan y, entre risas, únicamente me dijo:

—Estás fatal.

Era mi noche y nadie me la iba a estropear. A eso de las nueve llegó mi momento, me puse unos *shorts* negros, una camiseta rosa flúor y unas chanclas negras. No podía faltar mi moño mal hecho y despeinado y mis gafas de pasta

negras para ver la tele. En la mesita de centro, una bandeja con el helado y una cerveza. En el DVD, *Dirty Dancing*... ¡La noche perfecta! Así que me coloqué en el sillón con la bandeja encima, le di al *play* y en ese instante llamaron al timbre.

—¡Mierda! —exclamé—. ¿Quién llama a la puerta si hay portero automático? —refunfuñé.

Me levanté, me acerqué a la entrada descalza y abrí sin pensarlo dos veces. Casi me da algo cuando me encontré de frente a Adri. Nada más verme, le salió una sonrisa espontánea. Con mis pintas de estar por casa no sabía dónde meterme.

—¿Te pilló en mal momento? —dijo sin dejar de sonreír.

—No, no... —respondí mirando al suelo.

—¿Puedo pasar? —preguntó con su voz ronca.

—Claro, pasa —contesté abriendo más la puerta y cediéndole el paso.

Él, al ver el festín que tenía preparado, sonrió aún más.

—Vaya, ¿interrumpo? —dijo girándose hacia mí.

—Sí, tenía una cita conmigo misma —respondí volviendo al sillón.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó serio.

Si me mira así y me habla así, le ato a la cama y no le dejo irse nunca.

—No, no... Siéntate, ¿quieres una cerveza? —pregunté.

—Claro, por favor.

Me levanté y, justo al pasar por su lado, noté cómo una descarga eléctrica me recorría todo el cuerpo, al ver cómo me miraba. Me había desnudado con solo mirarme y habían saltado chispas. Le traje una cerveza y volví a sentarme a su lado con las piernas al estilo indio.

—¿Tenías una noche de chicas? ¿Tú y tú misma? —preguntó tras dar un trago a su cerveza.

—Pues mira, sí. ¿No lo ves? Lo tengo todo, el helado, la cerveza y la peli moñas.

—¿Puedo acompañarte?

—Me encantaría, pero la verdad es que me gustaría saber a qué has venido —dije con todo el dolor de mi corazón. No quería ser dura, pero sí quería que todo quedara claro.

Se le cambió el gesto. Ya no sonreía, ahora se tensó un poco. Se recolocó en el sillón y me miró.

—¿Tú qué crees? —dijo sin dejar de mirarme fijamente.

Yo bajé la mirada.

—Me moría por verte. Te echo de menos, Lucía —continuó.

Ahora sí que se había desmontado todo mi argumento. Ya no sabía qué decirle, cualquier discurso que yo hubiera planeado y ensayado se me acababa de caer por la borda. Se me notó demasiado que me había derretido con esa respuesta y eso hizo que él aprovechara mi debilidad y se acercara más a mí.

—Lucía, te echo de menos —dijo aproximándose cada vez más a mi boca.

—Adri... Yo estoy hecha un lío —respondí sin poder siquiera mirarle a la cara.

—Pues háblame, cuéntame de qué tienes miedo —dijo levantando mi barbilla con su dedo.

—Tengo miedo de precipitarnos y que no salga bien.

—Lucía, si no lo intentamos, no lo sabremos, y sé que quieres intentarlo tanto como yo.

Tragué saliva y le miré. Tenía unos ojos tan bonitos y una mirada que transmitía tanta verdad... Se acercó tanto que apenas unos milímetros separaban su boca de la mía. Me cogió la cara suavemente con sus dos manos y me dijo:

—Podemos intentarlo, Lucía. Si no, siempre viviremos con la duda de si hubiera funcionado.

Y me besó, primero despacio, esperando a que yo reaccionara, bien apartándome, o bien dándole todo, y, al ver que no le rechazaba, me empezó a besar con más fuerza y acabamos tumbados en el sofá, él sobre mí. Seguimos besándonos hasta devorarnos allí mismo. Primero me quitó la camiseta, dejándome solo con el sujetador, zona que observó con deseo. Poco a poco me fue desnudando con sus manos expertas. Yo hice lo mismo, desnudándole con delicadeza. Había pasión, había deseo, pero también había deleite. Estábamos deleitándonos con este momento que tanto estábamos disfrutando. Lo hicimos despacio, sin dejar de mirarnos a la cara y hablar con la mirada. Sobre el sofá hicimos el amor. Me cuidó tanto, me trató con tanta delicadeza que me encontraba como flotando en una nube. Tumbados, desnudos a lo largo del sofá, con mi cabeza apoyada en su pecho, buscó mi mirada con esa sonrisa de pillo que tanto me gustaba, y yo no pude evitar sonreír también.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, Lucía —dijo susurrando—, déjame quererte y demostrártelo día a día.

¡Vamos a ver! Si viene un tío de las características de Adri, que, además de estar bueno, sabe cómo tratar a una mujer, y encima es buena gente, ¿cómo voy a negarme a ser su pareja, y encima pidiéndomelo de esa manera después de hacer el amor? Mira, Lucía, déjate de tonterías y de miedos y lánzate, que lo que sea será.

Así que, en cuanto terminó de hablar, yo asentí con la cabeza. A él se le iluminó la cara.

—¿Sí? ¿Me estás diciendo que sí?

—Sí —respondí tapándome la cara por vergüenza.

—Ven aquí, cariño. —Y me llevó en brazos a la habitación para rematar la faena.

¡Me había llamado cariño! ¡Y había sonado con campanas celestiales! No me había sentido así en mucho tiempo. Tenía al hombre que para mí era perfecto haciéndome el amor en mi cama y pidiéndome ser su novia. En ese momento creí que iba a morir de felicidad.

Cuando terminamos de darnos tanto amor, por decirlo de alguna manera, nos dimos una ducha juntitos y nos tomamos otra cerveza en el salón mientras jugueteábamos como adolescentes con el chocolate. Parecíamos críos, pero supongo que eso es lo que tienen los inicios en una relación.

Besos, abrazos, chocolate en la nariz, cosquillas... Vamos, que teníamos todo el catálogo de ñoñeces. Pero estaba tan feliz... Al final pusimos un ratito la peli de *Dirty Dancing*, pero por estar achuchaditos viéndola, no porque fuera algo que tuviéramos que hacer. Yo apoyada en su pecho, él acariciándome el pelo... Era todo perfecto.

—¿Quieres que me quede a dormir? —susurró.

Yo levanté la cabeza enseguida y le miré.

—¿Tan pronto? —respondí haciéndome la interesante.

—¿No quieres? —preguntó empezando a hacerme cosquillas—. ¿Quieres que te convenza?

—Puede...

Y la guerra de cosquillas volvió, y de nuevo acabamos en la cama. Así que al final le costó muy poco convencerme de que se quedara a dormir. Es más, yo lo deseaba desde el principio.



Nos despertamos por la mañana abrazados antes de que sonara el despertador. Aún era miércoles y teníamos que ir a trabajar. Bueno, la verdad es que la que tenía que entrar a trabajar era yo, Adri no tenía prácticas porque tenía que ir a la facultad. Estar con la cabeza sobre su pecho desnudo, notando su respiración y su perfume, hacía que no quisiera moverme de su lado lo que me quedaba de vida, pero había que dejar de soñar y levantarse. Que el dinero no llovía del cielo y la casa no se pagaba sola.

Cuando iba a incorporarme, noté cómo Adri me acercaba más a él y me acariciaba el pelo.

—No te vayas... —susurró con la voz ronca.

—Tengo que ir a trabajar —respondí feliz de que me pidiera que me quedara.

Miré hacia su cara y ahí estaba, con esa sonrisa que me tenía loca.

—¿No te doy pena? ¿Dejándome solito? —dijo bromeando.

Yo no pude evitar esbozar una sonrisa, él sabía que me tenía coladita y se aprovechaba de eso. Se acercó a mí, sin dejar la sonrisa de lado, y me besó con dulzura. Le respondí de la misma manera y, despacio, me incorporé del todo para levantarme y darme una ducha antes de irme.

—Puedes quedarte aquí el tiempo que quieras. No tienes que irte ahora porque yo me vaya a trabajar —dije mientras iba hacia la ducha.

—¿Me estás proponiendo algo, señorita? —preguntó burlón—. Es pronto para vivir juntos.

—Anda, ¡déjame en paz! ¡Cómo te gusta vacilarme!

—No lo sabes tú bien. Eres la más bonita cuando te sonrojas.

Vale, de nuevo lo ha conseguido. Creo que tengo las bragas por los suelos de la emoción. ¿Será posible que tenga tanta capacidad para hacer que me sonroje?

Me di una ducha rápida porque ya iba mal de tiempo para ir al trabajo y, cuando salí, estaba sentado en la cama, mirando su móvil, solo con los *boxers* negros como atuendo. Me puse un vestido ligero para ir a trabajar, y los ojos marcados con *khol* negro. El pelo me lo dejé suelto y húmedo, porque, con el calor que hacía en pleno mes de julio, cualquiera se lo secaba. Mejor dejar que se secase al aire libre.

Cuando escuchó la puerta del baño, levantó la cabeza y sonrió. Me hizo un gesto para que fuera hacia él y me sentara sobre sus piernas.

—Mmm... Qué bien hueles —dijo.

—Gracias, es lo que tiene ducharse todos los días —contesté sonriendo.

—Estás preciosa.

—Tú tampoco estás mal —le respondí con vergüenza y sorna a la vez.

—¿Nos vemos mañana? Esta tarde voy voluntariamente a la ambulancia y llegaré tarde a casa —dijo dándome un suave beso en los labios.

—Mañana por la noche tengo una fiesta por el cumpleaños de Sara, mi compañera del curro.

—¿Es la misma fiesta a la que van Iván y Elsa?

—Sí... ¿Te apetece venir conmigo? —¡A la mierda la vergüenza! ¡Vamos a por todas!

Una amplia sonrisa se dibujó en su cara ante la proposición.

—¿Te apetece que vaya contigo? —preguntó acariciándome la espalda.

—¿Crees que si no me apeteciera te lo habría pedido? —respondí achinando los ojos.

—Entonces estaré encantado de ir —aseguró besándome de nuevo.

—Perfecto. Hablamos y vamos concretando. ¿Te parece? —Le acaricié la nuca.

—Me parece.

—Y ahora me voy a trabajar, que, si no, me quedaré en paro en cuestión de horas.

Así, con todo el dolor de mi corazón, me levanté y le di un tímido beso en los labios al que él respondió levantándose de la cama, alzándose por la cintura y dándome un beso en condiciones. Sin dejar nada a la imaginación. Nos despedimos dándonos besos hasta la puerta de la calle y bajé las escaleras levitando. No me podía creer que Adri y yo estuviéramos juntos después de las cosas que habíamos pasado. En realidad, me asustaba la idea de que yo fuera la chica de transición y que cuando Ana volviera a aparecer a mí me mandara a la mierda, sufriendo y pasándolo mal por entregarme tanto nada más empezar. Quizá tenía que echar el freno y pensarme las cosas dos veces antes de hacerlas. Porque lo mismo al final, por jugar con fuego, me quemaba.

En el trabajo, nada más llegar, Sara me pilló por banda y me preguntó qué había hecho esa noche, que estaba resplandeciente. Le conté lo de Adri con la condición de que no comentara nada, ni en la fiesta ni a nadie, porque lo de Darío y Ana estaba muy reciente y no sabía cómo iba a continuar esto. Me propuso que le llevara a la fiesta si me apetecía y le dije que ya me había adelantado a eso.

Pasé la mañana mirando el móvil y leyendo los mensajes tan bonitos que Adri me estaba mandando. Me dijo que se había dado una ducha y que ya estaba

en la universidad. Que tenía muchas ganas de verme otra vez y besarme y disfrutar de mí. Yo me derretía como una niña tonta al leer estos mensajes.

Por la tarde, cuando salí de trabajar, me fui de compras a mirar algo para la fiesta. Hacía tiempo que no me compraba nada, y qué mejor momento que el cumpleaños de Sara para tirar de la tarjeta. Me acerqué a un centro comercial que había cerca del trabajo y fui directa a una conocida tienda de ropa. Iba con la idea de comprarme un vestido, algo sugerente. Y, de paso, también algún conjunto de ropa interior. Primero fui a por el vestido, me probé varios, pero acabé decantándome por uno rojo con la espalda descubierta y escote por delante. La parte de arriba era de gasa y la de abajo, ceñida, una minifalda por encima de las rodillas. Lo complementé con unos zapatos de tacón de aguja de color negro. Me recogería el pelo de manera informal y así dejaría la espalda al descubierto. Me fui contenta con mi compra, pues no me había salido muy caro el modelito completo. Bolsos, en casa tenía un montón, así que alguno pegaría con lo que había adquirido. Después me acerqué a mirar el escaparate de una tienda de lencería y, nada más verlo, me enamoré de un picardías negro, que, dentro de los que había en el escaparate, era el más recatado, pues yo era muy vergonzosa. Era prácticamente transparente, no dejaba mucho a la imaginación, pero tenía unas copas en el pecho que hacían que este se realzara, y venía con un tanga a juego del mismo color, muy muy sugerente.

Yo nunca me había comprado nada así, pero estaba tan feliz de estar con Adri que decidí lanzarme y disfrutar del momento.

Me fui a casa y llamé a Elsa para tomar un café o lo que se terciase, me moría por contarle todo lo que había pasado con Adri y ver su reacción. Quedamos en el bar El Trote a las ocho de la tarde.

Al final fueron algunas cervezas y muchas risas. La cantidad de burradas que pudo soltar por la boca mi amiga..., era muy bruta hablando, pero, si no lo hiciera, dejaría de ser ella, perdería su esencia. Me aconsejó que tirara hacia delante, que disfrutara del momento. No podía estar siempre poniendo pegasa a una relación por miedo a que no funcionase.

—Sabes que yo estaré aquí para recoger tus migajas si no sale bien —dijo entre risas.

—¡Serás cerda! —respondí tirándole un cacahuete también sin dejar de reír.

Cuando llegué a casa recibí un mensaje de Adri diciéndome que, cuando llegara, le avisara, que si no estaba en ningún aviso y podía llamarme, quería hablar conmigo.

Así que eso hice, le mandé un mensaje para decirle que ya estaba en casita. En menos de treinta segundos el móvil empezó a sonar. Era él.

—Te echo de menos —fue lo primero que dijo en cuanto descolgué el teléfono.

Mi cara, evidentemente, se iluminó, no podía evitarlo, me lo imaginaba diciéndomelo y se me encogía el estómago.

—Yo también a ti —dije rápidamente por la vergüenza que me daba decírselo—. ¿Qué tal ha ido la tarde en el trabajo?

—Bueno, hemos salido a un accidente de tráfico, que ha sido duro, la verdad.

—Puedo preguntar qué ha pasado.

—En resumen, mucha velocidad. Se ha salido de la carretera y el chico que conducía el coche ha fallecido.

—¡Qué dices! —exclamé poniéndome una mano en la boca.

—Sí... El copiloto está grave, pero se ha salvado.

—¿Tú estás bien? —le pregunté preocupada.

—Sí, bueno, va a ser mi trabajo. Es una pena, pero, por desgracia, casi acabas acostumbrándote a estas cosas. Nos forman para estar preparados para esto... ¿Y tu tarde qué tal?

—¡Muy bien! He ido a comprarme algo de ropa para la fiesta de mañana y me he tomado algo con Elsa.

—A marujear un poquito, ¿no? —se burló.

—Ja, ja, ja... Pues sí, la verdad, te hemos hecho un buen repaso. Ja, ja, ja.

—¿En serio? Ya decía yo que me pitaban los oídos.

—Pero vamos, que no has sido el único, Iván tampoco se ha librado —dije risueña.

—¡Madre mía! ¡Cómo me gustaría escuchar vuestras conversaciones! ¡Pagaría por veros por un agujerito y escuchar esas tertulias de chicas que tenéis!

—Ja, ja, ja... Pues sigue soñando, porque no vas a saber nunca lo que le he dicho.

—Ya te lo sonsacaré de alguna manera.

—Lo dudo...

—No lo dudes tanto, que puedo ser muy persistente —respondió picarón.

—No soy tan fácil de convencer...

—Ya me lo dirás mañana cuando te lo pregunte besándote en el cuello.

—¡Eh! ¡Eso no vale! —dije gratamente sorprendida.

—¿Por qué? ¡Nadie ha dicho qué técnicas podía usar! —contestó con una carcajada.

—Bueno, tendrás que ser muy muy persuasivo —me insinué con vergüenza.

—Te tomo la palabra.

—¿Te queda mucho para salir?

O cambiaba de tema, o la cosa iba a calentarse demasiado. Y a mí me estaban entrando unos calores...

—No, en pocas horitas estoy en casa, si la cosa no se complica.

—¿Mañana nos vemos entonces?

—Claro, te recojo en casa para ir a la fiesta de Sara.

—Vale.

—Tengo muchísimas ganas de volver a verte, Lucía.

—Y yo... —Mi respuesta no sonó muy efusiva, seguía pensando en Ana y en si ella apareciera de nuevo reclamándole.

—Vaya... No se te nota muy emocionada —dijo decepcionado.

—Que no... Tengo muchas ganas de verte.

—Ya... ¿Estás bien?

—Sí.

—No. Venga, cuéntame. ¿Has hablado con Claudia?

—No, lo último es lo que te conté. Y que el viernes iré a pasar el fin de semana a Londres.

—¿Entonces?

—No, nada, de verdad, Adri.

—¿Y por qué no te creo? —preguntó serio.

No quería decirle por teléfono cómo me sentía y lo que pensaba, que me hacía no estar totalmente entregada por si la cosa no funcionaba. Pero tampoco quería que él se quedara mal sin saber por qué. No era justo. Así que, bueno, pensé que lo más razonable sería decírselo.

—Mira, Adri, yo casi prefiero que lo hablemos en persona.

—Lucía, no sé qué pasa, pero me gustaría saberlo, y si es algo que he hecho mal, dímelo para poder solucionarlo.

—No eres tú, Adri, soy yo.

—Joder, esto cada vez suena peor.

—Tengo miedo.

—¿Miedo? —Su voz sonó sorprendida—. ¿Miedo de qué? ¿De mí?

—Mira... Tengo pavor a ser la chica de paso y que Ana aparezca y todo esto me deje hecha una mierda. Venga, ya está dicho —resoplé.

Se escuchó tras el auricular cómo Adri cogía aire y lo exhalaba.

—Lucía, cariño, a ver. Por favor, no pienses en eso. Si he dejado a Ana es porque lo nuestro ya no iba a ninguna parte. Deseo estar contigo, no quiero estar con nadie más. Así que, por favor, no le des más vueltas. Joder, cómo me gustaría estar contigo ahora y abrazarte y hacerte ver que tú eres con quien quiero estar.

Tragué saliva, no sabía qué decir, por lo visto contarle cómo me sentía era mejor que tenerlo guardado para mí y pasarlo mal, pero seguía pensando que era una conversación que teníamos que tener cara a cara. Porque, aparte de las palabras, las miradas podían decir muchas cosas. Y yo necesitaba verle la cara para hablar de este tema. No es que le conociera tanto como para saber si me mentía dependiendo de cómo me mirara, pero me sentiría más segura teniéndole cerca.

—Bueno, Adri, no te preocupes, es una rayada mía.

—Lo hablamos cuando nos veamos, ¿vale? ¿Te quedarás más tranquila?

—Si quieres que te sea sincera, sí —afirmé.

—Pues no hay nada más que hablar. Lucía, tengo que dejarte, me reclaman.

—Vale, vale, tranquilo. Hablamos mañana.

—Perfecto. Un besazo, pequeña.

—Un beso. Hasta mañana.



La mañana siguiente me desperté nerviosa, estaba deseando que llegara la tarde para poder ver a Adri. Me costó dormirme pensando en la conversación que habíamos tenido antes de colgar. Me preocupaba un poco que a él no le hubiera sentado bien lo que le había dicho, o que realmente se hubiera parado a pensar en volver con Ana. Pero lo que tenía claro era que no iba a dejar de decir lo que sentía por miedo a su reacción. Ya lo había vivido más o menos con Darío, y no quería empezar de nuevo igual.

A Darío no le había respondido a los mensajes, podía parecer que era un poco borde, pero realmente no me apetecía quedar con él y me parecía más injusto empezar a darle largas o inventarme cualquier excusa.

Tenía que entregar el artículo sobre el invento chino que te hacía vivir tu muerte virtualmente, y me faltaban todavía cosas por rematar, así que, o me ponía las pilas en el trabajo, o me llevaría una gran bronca del jefe.

Sara estuvo toda la mañana dando saltitos y palmaditas, feliz por la celebración de su cumpleaños. De vez en cuando pasaba por detrás de mi mesa y me daba un beso en la cabeza. «Esta chica está de los nervios», pensaba yo.

Le sonó el teléfono un montón de veces, y Héctor la miraba como diciendo «joder, qué pesada la tía, y no curra», pero era un chico tan correcto en todos los sentidos que jamás había oído un taco que saliera por su boca. Así que, de decir «joder», nada de nada.

Mientras estaba concentrada rematando flecos del artículo, me llegó un mensaje al móvil. «Me muero por verte esta noche y hacerte ver que solo quiero estar contigo.» Era Adri. Yo también me moría por verle, pero tampoco quería parecer desesperada y respondí a los cinco minutos de recibir el mensaje. ¿Que me costó un montón aguantarme? ¡Sí! Muchísimo, pero había que hacerse valer y no parecer ansiosa.

«Eso tiene fácil solución», respondí. «A las ocho en mi casa.»

Él no tardó en responder. Enseguida recibí la respuesta.

«A las ocho no me esperes..., seguro que no aguanto tanto y me escapo antes.»

No pude evitar sonreír. Este chico hacía que la sonrisa la tuviera tatuada todo el tiempo. Qué facilidad para hacerme sonreír y conseguir que el día pasara como una balsa. Le respondí con un emoticono sonriendo, sacando la lengua, y un «allí te espero».

Salí de trabajar resuelta a llegar a casa lo más rápido posible y darme una ducha tranquila por si Adri se adelantaba más de la cuenta. Que, oye, por mí como si estaba en la puerta cuando llegara. Pero, claro, mes de julio por la tarde, un calor horrible, queramos o no, sudamos, así que era mejor recibirle recién duchadita y oliendo a la leche corporal de mora que tanto me gusta.

Me di una ducha y cuando empecé a prepararme serían las seis y cuarto más o menos. Cuando iba solo con la ropa interior por la casa, llamaron al telefonillo. Descolgué y escuché:

—Soy yo.

Supuse que sería Adri, así que me puse una bata de satén estampada que me había regalado mi madre por mi cumpleaños el año anterior y que tanto me gustaba para ponerme en verano. Tenía aún el pelo empapado y caminaba descalza cuando llamaron al timbre. Abrí la puerta y ahí estaba. Adri. Con esa sonrisa capaz de derretir todo el Polo Norte, y las manos en los bolsillos. Llevaba unos vaqueros azules desgastados, una camisa negra y una chaqueta de vestir del mismo color. Estaba tremendamente *sexy*, y su perfume llegaba incluso a aturdirme, en el buen sentido.

Cuando abrí la puerta y me vio con ese atuendo tan «raro», sonrió. Pero lo hizo con picardía. No sé por qué pero creí saber lo que se le estaba pasando por la cabeza.

—¿Interrumpo? —preguntó canalla acercándose a mí y dándome un beso en la boca mientras me abrazaba por la cintura.

—No..., acababa de ducharme —respondí melosa.

—Joder, si lo sé vengo antes y nos duchamos juntos —susurró en mi oído.

—Venga, entra, que no hace falta que todos los vecinos escuchen nuestra conversación —dije intentando separarme para cerrar la puerta.

Adri se quitó la chaqueta y la dejó perfectamente colocada en la silla del salón. Se desabrochó los botones de las mangas y se las remangó. Yo me senté en el sillón y le hice un gesto para que él hiciera lo mismo. Se acercó y se sentó a mi lado. Puso los brazos estirados en la parte de atrás del sofá, echando su cabeza para atrás y resoplando.

—¿Estás bien? —pregunté extrañada.

Al oír mi pregunta levantó la cabeza y medio sonrió.

—No, no estás bien —dije sin esperar respuesta.

Me acerqué a él y le cogí una mano y se la acaricié. Me miraba pero no decía nada.

—Adri, ¿qué pasa? —Le acaricié la mejilla.

—Es por mi madre —respondió al fin.

Ahora ya las cosas empezaban a encajar.

—¿Has vuelto a saber algo más? —pregunté preocupada.

—Sí, no he podido evitar llamar a la vecina de mi madre —respondió bajando la cabeza.

—Pero no te sientas mal por llamarla, cariño, tu madre está mal y es totalmente lógico que quieras saber de ella.

Adri me miró apretando los labios. Jugeteaba con su dedo pulgar en mi mano. Estaba algo nervioso.

—Es que, joder, estoy tan enfadado con ella que tengo esa ambivalencia de querer saber y no querer saber. Joder, es que no sé si me explico —dijo algo agobiado.

—Claro que te explicas, y te entiendo. Pero haz solo lo que te dicte tu corazón.

—Es tan complicado —contestó adelantando su cuerpo y cubriendo su cara con las manos.

Puse mi mano sobre su espalda y la otra en su rodilla. No me gustaba verle así. Pero su madre estaba muy mal y era normal que él sintiera de esa manera. Ahora debía apoyarle y hacerle sentir bien.

—¿Qué te ha dicho su vecina?

—Que sigue en estado crítico y en coma inducido. Los médicos creen que es lo mejor. Ahora está conectada a una máquina que respira por ella.

Hay situaciones en las que te quedas sin palabras, y esta era una de ellas. No era que su madre tuviera un resfriado, era que su madre estaba a punto de morir. Y nadie, por muy mal que se lleve con su madre o por muchos problemas que haya tenido con ella, es capaz de aceptar su muerte.

—Me hizo mucho daño, Lucía. No se cortaba a la hora de beber o drogarse delante de mí. Llegó un momento en que, para mí, vivir así era lo normal y los raros eran mis compañeros del colegio. Compañeros a los que sus madres iban a buscarles al colegio todos los días con una sonrisa en la boca y un abrazo siempre disponible. ¿Por qué yo tenía que volver solo y encima encontrarme semejantes situaciones?

La rabia que sentía emanaba por todos los poros de su piel, hablaba con dolor, con enfado, con miedo. Yo le miraba y me limitaba a escucharle, para mí era muy importante que se estuviera desahogando conmigo, a pesar de que no hacía mucho que nos conocíamos.

—Menos mal que mi tío Ángel estuvo ahí para ayudarme, si no, no sé qué habría sido de mí. Probablemente habría terminado siendo drogadicto o

alcohólico y metido en millones de problemas. Pero, joder, ¿es que es mi madre!, y me siento tan mal por haberla abandonado...

Sujetaba su cabeza con las manos y los codos en las rodillas mirando fijamente al suelo. Estaba muy afectado, y era curioso, porque cuando había llegado no había notado nada raro en él. Había entrado con su perenne sonrisa y sus mimos. Y eso me asustaba, me daba miedo pensar que todas las veces que había estado con él y había mostrado una buena actitud, en realidad había estado tan agobiado y no me había querido contar nada. Estas cosas al final se enquistan y hay que sacarlas tarde o temprano.

—Eh, eh, Adri, que tú no has abandonado a nadie. Por lo que tú me has ido contando, y me cuentas, es ella la que te abandonó a ti. La que no te cuidó cuando más lo necesitabas. No te sientas culpable, tuviste que buscar una alternativa, una solución, o, como tú dices, habrías terminado muy mal. Todos tenemos un instinto de supervivencia, y el tuyo fue irte a buscar a tu tío, para que él te ayudara. Y es totalmente válido que lo hicieras. Si no, a lo mejor hoy no lo habrías contado.

Adri me miró con los ojos acuosos. Fijó su mirada en la mía y yo hice lo mismo. No me decía nada, pero me miraba con una intensidad que intimidaba. Su respiración se iba relajando, el ciclón emocional que acababa de pasar por su cuerpo estaba empezando a remitir. Yo cogí aire y resoplé. Tragué saliva. No sabía si había hecho bien diciéndole lo que acababa de decir o no, pero era lo que pensaba y lo que creía que podría ayudarle. De repente, se humedeció los labios y me cogió suavemente de las manos, quedando uno frente al otro. Un escalofrío subió por mi cuerpo al sentir el tacto de su piel sobre la mía. Pero no retiré la mirada de la suya. Entonces, habló:

—Gracias —dijo en un susurro.

Parpadeó varias veces frunciendo el ceño como extrañado. Y continuó:

—Nunca me había pasado con nadie, tener en tan poco tiempo la confianza que tengo contigo, como para sentirme tan cómodo y contarte todo esto.

—No tienes que darme las gracias —dijo con voz tenue.

—Sí, quiero dártelas, porque no solo es que me sienta liberado para contarte mis intimidades, es que sé que me estás escuchando, sé que intentas entenderme y aconsejarme lo mejor posible.

Ahora la que tenía ganas de llorar era yo. Me hablaba de un modo tan sincero que deseaba abrazarle y pasar el resto de mi vida con él. Así que no dudé y me acerqué con premura a él, abrazándole con fuerza. Me respondió de la misma manera. Me dio un suave beso en el cuello que continuó en la barbilla, después en la mejilla, para terminar en la boca. Me atrapó los labios con deseo, pasó sus

manos por mi cintura, cogiéndome con fuerza para colocarme a horcajadas sobre él. Empezamos a besarnos con más pasión, me desabrochó la suave y ligera bata y la dejó caer por mis brazos hasta que me deshice de ella, quedándome solo en ropa interior. Se levantó con decisión y, sin bajarme al suelo, me llevó hasta la cama de mi habitación, tumbándome con cierta fiereza.

—Llegaremos tarde al cumpleaños —me atreví a decir mientras me dejaba llevar.

—No te preocupes por eso y disfruta —respondió besando mi escote.

Y así, entre jadeos y pasión, terminamos la conversación que había empezado siendo un problema.

Cuando terminamos, me levanté rápidamente de la cama para prepararme, habíamos quedado a las nueve y media y eran ya las ocho y media. Y yo sin arreglarme.

Mientras me peinaba mirándome en el tocador de la habitación, veía el reflejo de Adri detrás de mí, vistiéndose. Madre mía, qué cuerpo, no podía quitar los ojos de su torso, tan modelado, tan perfecto.

—Como sigas mirándome así, me vas a sonrojar —dijo con picardía.

—¿Yo? —Me había pillado—. ¡No seas creído! ¿No ves que me estoy peinando?

—Claro, claro..., pero si no pasa nada —dijo abrazándome por detrás y mirándome a través del espejo—. Si yo estoy encantado de que me mires así.

En ese momento empezó a sonarle el móvil y se acercó al salón a ver quién era. Yo aproveché para ponerme el vestido rojo que me había comprado la tarde anterior. Escuché a Adri hablar, se oía que se reía. Me alegraba que hubiera dejado atrás el mal momento por el que acababa de pasar. Cuando colgó, volvió a la habitación, quedándose en el quicio de la puerta, apoyado, con los brazos cruzados y una sonrisa picarona en sus labios.

—Joder —dijo mirándome de arriba abajo.

—Joder, ¿qué? —respondí mientras me pintaba la raya del ojo en tono negro.

—Creo que esta noche voy a acabar a hostias con alguno, verás... —dijo sonriendo.

—¿Por qué? ¿Tengo que sentirme halagada por tan machista comentario? —respondí terminando de maquillarme.

—Estás impresionante.

Sonreí y me di la vuelta hacia él. Le di un beso en la punta de la nariz y dije:

—Pero con quien voy es contigo, ¿no? Pues aprovecha más a mirarme a mí y no a los que me miran.

Y me di la vuelta y fui al baño para ponerme un poco de perfume. Me calcé los taconazos, me colgué el pequeño bolso negro que iba a llevar y una chaqueta del mismo color de manga tres cuartos.

Adri me esperó sentado en el sillón, absorto en su móvil, hasta que el ruido de los tacones le hizo «despertar».

—¿Nos vamos? —dije sensual.

Se acercó a mí despacio y, abrazándome, me preguntó:

—¿Es necesario? ¿No nos podemos quedar aquí toda la noche disfrutando de nosotros?

—Pues va a ser que no. Venga, vámonos, y, si te portas bien, te dejaré dormir esta noche conmigo.

—Voy a ser el más bueno del local, ya lo verás —respondió abrazándome por detrás y besándome el pelo.

Salimos hacia la discoteca donde Sara celebraría su cumpleaños. Llegábamos tarde, pero bueno, tampoco nos habíamos pasado mucho de la hora. Cogimos un taxi para así poder beber tranquilos si nos apetecía y no tener que volver conduciendo. En el trayecto, que duró poco más de quince minutos, le pregunté si ya estaba mejor. También le dije que, si quería irse, que no dudara en decírmelo y nos iríamos. Él me lo agradeció con un beso con el que casi me deshice en la parte de atrás del taxi. Hasta el taxista miró por el retrovisor.

—Usted a lo suyo, por favor —dijo Adri asertivo.

Cuando llegamos a la discoteca, vimos que la puerta estaba llena de globos rojos y un cartel que ponía: «Felicidades, Sara». Esta chica nunca dejaría de sorprenderme. Aún guardaba esa inocencia infantil que tanto me gustaba. Había gente fuera fumando y charlando, pero nosotros nos dirigimos a la puerta principal y entramos. Nada más hacerlo, vimos a Sara, que estaba recibiendo a los invitados y regalándoles una piruleta de corazón a las chicas y una redonda a los chicos. No sé por qué, pero fue así. Jamás entendí la metáfora, si es que la tenía.

—¡Felicidades, preciosa! —dije dándole un abrazo fuerte a Sara.

—¡Gracias, mi niña! Qué alegría que hayas venido con Adri —exclamó acercándose a él para saludarle también.

—Felicidades, Sara —dijo Adri muy cortésmente dándole dos besos.

—¡Gracias! Mirad, en la barra están Elsa e Iván tomándose algo.

Antes de despedirme de ella, le di una pequeña bolsa de regalo que contenía un conjunto de lencería y una notita animándola a que lo estrenara cuando inaugurara su nueva casa con su chico. Ella lo recibió con una sonrisa, saltitos y otro superabrazo que casi me desmonta.

Adri puso su mano en mi cintura mientras llegábamos a la barra, colocándome delante de él. En el camino me pellizcó el trasero con total descaro.

—¡Oye! —dije dándome la vuelta como un resorte.

—¿Qué? —respondió riéndose.

—Las manos quietas —advertí sonriendo.

Él asintió sonriendo también y guiñándome un ojo. Elsa estaba sentada en un taburete y nada más vernos saltó de él para venir a saludarnos.

—Joder, Lucía —dijo barriéndome con la mirada—. Estás espectacular. Ten cuidado, que hay mucho moscón por aquí...

—¡Anda, tonta! ¡Dame un abrazo!

Mientras, Adri e Iván se saludaron con un choque de manos y una palmada en la espalda. Empezó a sonar una canción que nos gustaba mucho y Elsa y yo salimos disparadas a la pista; los chicos prefirieron quedarse sujetando la barra, no fuera a ser que se cayera y no pudieran servirles más copas.

Elsa y yo, copa en mano, nos pusimos a bailar divertidas y con esa complicidad que nos unía desde hacía tanto tiempo. Bailamos sin parar, dando vueltas, gesticulando, hasta que Adri e Iván se nos unieron, aunque menos emocionados. Después de algunas canciones y muchos besos con Adri, él y yo nos dirigimos a la barra a pedirnos otra cosa. Cuando llegamos, yo me apoyé esperando a que el camarero nos atendiera y Adri me abrazó por detrás poniendo sus brazos en mi vientre. Por la espalda escuchamos una voz masculina que decía:

—No me lo puedo creer. Ahora lo entiendo todo.

Me giré y ahí estaba Darío. «Mierda», pensé. Se me congeló la sonrisa. Él me había escrito para que quedáramos algún día y yo no le respondí siquiera. Lo había hecho fatal, y ahora me encontraba abrazada a Adri. Joder, Lucía, si es que tienes que prever las cosas un poquito antes. Tendrías que habérselo contado tú. ¿Y ahora qué?

—Hola, Darío —dije con la intención de darle dos besos que él aceptó sin perder el contacto visual con Adri. Este le tendió la mano para saludarle y Darío se la negó. Esto no empezaba bien.

—Tendría que habérmelo imaginado —soltó Darío con rabia.

—Darío, puedo explicártelo —dije un poco cortada.

—¡No me digas nada! —gritó—. ¡Que no soy gilipollas, coño!

—Eh, tranquilo, Darío. — Adri se adelantó poniéndole la mano en el hombro.

—¡No me toques, gilipollas! —respondió Darío quitándose la mano de Adri de un manotazo.

—¿A ti qué cojones te pasa, tío? —se encaró Adri.

—A ver, a ver. —Empezaba a estar asustada—. Adri, ven. —Y le cogí de la mano y le coloqué detrás de mí. Esto no pintaba muy bien, la verdad. Había que poner las cosas en su sitio sin que acabaran como gallitos de pelea—. Darío, tú y yo ya no tenemos nada, así que no tengo que darte ninguna explicación de lo que hago o de lo que he hecho, ¿vale? —dije asertiva.

—Has tardado poquito en sustituirme, ¿no? —respondió con una sonrisa malvada.

Adri estaba cada vez más nervioso, pero yo cogí su mano con la mía y se la apretaba como diciendo «tranquilo, que ya está». Era normal que estuviera dolido, pero no íbamos a hacer una montaña de esto.

—Darío, yo no he sustituido a nadie, porque no estaba con nadie. Así que, fin de la conversación.

Al girarme para decirle a Adri que nos fuéramos a la pista y que ya volveríamos a por algo, escuchamos por la espalda:

—Eres igual de puta que todas.

No tuve ni tiempo de reacción ni fuerzas para frenar a Adri, que se abalanzó sobre él y le dio un puñetazo en la cara. En décimas de segundo, Darío estaba en el suelo y Adri, gritándole.

—¡Eres un hijo de puta! ¡Ni se te ocurra volver a acercarte a ella! ¿Me has entendido? O tendré que volver a recordártelo, y no creo que te gusten las formas en las que te lo voy a decir.

Iván apareció y se llevó a Adri de la discoteca. Le sacó fuera medio a empujones, porque yo pensaba que Adri se comía a Darío. Cómo le miraba, con qué rabia le desafiaba. Elsa me cogió a mí y me llevó al baño. Todo ocurrió en un instante.

Le conté lo que había pasado un tanto desconcertada, no entendía cómo habíamos llegado a esto. Me daba mucha rabia que le hubiera dado un puñetazo a Darío, cuando a mí no me afectaba lo más mínimo que me hubiera insultado. ¡Me daba igual! Estaba dolido ¡y quería hacerme daño! Pero, por lo visto, Adri no pensaba lo mismo, y no me había dado tiempo a reaccionar cuando me apartó y le partió la cara.

Cuando estuve un poco más calmada, porque ciertamente la situación me había puesto bastante nerviosa, Elsa me acompañó fuera a ver a Adri y a Iván. Cuando salimos, Adri estaba apoyado en un coche rojo, muy enfadado, mientras Iván le ponía las manos en los hombros intentando tranquilizarle.

—¡Pero tú has visto al imbécil ese! ¡Y la llama puta! ¡Pero de qué va! Es que lo reviento.

—¡Pero, tío, ya está! ¡Cálmate, coño! —decía Iván.

Cuando Adri me vio salir de la discoteca, me miró y se cayó. Negaba con la cabeza mientras se acercaba a mí. Yo no avanzaba, no sabía qué hacer. No me gustaban esas actuaciones, no tenían ningún sentido.

Me abrazó con fuerza mientras se disculpaba.

—Lo siento, cariño, lo siento...

Yo no respondía.

—Es que..., joder..., ha sido escucharle decirte eso y... Buff, perdóname, por favor —continuó.

Se separó y me miró extrañado, ni yo sabía cómo reaccionar. Esperaba que yo dijera algo.

—No me ha gustado, Adri —acerté a decir.

Él tragó saliva y apretó los labios.

—Lo siento.

—A mí no me importó que me insultara. De verdad. Él solo quería hacerme daño, y no le justifico en absoluto, ¿eh? Me ha demostrado ser un gilipollas, pero no nos merecemos que nos fastidie la noche.

—Lo sé, lo sé, tienes razón..., pero es que te juro que...

—Vale, vale, ya lo sé... —le interrumpí—. Pero ¿por qué con esa rabia? —pregunté frunciendo el ceño.

Adri cogió aire y lo exhaló mirando al cielo. Luego me miró a mí con cara de arrepentimiento y me dijo:

—No lo sé, Lucía. Es que estoy nervioso, llevo unos días bastante atacado... Y supongo que escucharle faltarte al respeto ha sido la gota que ha colmado el vaso... —dijo atropellado.

—Es normal que estés nervioso, pero lo que no vamos a permitir es que un chico resentido nos joda la fiesta, ¿vale? —dije muy seria—. Además, creo que se ha marchado.

—Vale, tienes razón.

—¿Entramos? —pregunté ladeando la cara con media sonrisa.

—Entramos —respondió con el mismo gesto.

Cuando volvimos al local, lo primero que hicimos fue pedir perdón a Sara por el mal momento que le habíamos hecho pasar por aquel incidente. Ella nos dijo que no nos preocupáramos, que sí, que reconocía que lo había pasado mal al ver el alboroto que se había formado en décimas de segundo, pero que ya había pasado todo y que la fiesta iba fenomenal. Le debíamos una disculpa, eso estaba más que claro.

Fuimos de nuevo a la barra a pedir algo y Elsa nos confirmó que Darío se había marchado. Me alivió saberlo, no quería más encontronazos ni malos rollos. Por esa noche ya había sido suficiente.

Al final, las cosas se calmaron y, como a eso de las dos, decidimos irnos a casa, ya que al día siguiente había que trabajar. Y eso no lo perdonaba el despertador. Así que me despedí de Sara con un «mañana nos vemos y hablamos» y un gran abrazo. Elsa e Iván decidieron quedarse un rato más. Cogimos un taxi en la siguiente calle y nos marchamos hacia mi casa.

—Con lo de antes está claro que no me dejas dormir contigo hoy, ¿no? —dijo Adri cogiéndome la mano en el taxi.

—No te has portado muy bien, no... —respondí mirándole de reojo.

—Lo siento de verdad, cariño... Me ha hervido la sangre al ver que ese tipo te insultaba.

—Bueno, Adri, ya está, no le vamos a dar más vueltas a lo mismo. Está claro que me habría gustado más que no lo hubieras hecho y que le hubieras ignorado, pero no ha sido así, y ya no lo podemos cambiar, así que ya me ha quedado más que clara tu postura. Dejémoslo de una vez —respondí muy seria.

—Entendido —dijo girando la cara y mirando por la ventana del taxi.

Llegamos a mi casa casi sin decir ni una palabra. No sé si le sentó bien o mal lo que le había dicho, pero creo que había mil maneras mejores de solucionar las cosas que a puñetazos. El taxi llegó a mi calle y paró, pagué y nos bajamos. Fuimos caminando sin hablar hasta la puerta de mi portal y allí nos detuvimos.

—Adri, yo... —comencé a decir.

—Ya lo sé. Que prefieres que me marche a mi casa, ¿verdad? —dijo entre decepcionado y enfadado.

—Sí —respondí sin pensármelo dos veces—. Estoy rara... Y no quiero hacer una montaña de esto. Así que creo que mejor hablamos mañana.

—Es lo que quieres, ¿no? —preguntó serio.

—Sí —respondí sintiéndome mal por no querer que subiera.

—Pues perfecto. Hasta mañana —se despidió dándome un casto beso en los labios y dándose la vuelta para irse.

—Joder, Adri, no te enfades...

—No me enfado —respondió de espaldas.

—Vale, haz lo que quieras. —Y me di la vuelta y me marché también.

Y lo hice con un nudo en el estómago. Y ahora, ¿por qué se iba enfadado? ¿No era capaz de entender que lo que había pasado me había amargado la noche? Yo intentaba entenderle, pero ¿por qué él a mí no? No fue plato de buen gusto, primero, que Darío nos encontrara allí tan acaramelados y, por otro lado,

tampoco lo fue que me insultara. Pero ¿es que Adri no podía entender que yo lo que quería era pasar de Darío y seguir la noche? Podía entender que le sentara mal que me llamara puta, pero, joder, ¿era necesario partirle la cara? Creo que eso había sido un exceso. Y no era necesario.

Subí a casa y me puse el pijama, me desmaquillé, me lavé la cara y me metí en la cama, con la tontería, eran casi las tres y a las siete tenía que levantarme. Puse el despertador y miré el teléfono mil veces para ver si Adri me había escrito. Pero nada, ni un mensaje, ni una llamada. Nada. Estaba enfadado, y yo sentía tal impotencia por ver que no me entendía... que tardé muchísimo en dormirme.



Estábamos a viernes y, cuando me sonó el despertador, creí morir. Era incapaz de levantarme, además tenía tal dolor de cabeza que me fui directa al armario del salón donde guardaba los paracetamoles. No descansar siempre me sentaba fatal, no llegaba a reponerme a lo largo del día, era horrible, iba cual zombi por la calle y no me recuperaba hasta que me dormía una buena siesta o por la noche me acostaba pronto.

Además, ya no es que estuviera cansada, es que estaba incluso irascible, y cualquiera con quien hablara a lo largo del día acabaría pagando mi enfado. De hecho, me llamó Elsa y la pobre tuvo que aguantar mis malas contestaciones.

Antes de irme a trabajar hice la maleta. Cuatro trapitos de nada, ya que solo iba a pasar el fin de semana allí. ¡Qué sorpresa se iba a llevar Claudia cuando me viera! Ya tenía su dirección y sabía que estaría sola, puesto que Kevin iba a estar fuera. Así que aprovecharía para intentar que me contara por qué estaba tan rara.

A pesar del sueño y los contratiempos mañaneros, entre ellos buscar unos pantalones que me quería llevar y que al final no encontré, llegué justita de hora a trabajar. Entré directa a mi mesa y allí estaba Sara con las mismas ojeras que yo, pero con la diferencia de que su cara emitía una sonrisa y la mía no era capaz ni de evocarla.

—Uy, qué carita traes... —dijo mientras yo dejaba las cosas sobre mi mesa.

—No lo sabes tú bien —respondí acercándome a ella para darle un besito—. ¿Qué tal tú? ¿A qué hora acabaste?

—Pues si quieres que te diga la verdad, vengo sin dormir...

—¿En serio? —pregunté arqueando las cejas.

—En serio... Estoy muerta...

—¿Pero hasta qué hora estuvisteis en la discoteca? —quise saber mientras encendía el ordenador.

—Hasta las cinco o así... Pero, claro... Luego tuve que probarme tu regalo... Y ya sabes —dijo picarona.

Entonces sí que sonreí, consiguió sacarme la primera sonrisa de la mañana.

—Pues, oye, si ha sido por eso, ¡ole! Ya dormirás hoy —la felicité.

—¿Y tú qué? —preguntó.

—¿Yo? Jodida —respondí.

—Se te nota... ¿Qué pasa? Cuéntame.

—¿Un café aguado de máquina mientras te lo cuento? —propuse.

—Perfecto, nos vendrá bien a las dos —contestó sonriendo.

Mientras nos tomábamos ese intento de café, que cuando echabas el azúcar hacía unos soniditos indescriptibles, como si hubiera entrado en ebullición, le conté que llegué bastante rayada a casa con el tema de la pelea. Sara me dijo que era normal, que no había sido una situación agradable para nadie. ¡Por fin alguien me entendía! Pero, claro, no sabía nada de Adri desde la noche anterior y estaba muy preocupada. Sara me decía que, si se había ido enfadado, lo mismo necesitaba tiempo, o tal vez estaba esperando a que yo le escribiese primero. Como si fuéramos adolescentes, vaya. Me enfado y no respiro. Me sirvió mucho hablar del tema con otra persona que no fuera Adri, porque lo que estaba claro era que no teníamos el mismo punto de vista y no éramos capaces de entendernos con esta historia. Así que, a ver, ¿qué hacía? ¿Le escribía? A mí no me costaba nada hacerlo, es más, lo haría si veía que él no daba señales de vida, pero, vamos, que me parecía una situación bastante adolescente, la verdad, para dos personas de nuestras edades. Pero, en fin, que al final le escribí.

«Buenos días, cariño, ¿puedo llamarte aún cariño?», acompañado de un emoticono sacando la lengua y guiñando un ojo.

Y después de mandarlo, me puse a trabajar con el artículo en el que estaba inmersa. El jefe nos llamó a todos a su despacho a la reunión que solía hacer a diario, salvo que algún día le pillara con el pie izquierdo y pasara de hacerla, y, mientras nos estaba contando las novedades del día, mi móvil vibró.

Era un mensaje de Adri, pero, evidentemente, no podía leerlo en medio de la reunión. Estábamos algunos sentados, otros, de pie frente a la mesa de mi jefe, y habría sido bastante maleducado por mi parte leerlo en su cara.

Mientras nos contaba que teníamos que esforzarnos más y esas cosas, el móvil volvió a vibrar. Lo miré de soslayo, y mis ojos se abrieron como platos al ver que era de Darío. Parecía hecho a propósito, estoy todo el día en el trabajo, en mi mesa, pudiendo mirar el teléfono cuando me venga en gana, y justo me tienen que escribir cuando estoy en medio de una reunión. Sara me miraba de reojo porque se me notaba impaciente, y con la mirada le conté todo. Y creo que me entendió.

¡Por favor! ¡Esto parecía el discurso del rey de Navidad! ¡No iba a terminar nunca! No sabía el tiempo que llevaría hablando, ¡pero a mí se me estaba haciendo eterno! Deseaba con todas mis fuerzas saber lo que Adri me había escrito, y yo, por culpa de mi jefe, no podía responder. Y sentía una tremenda curiosidad por saber qué quería decirme Darío.

Por fin parecía que estaba concluyendo, mis compañeros empezaron a cerrar sus libretas, señal de que no era la única que se estaba imaginando que se acababa la reunión.

Finalmente, dijo las palabras mágicas: «Pueden irse». Salí escopeteada del despacho, directa a mi mesa, mientras ponía la contraseña para desbloquear mi teléfono.

Sara vino detrás de mí.

—Pero ¿qué te pasaba? Parecía que estabas en la línea de salida de una maratón para salir corriendo... Aunque, claro, esa posición te sonará...

—Me ha escrito Adri, espera y te cuento.

Abrí su mensaje.

«Buenos días, mi niña, claro que puedes llamarme cariño, es más, quiero que me lo llames.»

¿Y ya está? ¿Nada más? Nada sobre su enfado de la noche anterior, nada de nada. Me sentí un poco decepcionada con el mensaje, pero, por otro lado, me alivió que me confirmara, de alguna manera, que seguíamos juntos.

Sara solo me dijo: «Dale tiempo», así que, antes de responderle, porque quería pensarme muy bien qué decirle, abrí el mensaje de Darío.

«Lo siento muchísimo, Lucía, no me esperaba encontraros juntos y admito que me sorprendió y me sentó muy mal. Siento haberte llamado lo que te llamé. Espero que puedas perdonarme.»

Pues nada, ahora las disculpas de Darío también me habían descuadrado. ¿Se habían puesto de acuerdo para escribirme a la vez? Vaya tela. Dejé el móvil a un lado y me puse a trabajar. Ya pensaría después qué contestar. Ahora la situación me superaba un poco, sumado a que estaba muy cansada y poco despejada.

A media mañana, cuando paré a tomarme el almuerzo, cogí el móvil dispuesta a escribir a Adri, pero no sabía muy bien qué decirle. Su mensaje había sido muy esperanzador, pero de ahí a dejarme claro cómo estaba... había un trecho. Así que le escribí como si nada.

«Buenas, cariño, ¿qué tal va el día?»

Y enseguida respondió:

«Hola, mi amor, pues bueno, bien, descansando. Tengo prácticas luego y acabaré tarde.»

Entonces, al leer el mensaje, me di cuenta de que no nos veríamos hasta mi vuelta de Londres, después de ir a ver a mi amiga Claudia. Así que le escribí, porque parecía que no se acordaba.

«Recuerdas que esta tarde a las tres sale mi avión, ¿verdad?»

Mientras se lo mandaba me sentí un poco molesta, porque parecía que, o no se acordaba, o no le apetecía despedirse de mí antes de que yo me marchara. Poco más de dos minutos después de enviar el mensaje, mi móvil empezó a sonar. Era él. Descolgué.

—Hola —dije.

—Hola, cariño —saludó él con voz serena.

Estaba claro que el tono que estábamos utilizando no era el más amoroso del mundo, se palpaba la tensión en la conversación. No habíamos hablado directamente desde la otra noche, cuando nos despedimos.

—Esta tarde me voy. ¿No te acordabas? —dije seria.

—Sí, cariño, ¿cómo no me voy a acordar, mi amor? De lo que no me acordaba era de mi turno de prácticas. Lo siento.

—Ya... —respondí.

—¿Estás enfadada?

—No —dije sin convencimiento.

—Lucía, lo siento de verdad... Por todo. Por lo de anoche también.

—No me gustó que te despidieras así. Yo también estaba molesta y no por ello me marché así.

—Ya lo sé... Es que sentí una gran impotencia de ver que no me entendías...

—Ah, ¿y tú sí que me entendías a mí?

—Lo intenté, Lucía.

—¿Y yo no intenté ponerme en tu lugar? —me alteré.

—Supongo que sí, pero yo no me sentí comprendido. Ese tío te había insultado, a mí me hirvió la sangre al escucharle y no lo pensé. ¡Pero es que no tenía derecho a hacer eso! —alzó la voz.

—¡Claro que no tenía derecho! ¡Pero tú tampoco lo tenías para darle un puñetazo!

—¿No me digas que encima vas a justificarle?

—No voy a justificar a nadie, Adri, por Dios. Mira, estamos dándole demasiada importancia a algo que no tendríamos que habérsela dado. Así que vamos a olvidarlo.

Hubo un silencio sepulcral al otro lado del teléfono. Solo le escuché resoplar.

—Cariño, perdóname por ponerme así... —dijo Adri.

—No pasa nada —respondí con un hilo de voz.

—Hablamos de esto tranquilamente a tu vuelta, ¿vale?

—Vale... Tengo que dejarte. Debo seguir trabajando.

—Vale... Un beso.

—Otro para ti.

Y colgamos el teléfono. Lo que estaba claro era que él seguía enfadado y yo, de alguna manera, también, y teníamos formas diferentes de entender las cosas, así que yo no sabía qué sería mejor, si hablarlo a la vuelta u olvidarlo. No lo sabía...

El resto de la mañana la pasé buscando información de Londres en internet y hablando con Sara de cómo me encontraba moralmente. Mi jornada laboral del viernes finalizó en el momento en el que salí de la reunión.

La verdad es que hablar de Adri me hacía sentir melancólica. Le echaba de menos, quería verle, abrazarle... Tenía ganas de él. Aunque estuviéramos en ese momento tan «raro» como en el que estábamos, me hacía falta a mi lado.

Me despedí de Sara con un gran abrazo y con la promesa de que el lunes le contaría qué tal el viaje y con Adri. Salí antes de trabajar, previo permiso de mi jefe, para llegar con tiempo al aeropuerto.

A las dos de la tarde recibí un mensaje de Adri diciéndome que tenía muchísimo lío y que por eso no me había llamado. Que si no podía hablar antes de marcharme, que tuviera buen viaje. Y, efectivamente, el avión despegó sin saber nada más de él. Me iba triste, porque era una mierda marcharme sin un abrazo suyo, un beso o cualquier contacto que me guardara hasta que volviera. A ver, que solo me marchaba dos días, pero acabábamos de empezar algo y... ¿qué pareja recién estrenada no desea verse a cada segundo del día?



En apenas dos horas y media estábamos aterrizando en el aeropuerto de Heathrow. No facturé la maleta porque conseguí meterlo todo en la mochila de mano, así que no tuve que esperar a recogerla. Era la primera vez que iba a Londres, por lo que estaba superperdida. Cuando compré el billete contraté transporte para ir al centro de la ciudad, y así, desde allí, cogería un taxi que me llevaría a casa de mi amiga. Parecía fácil. Ahora tenía que salir bien.

Claudia vivía en Fournier Street. Después de coger el minibús que me dejó en el centro de Londres, pedí un taxi para llegar a la calle de mi amiga.

Me encantó la magia que desprendía la ciudad, era mucho más bonita que los millones de fotos que había visto de ella. Fui en el taxi mirando embelesada este nuevo escenario para mí.

Encontré fácilmente su casa. La fachada era de ladrillo visto y la puerta, azul oscuro, tal y como mostraba la foto que me envió cuando se mudó allí. Cargada con mi mochila, y también un poco nerviosa, llamé a la puerta. Esperé, pero nadie me abrió, por lo que volví a llamar. Cuando ya estaba con el móvil en la mano, dispuesta a llamar a Claudia para decirle que estaba plantada delante de la puerta de su casa, la puerta se abrió.

Y allí estaba ella. Se llevó las manos a la boca y los ojos casi se le salieron de sus órbitas. Levanté las cejas y abrí los brazos en señal de «aquí me tienes». Se tiró literalmente a mis brazos y me apretó tan fuerte que casi me descompono. Pero no me importó, porque yo hice lo mismo. Además, ese abrazo tenía que suplir todos los que no nos habíamos dado en tanto tiempo.

Después se separó de mí mirándome con incredulidad, pero sin dejar su sonrisa de lado.

—Pero... ¿Tú? ¿Cuándo? —decía atropelladamente.

—Tranquila, tranquila... Ahora te lo cuento despacio.

De repente, pareció que se dio cuenta de que estábamos aún en la puerta de su casa y, de un respingo, se apartó de ella.

—¡Ay, pasa, pasa! ¡Ven!

Y entramos en su casa.

Nos sentamos en el sillón y ella aún me miraba con incredulidad. La verdad es que me impresionó un poco verla. Estaba bastante desmejorada, más delgada, algo ojerosa y caminaba como si el cuerpo le pesara un quintal. Y su mirada era

distinta, me costaba reconocer esa expresión, no era la misma que tenía la última vez que la había visto.

—Pero ¿qué haces aquí? —me preguntó ilusionada cogiéndome las manos.

—¡Quería darte una sorpresa! —dije con el mismo sentimiento.

—¡Jo, pues sí que me la has dado! ¿Y por qué no me has avisado? ¡Podría haber ido a buscarte al aeropuerto!

—Porque entonces habría dejado de ser una sorpresa, ¿no?

Las dos nos reímos. Jo, cómo la echaba de menos. Habíamos vivido tantas cosas juntas que parecía que, al no vivir ya en España, las había aparcado en mi mente. Pero volver a verla había hecho que todos esos recuerdos que estaban guardados salieran como un resorte.

—Bueno, y cuéntame, ¿qué tal te va por aquí? —pregunté con intención de que me contara por qué últimamente estaba tan rara...

—Pues bien..., tranquila —dijo mirando a su alrededor—. ¿Quieres un café?

—Claro, ¿por qué no? —respondí.

—Pues espera, que te lo traigo —dijo amablemente.

—No. Voy contigo.

Cuando íbamos hacia la cocina aprecié mejor su pérdida notable de peso. Llevaba el pelo recogido en una coleta mal hecha y el rubio brillante que la caracterizaba se había apagado.

Me preparó un café con leche y ella se preparó uno solo. Volvimos al salón y ahí sí que ya no pude evitar preguntarle directamente.

—¿Qué te pasa, Clau? —pregunté seria, mirándola fijamente a los ojos.

—Nada —respondió algo nerviosa.

—Clau, nos conocemos desde hace mucho tiempo. Por teléfono estabas rarísima. Y te veo cambiada. ¿Es por Kevin?

—No me pasa nada, de verdad —insistió mirando al suelo.

—A ver cómo te lo digo... Si crees que he venido hasta aquí para irme con esa respuesta, lo llevas claro. —Eso le hizo sonreír—. Así que, o me lo dices, o ya me encargaré de hablar con Kevin para que me lo cuente —amenacé alzando mis cejas.

Claudia se miró las manos mientras jugueteaba con ellas, nerviosa. No decía nada, pero estaba segura de que estaba pensando cómo decirme lo que le pasaba.

—Verás, Lu...

Ya está, por fin me lo iba a contar. Su tez estaba algo pálida, y no sé por qué me daba que en breve se pondría a llorar.

—Acabo de perder a mis bebés —dijo mirándome a los ojos.

Me quedé perpleja, pero ¿estaba embarazada? A ver, no lo entiendo. ¿Que ha perdido a sus bebés? ¿Iba a tener más de uno? Tragué saliva y hablé.

—Pero, cariño... ¡No sabía que estabas embarazada! —exclamé impresionada cogiéndole las manos.

—Casi nadie lo sabía. Nos quedamos sin buscarlo.

—Pero ¿y qué ha pasado? —pregunté preocupada.

—Me caí...

—¡Cómo que te caíste!

—Por las escaleras del metro. Iba a entrar en la escalera mecánica y resbalé.

Mi cara se transformó en terror.

—Rodé por las escaleras. El golpe y la hemorragia que sufrí... —Y no pudo continuar.

—Eh, ven, mi niña, ven... —dije abrazándola con fuerza.

Ahora todo era comprensible, su humor, sus pocas ganas de hablar...

—¿Por qué no me llamaste? —le pregunté aún abrazándola.

—Sabía que, si te lo contaba, vendrías, y no quería que te afectara en el trabajo y esas cosas... —respondió apoyada en mi hombro.

—¡Claro que habría venido! ¡Cómo no iba a venir, joder! —Cogí aire y lo solté despacio—. ¿Tus padres lo saben?

—No.

—¡Cómo que no! Pero, por Dios, Claudia, ¿entonces a quién se lo has contado?

—Prohibí a Kevin contárselo a nadie de mi familia o de mi entorno. Seamos realistas, Lu, ¡no vivo a diez minutos! —Empezaba a sacar su rabia.

—¡Pero cómo me puedes decir eso, Claudia! ¡Cómo has podido comerte tú sola todo esto, y más sabiendo que Kevin apenas está aquí! —exclamé un poco enfadada.

—Pues porque no quería molestar, ¡joder!

—¡Venga, hombre, por favor! ¿Molestar? Parece que no me conozcas, y me duele que me digas eso.

Nos miramos con fuerza. Yo, dolida por no haberme enterado de nada, enfadada y frustrada por haber estado tan ciega. Por no haber insistido más para saber qué le pasaba. ¡Joder, qué mal lo había hecho!

Mi amiga me miraba con fuerza también, pero, al ver mi gesto, el suyo cambió.

—Vale, perdona. También decidí vivirlo sola y superarlo sola —dijo más calmada.

Cerré los ojos y cogí aire.

—A ver, mi niña, yo estoy aquí porque estaba muy preocupada por ti. No he venido a discutir, perdona si he elevado el tono, pero es que siento una impotencia tremenda solo de pensar que has vivido todo esto sola. —Medio sonrió con culpabilidad—. ¿De cuánto estabas?

—De tres meses.

Un jarro de agua fría me cayó encima y me heló los huesos.

—Queríamos estar seguros de que todo iba bien antes de decir nada a la familia —continuó—. Hacía muy pocos días que sabíamos que iban a venir dos.

No sabía qué decir. No me esperaba esa respuesta, pensé que me diría de dos meses, de pocas semanas. Eso me pilló desprevenida, no me lo podía creer. Aunque, pensándolo fríamente, qué más daba que fueran tres semanas o tres meses. Había perdido a sus hijos y eso ya era irremediable. Nada ni nadie se los devolvería.

Me estuvo contando todo el proceso médico que había tenido que pasar, y no había sido nada agradable. En estos casos nada es agradable. Yo no había estado nunca embarazada y no podía ponerme en su lugar, pero solo con el sufrimiento con el que me lo contaba me estremecía.

Sacó todos los papeles médicos, pero, dentro de que me defendía con el inglés, las palabras tan técnicas que se utilizaban escapaban a mi conocimiento, así que poco la podía ayudar en ese sentido.

Ella estaba muy preocupada por si no volvía a quedarse embarazada o por si pudiera tener problemas, porque ya se habían hecho a la idea, y estaban felices por la llegada de un pequeño retoño a casa, bueno, dos. Según lo poco que entendí, en algo más de tres meses podrían volver a intentarlo.

—Mira, Clau, vamos a hacer una cosa. Mi chico está estudiando Medicina — me sonó rarísimo decir «mi chico»—, si quieres hablo con él y que nos explique qué pone aquí, ¿vale?

Me miró sorprendida, porque no sabía ni que tenía pareja ni que era médico. Claro, cuando yo conocí a Adri había sido cuando ella empezó a mostrarse extraña conmigo. Todo cuadraba.

Mientras Claudia iba al baño, aproveché para llamar a Adri. Contestó al primer tono.

—Hola, mi vida. ¿Has llegado bien? —dijo nada más descolgar.

Me dio un vuelco al corazón al escucharle decir «mi vida».

—Hola, cariño. Sí, he llegado bien.

—Te noto seria, ¿ocurre algo?

—La verdad es que sí —respondí.

Le conté todo lo que mi amiga me había contado. Le pedí que, por favor, leyera todo el papeleo que le habían dado los médicos y nos lo tradujera de manera coloquial, para entenderlo, y que así ella se quedara más tranquila.

—Mira, vamos a hacer una cosa —me dijo—. Haz fotos a todo lo que le dieron y me lo mandas por *mail*. Así lo imprimo, lo leo y luego os llamo y hablo directamente con ella. ¿Te parece, cariño?

¡Claro que me parecía! Escucharle hablar interesado por algo que me afectaba indirectamente a mí me hacía feliz, ver que se preocupaba por mí.

—Claro, mi amor. Ahora te lo mando.

Claudia me dio todos los papeles que tenía, incluso los de cuando estaba embarazada, y se los enviamos a Adri por *mail* para que los valorara. No tardó ni quince minutos en llamarme.

—Hola, mi niña.

—Hola, cariño. ¿Ya has leído todo? —dije nerviosa por saber qué consecuencias tendría mi amiga tras el aborto.

—Sí. No te preocupes. Está todo bien, en principio no debería tener problemas para quedarse de nuevo embarazada. Pero los últimos análisis manifiestan una anemia importante, tiene que cuidarse. Si además me has dicho que estaba algo desmejorada, convéncela de que debe estar bien físicamente para que luego todo vaya bien.

—Vale. Lo haré.

—De todas formas, si ella quiere, se lo cuento por teléfono.

—Sí, espera, que te la paso.

Le entregué el teléfono a mi amiga, que, entre lágrimas, asentía mientras Adri le contaba la interpretación de sus informes. Yo la miraba y le cogía la mano, acompañándola en ese momento. Cuando Adri terminó de contarle, ella le agradeció su tiempo y me volvió a pasar el teléfono.

—¿Ya? —pregunté.

—Sí. Le he dicho que se cuide, por ella y por los peques que vengan pronto.

—Eres un amor, de verdad. Muchísimas gracias, cariño.

—No me las des. Todo lo que te afecte a ti, me afecta a mí. Espero haber podido ayudaros un poco desde aquí.

—Claro que nos has ayudado. Y muchísimo.

—Te echo mucho de menos, mi niña —dijo ronco.

—¿Sí? —dije tímida.

—Sí —respondió serio—. Daría lo que fuera por tenerte aquí a mi lado ahora mismo.

—Bueno, vuelvo el domingo a mediodía. ¿Trabajas?

—Joder, sí. ¿El lunes mejor? —preguntó fastidiado.

—Pues el lunes entonces.

—Cuídate, ¿vale?

—Tú también. Un beso.

—Un beso, mi niña.

Y colgamos el teléfono. Cada día me gustaba más Adri, no podía evitar pensar en él todo el tiempo, a todas horas, y recordar las veces que habíamos estado juntos.

Abracé a Claudia después de colgar y ella hizo lo mismo mientras me daba las gracias entre susurros. Le dije que esa noche sería nuestra, pediríamos algo de comida para cenar mientras veíamos alguna peli romántica, de las que tanto nos gustaban, y lloraríamos como tontas cuando los protagonistas se juraran amor eterno. Sería nuestra noche.

Y eso hicimos, pedimos *pizza*, bebimos cerveza, vimos una peli romántica y nos quedamos hasta las tantas recordando viejos tiempos. Reímos un montón, nos sirvió a las dos de terapia para olvidarnos de la realidad y soñar metidas en una burbuja, de la que esa noche nadie nos obligaría a salir. Ya volveríamos a la realidad a la mañana siguiente.



Nos levantamos muy tarde y con resaca. Era evidente que la mañana iba a ser dura después de que termináramos bailando como locas sobre el sofá la banda sonora de la película *Reality Bites*, que nos volvía locas.

Pero había valido la pena, de eso estábamos convencidas. Dormimos las dos juntas en su cama de matrimonio, como en los viejos tiempos, que acabábamos borrachas perdidas por las calles de Madrid y terminábamos en mi casa o en la suya, durmiendo en una cama de noventa. Y lo que nos reíamos. Eso ya no nos lo quitaría nadie.

No teníamos ni ganas de comer. Nos tiramos, literalmente, en el sofá y hablamos, y hablamos más... Le conté toda mi historia con Adri y ella me aconsejó que no dudara y me tirara a la piscina. Según ella, por lo que yo le contaba, debía de ser buen tío y parecía que me quería. Yo le manifesté mis dudas y ella insistió en que no dudara. Si no lo intentaba, me arrepentiría y no dejaría de pensar qué habría pasado si lo hubiera hecho. Y, en el fondo, tenía razón, pero no quería sufrir.

Adri me llamó por la tarde.

—Hola, cariño, ¿qué tal va todo? —dijo.

—Bien... Hablando mucho y recordando viejos tiempos...

—Eso está bien. ¿Cómo está ella?

—Bueno, la verdad es que está contándome todo lo que pasó, lo que sintió, lo que vivió... Creo que por lo menos le está sirviendo de terapia.

—Si es que eres una mujer estupenda...

—Uy, ¿y eso? —pregunté sorprendida.

—Pues que te echo tanto de menos que valoro muchísimo más nuestra relación. Deseo verte pronto y poder abrazarte, sentirte...

—Yo también, cariño.

—Perdona, Lucía, pero tengo que dejarte, me llaman de las prácticas.

—Vale, tranquilo, hablamos mañana.

—Vale. Un besazo, mi niña.

Y colgué el teléfono subida en una nube. ¡Es que era tan perfecto para mí!

Esa noche prácticamente obligué a Claudia a sacar los tacones del armario y a arreglarse para cenar las dos por ahí, en algún restaurante, y tomarnos una copa para celebrar que estábamos juntas de nuevo. Le costó decir que sí, pero no cejé

en mi empeño hasta que, creo que por no oírme más, se levantó y empezó a arreglarse.

Cenamos en un restaurante muy chic de Chelsea y luego tomamos una copa en un local cercano al restaurante. La vi sonreír de nuevo, pero sonreír con sinceridad, no forzada. Y me sentí tan bien de haber recuperado otra vez a mi amiga que no quería que se acabara nunca el fin de semana. Pero al día siguiente a mediodía tenía que marcharme. El avión salía a las dos de la tarde, y no me esperaba. Me hubiera encantado pasar más tiempo allí, pero el trabajo me reclamaba y no podía permitirme perderlo.

El domingo por la mañana empecé a recoger las pocas cosas que me había llevado a Londres. Mientras doblaba la ropa en la cama y la metía en la mochila, Claudia entró en la habitación. Se puso frente a mí con media sonrisa.

—Jamás podré agradecerte lo que has hecho por mí este fin de semana, Lu.

—Anda, ¡no seas tonta! He estado encantada de hacerlo... —dije abrazándola.

—No, en serio, me has hecho ver las cosas desde otra perspectiva, aunque el dolor siga ahí. Necesitaba una jarra de realidad y viejos recuerdos, y tú me lo has dado. Gracias de verdad.

—Gracias a ti, mi niña —respondí.

—Y que sepas que iré pronto a España a conocer a tu futuro supermédico.

Eso me hizo soltar una carcajada.

—¿Mi supermédico? Mmm... Suena bien.

—En serio, pienso presentarme allí sin avisar, a conocerle y a sacarte de fiesta una noche.

—¡Pues te tomo la palabra, eh, amiga!

Nos dimos un gran abrazo, uno tan grande que perdurara en nosotras el tiempo que volviéramos a estar separadas.

Me acompañó hasta el aeropuerto y allí nos despedimos hasta la próxima vez que volviera yo o viniera ella. Pero sí que nos prometimos que, por lo menos, estaríamos en contacto telefónico.

El vuelo salió puntual y me quedé dormida nada más despegar. Estaba muy cansada. Cuando desperté, ya estábamos casi aterrizando. Miré por la ventanilla y lucía un sol espléndido en Madrid. Nos pusimos los cinturones de seguridad al encenderse las lucecitas rojas indicando su obligatoriedad. El aterrizaje siempre me daba un poquito de miedo. Me quedaba totalmente paralizada y con el cuerpo contraído hasta notar que tomábamos tierra, y, una vez tomada, me desentumecía. No es que montara en avión todos los días, pero era algo que, las veces que había volado, me había pasado.

Había dejado el coche en el aparcamiento interior del aeropuerto. Era un poco caro, pero así no tenía que decirle a nadie que fuera a buscarme y podía ir y venir tranquila.

Estaba algo cansada, el fin de semana había sido potente en todos los sentidos. Emocionalmente, me había dejado agotada, y físicamente también, tanto por la tensión de la situación al llegar, como por la fiesta que nos habíamos pegado las dos noches. Pero había valido la pena, de eso estaba totalmente convencida. En cuanto llegara a casa, me tiraría en el sofá y vaguearía toda la tarde hasta la hora de dormir.

Me metí en el coche y puse la radio. Dentro del aparcamiento no se escuchaba muy bien, pero cuando saliera sí que se oiría. Había pagado previamente en el cajero y me dispuse a esperar a que la barrera se levantara para incorporarme a la carretera. En apenas quince minutos, si no pillaba jaleo, estaría en casa.

Cuando iba por la autovía del aeropuerto, calle Ariadna se llama, por el carril del medio y cantando a voz en grito una canción de Maroon 5, vi cómo, en décimas de segundo, un coche que me adelantaba por la izquierda me rozó, mi coche se desestabilizó, sentí pánico, terror, ¡qué pasa! Intenté parar y de repente noté un estruendoso golpe que me hizo revolverme por el coche. Después, todo se volvió oscuro y me desmayé.

Lo siguiente que pude recordar, pero muy nubladamente, era estar tumbada en la carretera, con gente corriendo de aquí para allá. Intentaba abrir los ojos, pero no podía, y de incorporarme, ni hablamos.

Escuché muy de lejos la voz de una chica que creí que me tenía cogida de la mano.

—Tranquila, Lucía, no hables...

«¿Por qué sabe cómo me llamo? Me mareo, no consigo enfocar bien la vista», pensé. La chica gritó:

—¡Lucía se ha despertado!

Alguien rápidamente se arrodilló a mi lado y me acarició la mejilla, no conseguía ver bien su cara. Lo intenté, pero me resultaba imposible.

—Lucía, mi amor, tranquila, todo irá bien.

¿Quién era? Esa voz me tocó el corazón. Esa voz la conocía.

—¿Adri? —dije con un hilo de voz a través de una mascarilla.

—Shhh... No hables, mi vida... Estoy a tu lado, no voy a dejar que te pase nada, ¿vale? Relájate.

¡Era Adri! ¡Estaba allí! La respiración se me aceleró y me mareé cada vez más. Volví a cerrar los ojos y ya no escuché nada más. No sé el tiempo que pasó entre

verme tumbada en el asfalto y el siguiente momento que viví ya consciente. Me desperté en la habitación de lo que parecía un hospital. El techo, que fue lo primero que vi, era blanco. Y la pared de enfrente, color salmón. Giré la cabeza hacia la derecha y vi a alguien sentado en un sillón.

—¿Mamá? —susurré.

Mi madre dio un respingo en el sillón del hospital y se levantó con rapidez abrazándome y dándome muchos besos.

—¡Ay, mi niña! ¡Ay, mi niña! ¿Cómo estás? —preguntó lloriqueando.

—Mamá... Tranquila... —susurré.

—Pero, hija, ¿te duele algo? Ay, qué susto nos has dado, madre mía, ¡¡ay, qué susto!!

Mi madre era bastante visceral, a veces un poco exagerada, y siempre muy cariñosa, hasta tener que decirle a veces «mamá, por favor, para, que me vas a ahogar», de lo fuerte que me abrazaba.

—¡Ay, hija, voy a avisar a la enfermera de que te has despertado! —Y salió corriendo de la habitación.

En la habitación no había nadie más. Me dolía la cabeza, me notaba agotada y me miré los brazos llenos de cables. Me toqué la cabeza y la frente, la tenía vendada, me costaba recordar qué había pasado.

Dos chicas entraron en la habitación con ligereza, una con bata blanca y otra con uniforme azul. Supuse que serían doctora y enfermera.

—Hola, Lucía —saludó amablemente la de la bata—. Soy la doctora Suárez. ¿Cómo te encuentras? ¿Te duele algo?

—La cabeza, me duele la cabeza —respondí con un hilo de voz.

—Es normal. Aun así, ahora te pauto algo más para el dolor. ¿Recuerdas qué te pasó?

—No mucho, un accidente de coche, ¿verdad?

—Sí. ¿Recuerdas algo más?

—Creo que estuve tumbada en el asfalto, pero no sé si lo soñé o realmente estuve allí.

—Estuviste. No fue un sueño —me confirmó.

—Es que lo recuerdo como irreal.

—Es lógico, no te preocupes por eso —dijo sonriendo y poniéndome la mano en el brazo—. Tuviste un traumatismo craneoencefálico y perdiste el conocimiento en dos ocasiones. Tienes contusiones por todo el cuerpo, aparte de una luxación en el hombro.

Yo miraba a la doctora atenta, a la par que asustada. No recordaba nada. Me miré el hombro izquierdo y vi que lo tenía inmovilizado. Era curioso, porque antes me había mirado los brazos y no me había dado cuenta.

—¿Qué pasó? —pregunté—. ¿Por qué tuve el accidente?

—Demasiada velocidad del otro conductor, te rozó el coche y a partir de ahí se desestabilizó y... El resto ya lo sabes —me respondió frunciendo el ceño.

En ese momento, dieron dos toques en la puerta.

—¿Se puede?

No acerté a ver quién era porque la doctora y la enfermera estaban delante.

—Claro, pase, futuro doctor Barone —dijo la doctora con media sonrisa.

Ellas se apartaron para que él pasara. ¡Era Adri!, vestido de uniforme de trabajo. Estaba guapísimo. Una leve sonrisa se me escapó al verle.

—Hola, señorita —dijo cogiéndome la mano.

—Debes agradecerle a nuestro futuro doctor que estés aquí. Tu estado era bastante crítico cuando acudieron e hizo lo imposible para sacarte adelante —dijo la doctora—. Es más, y perdón por mi atrevimiento, no se ha movido de aquí, pendiente todo el rato de ver tu evolución —confesó con media sonrisa en el rostro.

Los dos nos mirábamos con una sonrisa tonta que no podíamos evitar. En ese momento, solo estábamos él y yo. Nos habíamos abstraído de todo y todos los que teníamos alrededor. Suspiré y le dije «te quiero» mil veces solo con la mirada, y, por cómo me miraba él, creo que me entendió.

—¡Ay, muchísimas gracias! —exclamó mi madre agarrando por el brazo a Adri, lo que nos hizo salir de nuestro momento—. Estamos muy agradecidos, ¡de verdad!

—Mamá... Tranquila —le dije levantado las cejas.

—Tranquila, no pasa nada —respondió cortésmente Adri tendiéndole la mano—. Soy Adriano Barone.

—¡Ay, hija, además de futuro médico, es guapísimo!

—¡Mamá! —protesté molesta y algo ruborizada.

La doctora y la enfermera se despidieron educadamente y salieron de la habitación, dejándonos a los tres solos.

Mi madre estaba nerviosa, y yo lo entendía, pero no tenía ningún pudor al decir determinadas cosas que a mí me hacían quedar en evidencia. Siempre había sido así, ya no la íbamos a cambiar, sin embargo a veces era tan impulsiva que tenía que pararle los pies.

Mis padres vivían en el pueblo. Mi padre estaba prejubilado y mi madre siempre se había dedicado a cuidar su casa, aunque hubo una temporada en la

que trabajó limpiando oficinas. Ahora disfrutaban de la tranquilidad que les había dado dejar de trabajar ya y vivir con la pensión. Yo iba de vez en cuando a verles, pero la verdad es que estábamos a casi tres horas de viaje, y no éramos una familia de vernos todos los fines de semana.

—Bueno, hija, voy a buscar a papá, que ha bajado a tomar un café, ¡y así le cuento que te has despertado! —dijo guiñándome un ojo.

Hay que ver cómo era mi madre, parecía que no, pero se enteraba de todo. Es un don con el que nacen las madres. No sé por qué, pero saben todo sin contárselo. Es increíble. Y esta vez creo que parecía más que evidente que Adri y yo éramos algo más que amigos y que necesitábamos estar solos.

—Vale, mamá —dije sonriendo aún con debilidad.

Cuando mi madre cerró la puerta, Adri se agachó y me besó. Y mientras lo hacía, cogió aire con todas sus fuerzas y apretó su boca contra la mía. Me acarició las mejillas con sus manos y yo recibí ese beso como una inyección de fuerza y vida. Lo necesitaba, me urgía sentirle a mi lado. Estaba muy asustada después de lo que había vivido. Pero saber que no se había ido de mi lado ni un segundo me había demostrado que me quería de verdad. Se separó de mí despacio, mirándome con los ojos algo acuosos y con una sonrisa con tintes de preocupación.

—No vuelvas a asustarme de esa manera, ¿eh, pequeña? —dijo a escasos centímetros de mi boca.

Eso me hizo sonreír y noté en mi estómago miles de mariposillas.

—Gracias por todo —acerté a decir entre susurros.

—No me des las gracias. Hice lo que tenía que hacer. ¿Cómo estás? ¿Cómo te encuentras? —preguntó sentándose a mi lado en la cama.

—Me duele todo —respondí entrecerrando mis ojos.

—Normal, cariño... —De repente el gesto se le tensó—. Ese hijo de puta iba drogado.

—¿Cómo?

—El cabrón que chocó contigo dio positivo en las pruebas toxicológicas. Si te llega a pasar algo peor, te juro que le habría matado.

—Shhh... Ven... Abrázame —dije—. Tengo miedo.

—Lo siento... No tengas miedo... No te va a pasar nada. Aquí estarás bien —dijo apoyando su cabeza en mi hombro y dándome un ligero beso en el cuello.

La puerta se abrió de repente, sin que llamaran ni nada, y allí estaban mis padres. Adri se incorporó de un respingo y carraspeó. Se levantó enseguida a presentarse a mi padre. Y este, tras el saludo, se acercó a mí y me dio un abrazo.

—Bueno, yo tengo que irme ya —dijo Adri apurado.

Se despidió de mi madre con dos besos, de mi padre con un fuerte apretón de manos, y, cuando se acercó a mí, mirándome de esa manera, creí derretirme. No quise forzar la situación, por si él se sentía incómodo por besarme delante de mis padres, y lo habría entendido si me hubiera dado dos besos. Pero no fue así, se acercó decidido a mí, me cogió con delicadeza la cara con ambas manos y me besó con una suavidad electrizante. Después se separó y me miró con media sonrisa:

—Luego te llamo, ¿vale?

—Vale —respondí ruborizada.

Salió de la habitación cerrando tras de sí y yo creí morir de lo enamorada, en ese momento me había dado cuenta, que estaba.



Cuatro días después, me dieron el alta en el hospital. Mis padres no se separaron de mí, se turnaban y dormían y se aseaban en mi casa. Adri también estuvo muy pendiente de mí, se pasaba allí todo el tiempo que no tenía clases o prácticas en el hospital.

En algún momento tuve que ponerme seria y decirle que tenía que descansar, que su trabajo requería estar muy despejado. Así que, aunque no convencido del todo, se marchó a descansar a su casa. Pero antes de entrar al turno, vino a verme de nuevo. Yo estaba encantada de tenerle tan cerca, pero no quería que peligraran él y su carrera por estar conmigo.

Su madre seguía en coma inducido, pero los médicos cada vez daban un pronóstico peor. La vecina de Adri le había dado el teléfono del hospital para que, si a él le apetecía, llamara cuando quisiera saber de su madre. Él al principio se negó en rotundo a llamar, pero una de las veces que vino a verme venía agobiado. Se sentía muy mal por no llamar, pero tampoco quería hacerlo. Tenía esos sentimientos encontrados que estaban pudiendo cada vez más con él. Incluso alguna lágrima resbaló por su mejilla ante tanta impotencia. Le dije que hiciera lo que quisiera, que no se sintiera obligado, que contara conmigo para lo que fuera. Y que si quería que llamara yo, lo haría.

Tras darle muchas vueltas, decidió llamar él, una tarde conmigo en la habitación del hospital. Estaba muy pálido y nervioso. Le costaba hablar con el médico por teléfono. Hablaba el italiano con fluidez y me gustó escucharle hablándolo. Ese fue el primer día que llamó, y los siguientes dos días volvió a hacerlo. El pánico del principio había pasado.

Elsa venía a verme cuando el trabajo se lo permitía; Sara, lo mismo. Llamé a Clau para contárselo, y lo hice yo misma para que, al escucharme hablar a mí, no se preocupara. No era lo mismo que llamaran mi madre o Adri y le contaran lo que había pasado, a que se lo contara yo directamente, así escucharía mi voz y yo misma la tranquilizaría, y, además, quería saber cómo estaba ella.

Hasta mi jefe, Humberto e Irene vinieron a verme, ¡caja de bombones en mano! Resultaba ya más que evidente que eran pareja. Y yo me alegraba muchísimo por ellos.

El día que me dieron el alta, vinieron a buscarme mis padres para llevarme a mi casa. Pero me llevarían para, al día siguiente, marcharme unos días con ellos al pueblo. Estaba convaleciente aún y, con los turnos de Adri, pasaría mucho

tiempo sola, así que aprovecharía y de esa manera mis papis me mimarían un poco. Que a todos nos vienen bien, siempre que estamos malitos, los mimos de una madre, ¿a que sí?

Me dieron el alta por la mañana y después de comer llegó Adri. Les dije a mis padres que si querían pasear por Madrid para despejarse un poco que no se preocuparan, que él se quedaría hasta que ellos volvieran. Al principio dudaron, pero, como antes decía, las madres tienen ese sexto sentido que hizo que, con una sonrisa y un guiño de ojo, decidieran ir al cine esa tarde, que en el pueblo no había cine y el más cercano estaba a unos treinta kilómetros.

Cuando cerraron la puerta, Adri se sentó a mi lado con media sonrisa.

—¡Qué ganas tenía de que estuviéramos solos! —dijo besándome el cuello.

Beso que recibí sonriendo y cerrando los ojos. Pero, en ese justo momento, llamaron a la puerta.

—Joder... —musitó Adri.

—Venga, va, abre. Seguro que son mis padres, que se les ha olvidado algo.

Adri se levantó y abrió con decisión. Pero el gesto se le cambió al ver que quien estaba al otro lado de la puerta era Darío.

—Hola —dijo Darío con sequedad.

—¿Qué quieres? —respondió Adri en el mismo tono.

Escuché la voz de Darío desde el sillón y me puse nerviosa.

—Adri, ¿quién es? —pregunté desde el sofá.

—Soy yo, Darío —respondió la visita.

—Pasa, pasa —dije desde la distancia.

No me quería ni imaginar lo tensa que estaría la situación pocos metros más allá.

Primero apareció Adri con cara de pocos amigos y, después de escuchar que la puerta se cerraba, apareció Darío.

—Hola, Darío —saludé haciendo ademán de levantarme.

—No te levantes —dijo Darío suavemente y acercándose a darme dos besos.

Adri permanecía de pie, con las manos en los bolsillos y una tensión que se cortaba con un cuchillo.

—Siéntate —le dije educada.

Darío se sentó a mi lado con cuidado.

—Me encontré con Iván ayer y me contó lo que te había pasado. ¿Cómo estás? —preguntó.

—¿Es que no la ves? —respondió Adri arisco.

—Adri, si no te importa, contesto yo, ¿vale? —le reprendí molesta.

Le conté un poco por encima lo que me había pasado y él me escuchó atento, mientras que Adri seguía muy tenso. No se había sentado y continuaba con las manos en los bolsillos sin quitar la mirada a Darío.

—Me alegro de que no haya sido más —dijo Darío.

—Gracias —respondí.

—Por lo que veo, seguís juntos... —afirmó mirando a Adri.

—Sí —respondí con una sonrisa tensa.

—No te digo que me alegro, porque mentiría.

—No nos hace falta que te alegres... —respondió Adri directo—. Y como ya sabes cómo se encuentra Lucía, puedo acompañarte a la puerta.

La cosa se estaba poniendo fea. Y yo casi sin poder levantarme del sofá.

—Bueno, ya decidiré yo cuando me voy, ¿no? —respondió Darío levantándose del sillón.

—Eh, Darío, gracias por venir a verme —dije para distender un poco el tema.

Pero ellos seguían mirándose como gallos de pelea. «¡Ehh! ¡Hola! ¡Estoy aquí!», pensaba yo. «¡Que no soy una gallina por la que tengáis que pelear! ¡Que soy una persona!» Pero la verdad es que no me atrevía a decirlo en alto y meter más cizaña.

Así que me levanté como pude y, rápidamente, Adri me sujetó del brazo.

—¡Dónde vas! Siéntate. Puedes hacerte daño.

—No, voy a acompañar a Darío a la puerta —dije soltándome.

Darío sonrió triunfante ante mi desprecio hacia Adri. Y eso ni a él ni a mí nos gustó nada.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —preguntó Adri acercándose a él.

—¿Yo? ¿Me ves reírme acaso? —le vaciló Darío sin dejar de sonreír.

—Bueno, ya está bien, la pelea de gallos en la calle, si queréis —dije ya enfadada—. Así que, venga. Darío, gracias por venir a verme, de verdad. —Y abrí la puerta.

Adri se puso a mi lado pasando su mano por mi cintura.

—Adiós, Darío —se despidió remarcando la pronunciación en su nombre.

—Adiós, Lucía. Cuídate —respondió mirándome a mí.

Cerré la puerta y, tan rápido como pude, fui al salón.

—¡Pero se puede saber qué te pasa! —exclamé enfadada.

—Joder, Lucía, ese tío ha venido a tocarme los cojones, ¿es que no te das cuenta? —respondió en el mismo tono.

—Tú también has colaborado un poco, ¿no crees?

—Ese tío solo quiere llevarte a la cama, se porta como un puto maleducado, ¡y yo soy el que tengo la culpa! ¡No me jodas, Lucía!

—¡A la cama me iré con quien me dé la gana a mí! ¡Tú no tienes que decirme qué tengo que hacer! ¡Así que deja de mearme como si fuera de tu propiedad! —grité.

Me miró en silencio, callado. Creo que no se esperaba esa reacción. Nos miramos los dos con la respiración alterada y la mandíbula apretada. Joder, ¿tan difícil era entenderlo? ¿Cada vez que se encontraran esto iba a ser así?

Nos taladrábamos con la mirada. Y no podíamos dejar de hacerlo. Pasaron segundos, o incluso diría que minutos, en esa misma situación.

—Por favor, vete a casa —le pedí.

Ahora sí que le había desconcertado. Frunció el ceño sin entender nada. Y negó levemente con la cabeza.

—No me voy a ir, Lucía —respondió sereno.

—Vete, por favor —insistí.

—¿Por qué?

—Porque estoy nerviosa, y no quiero que tú lo pagues. Y porque jamás entenderé esas reacciones de machitos prepotentes, como si fuera una princesa a la que tuvieran que salvar de su castillo.

—Yo no pretendía...

—Da igual... Por favor, necesito estar sola. Demasiadas emociones últimamente.

Adri cogió aire, lo soltó mirándome extrañado. Al ver que no le mantenía la mirada y no decía nada más, se giró, cogió sus cosas de la mesa y se marchó.



Cuando mis padres llegaron a casa, me encontraron en la cama, con los ojos llorosos y sin querer hablar. Mi madre, alarmada, se sentó en mi cama, a mi lado, y, acariciándome el pelo, me preguntó:

—¿Qué ha pasado, Lucía? —susurró.

Yo miraba a ningún sitio y las lágrimas seguían recorriendo mi cara sin poder detenerlas.

—Hija, cuéntamelo, te sentirás mejor... ¿Ha pasado algo con Adri, verdad?

—Sí —dije con un hilo de voz.

—¿Quieres contármelo?

—Es que, mamá... —dije sorbiendo por la nariz—. Hay cosas que no entiendo. Además, estoy muy nerviosa por lo del accidente, me duele todo, me molesta mucho el hombro, y reconozco que no tengo mucha paciencia... Pero esto ya lo habíamos hablado, y otra vez...

—¿Otra vez qué, cariño? —dijo mi madre con suavidad sin dejar de acariciarme el pelo.

Le conté lo que había pasado, también lo que sucedió con Darío en la discoteca en la que acabaron a puñetazos..., la relación que había tenido con Darío... Bueno, me desahugué con mi madre como hacía años que no lo hacía. Parecía como si estuviera hablando con mi mejor amiga. En ese momento me di cuenta de lo que echaba de menos a mi madre. Siempre habíamos estado tan unidas, pero desde que se habían ido al pueblo, la cosa se había enfriado. Le conté también lo de la madre de Adri, no sabía si debía hacerlo, pero necesitaba hacerlo. Compartir con alguien el dolor que a los dos nos causaba esa situación, cada uno a su manera. Y lo que no te aconseje una madre, no te lo aconsejará nadie nunca.

—Cariño —me dijo—, está claro que os queréis muchísimo, y también que los dos tenéis motivos más que suficientes para estar nerviosos y superados. Pero no dejéis que una discusión como esta acabe con todo. Yo no quiero justificar en ningún caso cómo han actuado ellos, pero a lo mejor has sido algo dura con él. Piensa en que no sabe cuánto tiempo vivirá su madre, que casi te pierde a ti también, cariño, casi te perdemos... Eso no hay corazón que lo soporte. Si aceptas mi consejo, mañana ve a verle antes de irnos al pueblo. Os vendrá bien a los dos.

Di un abrazo muy fuerte a mi madre, la quería tanto... que tenía que decírselo más a menudo. Las madres son tan sabias, nos conocen tan bien..., si no hubiera sido por ella, esa noche no sé qué habría pasado.

Me acomodé en la cama, y un bip sonó en mi teléfono. Era un mensaje. Cogí el teléfono, puse la contraseña y lo desbloquéé. Abrí el mensaje.

«Lo siento, mi vida. Perdóname.»

Me dio un vuelco el corazón. Esperaba y deseaba que ese mensaje me llegara, pero a mí me daba miedo mandarlo por si me respondía diciéndome que no quería verme o, mucho peor, si no llegaba a responderme.

«Perdóname tú a mí también, cariño... Estoy muy nerviosa.»

En cuanto lo mandé, el móvil empezó a vibrar. Tenía una llamada entrante. Adri.

—Lo siento, cariño —escuché tras el auricular con un tono de voz apagado.

—Yo también lo siento...

—Me porté como un gilipollas, lo sé. Pero es que es verle y...

—Vale... Ya está... Yo tampoco estuve muy agradable contigo. Y de verdad que lo siento.

—Te prometo que no volverá a pasar. Me pudo más la mala hostia que la cabeza.

—Vale... Yo también quiero pedirte perdón por gritarte.

—Nunca te había visto tan enfadada —dijo intuyendo media sonrisa.

—Ya... —respondí sonriendo—. No es fácil cabrearme, ¿eh?

—Vaya... No me jodas... Pues ahora todavía me siento peor.

—¿Sí? No era mi intención —dije.

—¿A qué hora te vas mañana? —preguntó con voz ronca.

—Sobre las cinco de la tarde.

—Joder, te voy a echar mucho de menos, Lucía —confesó.

—Y yo a ti, pero necesito descansar, cuidarme y que me cuiden. Solo serán unos días.

—Lo sé... Pero eso no quita que vaya a echarte mucho de menos.

—¿Nos vemos mañana antes de irme? —pregunté.

—Eh, sí, claro. Salgo a las tres, pero he quedado con Iván para comer, tenemos que hablar de temas de trabajo. ¿Te parece que quedemos a las cuatro y media en mi portal?

—Claro. Nos vemos mañana allí entonces.

—Perfecto, mi vida. Te quiero —susurró.

—Y yo a ti. Buenas noches.

—Buenas noches. Descansa, mi niña.

Y por fin pude dormirme con una sonrisa en los labios, no sin antes hablar con mi madre y darle un abrazo con todas mis fuerzas.

Desperté por la mañana con unas ganas tremendas de ver a Adri, abrazarle y decirle de mil maneras distintas que lo sentía. Estaba nerviosa y lo había pagado con él. Por su parte, él también había reconocido que se había excedido en su comportamiento y me había pedido perdón. La situación se había arreglado, y yo estaba feliz de que así fuera.

Cuando me levanté tenía un mensaje de Adri.

«Buenos días, mi niña, ¿cómo has dormido? ¿Qué tal te encuentras? Me muero por verte. Te quiero.»

Mi reacción inmediata al leer el mensaje fue sonreír, ¿qué persona enamorada no lo haría? Le respondí enseguida.

«Buenos días, cariño, he dormido bien, dentro de lo que cabe, me dolía el hombro, pero bueno, supongo que poco a poco se irá pasando. Yo también tengo muchas ganas de verte. Te quiero.»

Pasé la mañana en casa, mi madre estuvo limpiando y recogiendo las cosas para irnos sobre las cinco de la tarde, camino al pueblo. Llegaríamos para cenar e irnos a dormir.

Después de comer se me ocurrió darle una sorpresa a Adri, pensé en bajarme antes a su casa y esperarle en el portal para cuando llegara. Tenía tantas ganas de verle que no podía quedarme en casa quieta. Mi madre me dijo que no debía moverme mucho, pero la razón valía la pena. Y, total, era cruzar una calle, nada más...

Me preparé despacio, pues seguía con dolores, y mi madre tuvo que ayudarme a ponerme el vestido de tirantes. Menos mal que estábamos en verano, porque, si tal y como estaba, tenía que empezar a ponerme capas y capas de ropa, me habría quedado en la cama sin moverme solo por el hecho de no tener que vestirme.

Me dejé el pelo suelto, me puse un poco de *gloss* en los labios y unas gotas de una colonia muy fresquita. Elegí un bolso pequeño cruzado y metí dentro las llaves de casa, el móvil y el monedero. Nada más. No podía, en mi estado, llevar mucho peso.

Me despedí de mis padres diciéndoles que a las cinco estaría de vuelta para marcharnos. Así que a las cuatro y diez me bajé. Cogí el ascensor y, con una gran sonrisa y mariposillas en el estómago, salí a la calle. En pleno verano, a las cuatro de la tarde, el calor me dio una bofetada en la cara que hasta eché la cabeza un poco hacia atrás. Me puse las gafas de sol que llevaba sobre la cabeza y me fui hacia el portal de Adri.

Cuando estaba llegando, todo el calor que hacía se convirtió en un frío helador. Me quedé paralizada. Adri estaba en la puerta de su portal. Pero no estaba solo. Y no era precisamente Iván quien le acompañaba, como él me había dicho. Era Ana. Su ex. El tiempo para mí se paró en ese mismo momento, incluso sentí un leve mareo por la impresión. Estaban abrazados. Él sonreía ampliamente y ella también. ¿Qué estaba pasando aquí? No entendía nada. La respiración se me aceleró. No me lo podía creer. Tragué saliva, creo que la sangre dejó de circular por mi cara. Noté unos sudores fríos por todo el cuerpo, lo que me dificultó hasta sostenerme en pie. ¡Me dijo que estaba con Iván!

Antes de que terminaran de abrazarse, me di la vuelta y me marché. Entré en mi portal mientras una lágrima caía deprisa por mi cara. Cerré la puerta y apoyé mis brazos sobre los azulejos marrones de la pared. Me sostuve mientras comenzaba a llorar con más intensidad y me costaba respirar. Pero... ¿por qué me ha mentado?! ¡Me dijo que comería con Iván! ¿Qué hacía abrazado con Ana en el portal? Ella le acariciaba la nuca mientras tanto.

Después del accidente me había quedado muy débil y la impresión me hizo estarlo aún más. Me senté en las escaleras que subían a los pisos. Puse las manos en la cara y los codos en mis rodillas, y lloré. Sin poder parar. No podía subir a casa y que mis padres me vieran así. Tenía que hacer tiempo para que no me preguntaran por qué llegaba tan pronto y en ese estado.

Empecé a culparme por haberme puesto así el día anterior, seguramente se había enfadado y había llamado a Ana para hablar... No se me quitaba la imagen de la cabeza. Ella con un liviano vestido corto rojo, él con camiseta de manga corta y vaqueros. Y ese abrazo. Y esas sonrisas. Él no me había dicho que seguía manteniendo el contacto con ella tras dejarlo. Tampoco le había preguntado nunca, pero, si la hubiera visto más veces, pensaba que me lo habría contado. Aunque, por lo visto, no.

A los diez minutos, sentada sobre esos fríos escalones, recibí un mensaje en el móvil. Eran casi las cuatro y media.

«¿Te queda mucho, cariño? Tengo muchas ganas de abrazarte y darte todos los besos que estos días no voy a poder darte.»

Una rabia tremenda me recorrió todo el cuerpo. ¿Odia a Darío con todas sus fuerzas y yo no sé que se ve con su ex? ¡¿Qué tipo de relación es esta?!

Con la mente fría, que no sé de dónde pude sacar, no le respondí. Si le llamaba y le decía todo lo que se me pasaba por la cabeza en ese momento, se presentaría en mi casa, y en ese momento no quería verle ni en foto. Así que cogí aire, me levanté, me limpié las lágrimas, cogí el ascensor y subí a mi casa. Sin dar explicaciones, les dije a mis padres que nos íbamos ya.

—Ahora no me apetece hablar —dije seca.

Bajamos el poco equipaje que llevábamos mientras Adri me llamaba un par de veces. Le mandé un escueto mensaje que decía: «Ahora te llamo». Mentí.

Así sabía que no se presentaría en mi casa ni insistiría en sus llamadas. Cuando teníamos el coche cargado eran las cinco menos diez.

Mi padre arrancó y, cuando el coche comenzó a moverse, le mandé un mensaje a Adri.

«Dale esos besos a Ana.»

Y apagué el móvil.



El viaje al pueblo fue horrible, mi madre me miraba de reojo por el retrovisor y yo escondía mis lágrimas tras las gafas de sol. Me moría por encender el teléfono y ver su respuesta. Pero ahora mismo estaba tan dolida que no quería, ni me atrevía, sinceramente. No tenía el valor suficiente para enfrentarme a un «te quiero» suyo o a escuchar su voz.

Paramos a mitad de camino a comer algo e ir al aseo. Entramos en un área de servicio con un gran restaurante. Cuando entramos no había mucha gente en él.

—Voy al baño —dije a mis padres.

No había gente esperando, cosa rara en los baños de las áreas de servicio. En el hilo musical sonaba la canción *Let her go* de Passenger. Me lavé las manos y la cara mientras me miraba en el espejo. En ese momento mi madre entró también en el baño de señoras. Me miró a través del espejo con media sonrisa y me puso la mano sobre la espalda.

—Cariño... ¿Quieres hablar?

La miré también con media sonrisa triste, cogí aire y le respondí.

—No, mamá, gracias.

—Cuando estés preparada, solo tienes que decírmelo y hablamos, ¿vale, cariño? —dijo acercándose a mí y abrazándome.

—Gracias, mamá... —respondí abrazándola también.

Nos tomamos un refresco y comimos un montado de jamón serrano cada uno. No estuvimos más de media hora en aquella área de servicio. Cuando volvimos al coche cogí el móvil y miré, suspirando, la pantalla apagada del teléfono. Me moría de ganas de encenderlo y mirar si Adri había contestado.

Ya estaba más tranquila, pero notaba una especie de presión en el pecho que necesitaba liberar, y pensé que en ese momento una buena manera de quitármela sería encendiendo el teléfono.

Ya habíamos reanudado el viaje y ni me había enterado de cuándo mi padre había empezado a conducir de nuevo.

Encendí el móvil, temblorosa, puse el pin y esperé... En menos de diez segundos empezaron a saltar llamadas perdidas, mensajes... Y el corazón volvió a latirme con rapidez. Miré las llamadas, más de diez de Adri... Los mensajes también eran suyos. El primero lo había recibido nada más haberle enviado el último mío.

«Lucía, cariño, ¿qué pasa? Llámame, por favor, no entiendo nada.»

Dos minutos más tarde, otro mensaje.

«Lucía, llámame, ¡por favor!»

Entre medias, varias llamadas. Después, otro mensaje.

«Lucía, acabo de quemar el telefonillo de tu casa. El coche de tu padre no está. No me digas que te has ido ya, por favor.»

Después, varios mensajes más pidiéndome que le llamara y muchas llamadas. Cuando estaba leyendo los mensajes, vi que Adri estaba escribiendo. ¡No! ¡No quiero leerlo! «¿O sí?», pensé. Pero mientras me lo estaba pensando, llegó un mensaje.

«¡Lucía! Sé que estás conectada, ¡escúchame! Llámame, por favor. Necesito que hablemos. ¡Me estoy volviendo loco! Dime que estás bien, por favor, ¡aunque sea solo eso!»

Mientras leía lo que iba escribiendo, una vez más las lágrimas aparecieron en mi rostro. De nuevo tragué saliva y volví a apagar el teléfono. No estaba preparada para hablar con él.

Llegamos un poco antes de las nueve de la noche a casa de mis padres. Hacía tiempo que no iba y al entrar me inundó un aroma que me trajo muchos recuerdos. Había pasado allí tanto tiempo de mi vida... Tantas experiencias, tantas situaciones... Que se me vinieron todas de golpe nada más entrar.

Mis padres metieron el poco equipaje que llevábamos y lo dejaron en el salón.

La casa del pueblo no era muy grande. Yo era hija única, y mis padres vivían solos allí, así que tampoco necesitaban mucho espacio. Yo fui directamente a mi habitación, allí dejé mi bolso y puse enseguida a cargar mi móvil. No lo había vuelto a encender desde que lo había apagado en el coche.

Salí al patio, me encantaba absorber el olor a pueblo, ese olor indescriptible pero que te hace recordar tantos momentos. Cerré los ojos y respiré hondo. Noté cómo el aire me llegaba hasta lo profundo de mis pulmones. Lo fui soltando poco a poco mientras, sin querer, una lágrima se derramaba por mi rostro sin aún abrirlos.

Noté pasos tras de mí, una mano se posó sobre mi hombro. Sabía que era mi madre. Me giré despacio con media sonrisa.

—Hola, cariño —me saludó—. ¿Cómo estás?

—No muy bien, la verdad —dije girándome y quedándome frente a ella.

—Cuéntamelo, desahógate conmigo, anda...

Me cogió de la mano y me llevó a unas sillas de forja blanca que rodeaban una mesa del mismo color y material.

Nos sentamos y ella esperó pacientemente hasta que yo comencé a hablar.

—Le vi abrazado a su exnovia en su portal, cuando bajé para darle una sorpresa. —Noté como si un montón de alfileres me pincharan el corazón.

Mi madre me miró compungida y preocupada.

—¿Has hablado con él? —preguntó cogiéndome la mano.

—No.

—Habla con él, seguro que tiene una explicación.

—No, mamá, después de cómo se puso con Darío, ¿qué debería hacer yo ahora? ¡Estaban abrazados y muy sonrientes! Además, me dijo que comería con Iván, ¡maldita sea! ¡¿Por qué me miente?! —Me estaba alterando.

—A ver, lo primero, intenta relajarte, no te viene bien estar tan nerviosa.

—Joder, mamá, es que... No sé si me duele más la mentira o el hecho...

—A lo mejor, si escuchas su versión, lo ves de otra manera —intentó calmarme mi madre.

—No lo sé, mamá —dije cabizbaja—. Ahora solo me apetece meterme en la cama y descansar.

—Bueno, cariño, pues ve a la cama, quizá mañana lo ves de otro modo.

—Gracias, mamá —dije acercándome a ella y abrazándola lo más fuerte que mis dolores de hombro me permitían—. Te quiero, mami.

—Y yo a ti, hija.

Me acosté e, incomprensiblemente, me quedé dormida enseguida. Estaba agotada entre el viaje y la tensión corporal que había sufrido.

Dormí del tirón y, cuando me desperté, ya había amanecido y el sol entraba a través de la persiana verde desenrollada. Lo primero que hice fue girar la cabeza y mirar que el móvil seguía ahí. Lo cogí y, con todo el miedo del mundo, lo encendí. Mientras estaba poniendo la contraseña, mi madre, dando dos pequeños toquecitos en la puerta antes de entrar, apareció tendiéndome su móvil.

—Toma, cariño, es Elsa.

Seguro que me había estado llamando y, como tenía el móvil apagado, estaría preocupada.

—¿Sí? —dije tímidamente.

—¡Cómo que sí! —respondió enfadada—. ¡¿Se puede saber qué cojones haces con el teléfono apagado todo el día?!

—Buenos días, Elsa.

—¡Ni buenos días ni nada! ¡Joder, que me tenías muy preocupada! —seguía arisca.

—Me quedé sin batería —mentí con un hilo de voz.

—¡Y una leche! Al ver que no te localizaba llamé a Adri y ¡me encontré con todo el percal! ¿Se puede saber qué ha pasado?

—Si ya te lo habrá contado él, ¿no? —respondí un poco a la defensiva.

—No, él me ha dicho que te habías enfadado y que no sabía nada de ti. Nada más. ¡Así que ya estás tardando en contármelo!

—¿No te ha dicho nada de Ana? —pregunté irónica.

—¿Qué Ana?

—Coño, pues su ex —contesté algo enfadada.

—No me jodas que ellos dos... —dijo sin terminar la frase.

—No lo sé, Elsa...

Le conté lo que había visto cuando había bajado a su portal.

—¿Pero se estaban enrollando? —dijo incrédula.

—¡No! ¡Joder, me habría dado un pasmo! Estaban abrazados, muy sonrientes, por cierto.

—A ver... ¿Y es que se seguían viendo?

—¡Yo qué sé! ¡Yo pensé que no! ¡Pero por lo visto sí! ¿No te ha dicho nada Iván?

—Iván, con esa fuerza de machote en plan «no suelto prenda de cosas que me cuentan mis amigos», ¡no dice nada de nada! Estoy por dejarle sin sexo unos días a ver si canta...

—Estoy fatal, Elsa... —dije empezando a llorar.

—Eh, eh, eh... A ver, vamos a pensar con la mente fría, aunque sé que para ti es muy difícil. ¿Quieres que hable yo con él?

—No, no, no, déjalo. Acabo de encender mi móvil y tengo un montón de llamadas y mensajes suyos.

—¿Y qué dice?

—No lo sé. Los estoy viendo mientras hablo contigo, pero vamos, que todo se resume a que le deje explicarse.

—¿Y por qué no dejas que lo haga?

—Pues porque no estoy preparada, porque, según descolgara el teléfono, le llamaría gilipollas, mentiroso, cabrón... —dije embalsada.

—Vale, vale... Me hago a la idea —me frenó Elsa—. Bueno, pues vamos a hacer una cosa, voy a ver si le sonsaco algo a Iván y te llamo, ¿vale?

—Vale.

—Pero deja el móvil encendido, ¿eh? Y mientras, te relajas un poco.

—Gracias, mi niña —dije sorbiendo por la nariz.

—Anda, tonta. Menos mal que yo no soy tú, si no, me acerco y le cojo de los huevos delante de su ex y se los corto.

Eso me hizo sonreír, era tan bruta que a veces con su forma de hablar me hacía soltar carcajadas espontáneas.

—Eso, eso, a rérte un poquito —continuó—. ¡Un besito, pequeña! ¡Luego hablamos!



Pasé el día leyendo y releendo los mensajes de Adri. Ya tenía el móvil encendido y él intentó llamarme varias veces, pero yo le cortaba sin descolgar. Me siguió escribiendo, pero yo no respondía.

Estaba un poco más tranquila, pero el corazón lo tenía totalmente pisoteado. La imagen de verle abrazado a Ana, de esa manera tan relajada y natural, me tenía taladrada la cabeza.

En el último mensaje que recibí aquel día, sobre las doce de la noche, ponía:

«Te explicaría todo, pero no va a ser por teléfono. Quiero explicártelo en persona, por favor, dime dónde estás e iré a verte. Lo necesito, por favor. Me estoy volviendo loco.»

Si solo hablar con él ya me suponía una ansiedad generalizada, no podía ni imaginar lo que sería encontrármelo de frente. ¡Eso supondría desmayo inmediato por lo menos!

Me acosté nada más leer ese mensaje, pensando lo decepcionada que estaba con él por no haberme dicho que seguía viéndose con Ana. Dormí mal, porque el hombro me molestaba un poco y por los nervios; en general, por la situación.

Mi madre me despertó pronto, se iban a ir a un mercadillo al pueblo de al lado, apenas a cinco kilómetros del nuestro. A mí no me apetecía ir. Prefería quedarme tranquila y fresquita en casa.

Me levanté y fui directa a la ducha. Tenía unas ojeras dignas de mención. Un mapache, a mi lado, era solo un aficionado.

Hacía mucho bochorno y amenazaba con llover. Ojalá lloviera un rato, así se refrescaría el ambiente. El cielo estaba totalmente cubierto, pero el calor no remitía. Me puse unos *shorts* blancos y una camiseta negra de tirantes, me recogí el pelo con un moño mal hecho y unas sandalias planas. Cogí uno de los libros que me había llevado para leer y me senté en el patio.

A los diez minutos llamaron a la puerta, me acerqué y era el cartero. Me dio en mano unas cartas para mis padres y un paquete más grande que mandaban mis tíos desde Canadá. Hacía un par de años que la hermana de mi madre y su marido habían decidido marcharse allí a vivir, y estaban encantados.

Cerré la puerta y dejé las cartas sobre un pequeño aparador que había en la entrada.

De nuevo volvieron a llamar. Me acerqué y abrí con decisión pensando que al cartero se le habría olvidado darme algo más. Pero no era él, era Adri. Plantado

delante de mí, con las manos en los bolsillos, tenía mala cara. Me miraba serio. A mí se me cortó hasta la respiración. Me puse pálida en cuestión de segundos y unos sudores fríos empezaron a recorrerme la espina dorsal.

Nos miramos y el tiempo se paró. No sabía si cerrarle la puerta en las narices, abrazarle y besarle, o qué hacer... Hasta que la sangre me llegó de nuevo a la cabeza e intenté cerrarla con toda mi rabia contenida. Él frenó ese movimiento poniendo la mano y el pie entre la puerta y el cerco y así consiguió que no cerrara.

—Lucía, espera, por favor —decía atropellado—. Déjame hablar contigo cinco minutos, nada más.

—¡No! —respondí furiosa.

—¡Lucía, por favor! ¡Deja de empujar la puerta! ¡Sabes que como empuje fuerte la abro, y no quiero hacerte daño!

—¡Vete!

—¡No pienso irme de aquí sin haber hablado contigo antes! Puedes darme con la puerta en las narices, pero te juro que no me voy de aquí hasta que me dejes explicarme.

Respiré hondo, dejé de empujar la puerta con fuerza y cedí, abriéndola un poco.

—Habla —dije enfadada.

—Déjame pasar, o demos un paseo, Lucía. Aquí en la puerta es incómodo —dijo más sereno.

—No —respondí escueta.

—Por favor —insistió girando levemente la cabeza y clavando su mirada en la mía y tragando saliva.

Nos miramos durante unos segundos con una intensidad muy difícil de explicar, pero que transmitía más que las palabras.

—Espera un momento —dije mientras me daba la vuelta y cogía del salón mi pequeño bolso con las llaves y el móvil—. Vamos.

Y salimos fuera. Empezamos a andar sin hablar. Dirigí mis pasos hacia una pequeña dehesa en las afueras del pueblo, con el fin de que no nos vieran hablar o discutir. Así no llamaríamos la atención. Me apoyé en unas tablas que hacían de límite para que los animales no se escaparan. Adri se puso frente a mí.

—¿Quién te ha dicho dónde estaba? —dije enfadada.

—Eso da igual —respondió.

—Te dará igual a ti, a mí no. ¿Quién cojones te ha dado mi dirección?

—¿En serio quieres saberlo?

—¿No te ha quedado claro aún? —Estaba sacando toda mi artillería.

—Está bien... Tu madre.

Se me abrieron los ojos como platos.

—¿Mi madre?

—Sí —respondió serio—. Lucía, yo... —dijo acercándose a mí.

—¡Eh! —le paré poniendo mis brazos de escudo—. ¡Aléjate!

—No me jodas, Lucía.

—No, ¡no me jodas tú! ¡Que eres un puto mentiroso y un cabrón que me ha engañado con todo conocimiento de causa! —grité.

—Vale, vale... Tranquila, cariño.

—¡Ni cariño ni nada! ¡¿Se puede saber qué cojones hacías viéndote con Ana?! —grité acercándome a él en plan gallito.

—No es lo que parece —respondió sereno.

—¡Pues habla! —dije enfadada.

—¿Por qué cuando me viste no te acercaste? ¿O subiste a decirme todo lo que pensabas?

—¿Qué? Vamos a ver... ¿Tú te crees que en ese momento en el que te veo tan cariñoso con tu ex voy a ir a decirte algo? Créeme, no te habría gustado, porque no te habría dicho nada... ¡Te habría dado un bofetón!

—Vaya... Pues casi que... —dijo con media sonrisa.

—Ni se te ocurra reírte mientras esté yo aquí, ¿eh? —amenacé con tanta rabia que parecía que iba a explotar.

En ese momento empezó a chispear y, en cuestión de segundos, el cielo pareció caerse sobre nosotros en forma de una gran tormenta.

—Mira —continué—, esto no tiene arreglo ni explicación. Así que vuélvete a Madrid —dije empezando a caminar hacia mi casa, ya completamente empapada.

En ese momento, Adri me agarró con fuerza de la mano, para impedirme continuar.

—No, señorita. Te he dicho que no me iba de aquí sin decirte lo que había pasado y de aquí no nos movemos hasta que me dejes hablar —dijo con el pelo chorreando.

El agua nos calaba ya hasta los huesos, y Adri estaba tremendamente *sexy*.

Tiró de mi mano hacia él, quedando a escasos milímetros el uno del otro. La respiración entrecortada y acelerada era evidente tanto en él como en mí. Nos mirábamos a los ojos con una mezcla de enfado y deseo.

—¿Quieres saber por qué quedé con Ana? —preguntó enfadado.

—¡Pues claro que quiero! —grité.

—¡Por esto!

Y me tendió una pequeña caja roja de terciopelo. Bueno, ya un terciopelo empapado.

Me quedé mirando la caja estupefacta. ¿Qué significaba eso? Alternaba mi mirada entre la caja y sus ojos. Sus ojos expectantes a mi reacción.

Cogí la caja despacio, él bajó su brazo como derrotado, mientras el agua seguía cayendo sobre nosotros.

La abrí con cuidado, y en ella había un anillo. Era sencillo, de oro blanco, y liso. Para mí, una preciosidad. Lo saqué lentamente, temblando por los nervios y la emoción. Pero ¿qué tenía que ver Ana en todo esto?

Fruncí el ceño y le miré. Creo que me leyó el pensamiento.

—Ana trabaja en una de las mejores joyerías de Madrid. Yo soy muy torpe e inexperto en estas cosas, sobre todo porque nunca he regalado ninguna joya a nadie. Es mi primera vez. Y soy feliz de que tú seas a quien se la regalo. —Me cogió la mano despacio—. Lucía... Yo... Cuando te vi tendida en la carretera, inconsciente, creí morir. No soportaba la idea de que te pasara algo. Lucía, ¡me hubiera muerto sin ti! Eres lo más importante de mi vida, lo mejor que me ha pasado sin ninguna duda. Y quería de alguna manera demostrarte que te quiero con locura y que voy en serio contigo. Te quiero. Y pensar que te perdía me ha vuelto loco. No quiero a ninguna otra mujer, ¡solo quiero estar contigo! Y compartir mi día a día contigo, Lucía, eso no lo dudes nunca, por favor. —Cogió aire—. No podía decirte que había quedado con Ana, porque te enfadarías conmigo. Pero al final ha salido peor.

Yo le miraba en silencio, mientras mis lágrimas se confundían con la lluvia resbalando por mi rostro.

—Quédatelo, por favor —continuó—. Yo ya me voy. No quiero molestarte más ni que estés mal porque yo esté aquí. Así que, cuando quieras, puedes llamarme y hablamos. Entiendo que estés enfadada, de verdad. Pero ya me quedo tranquilo habiéndotelo explicado todo en persona.

En ese momento paró de llover y el sol empezó a asomar tímido de entre las nubes. Estábamos totalmente empapados, pero eso era lo de menos. Mi corazón y yo estábamos hechos un lío. Me puse el anillo despacio, resbalando a la perfección por mi dedo anular. Una sonrisa ahogada por la situación asomó por el rostro de Adri mientras miraba cómo me lo ponía. Estiré los dedos de la mano para ver cómo me quedaba. Era realmente precioso. Y todavía me gustaba más porque era de él.

—Adiós, Lucía. Hablamos cuando quieras.

Me quedé quieta mirando cómo Adri empezaba a alejarse. Estaba paralizada por ese remolino de sentimientos y emociones que había tenido en tan poco

tiempo. Él se alejaba cabizbajo, con las manos en los bolsillos. Caminaba despacio, pero sin mirar atrás.

Yo seguía ahí quieta, como si tuviera los pies pegados al suelo con cemento. Y mientras, él se alejaba cada vez más.

En ese momento, no sé decir qué fue, pero grité su nombre.

—¡¡Adri!!

Se giró enseguida sin sacar las manos de los bolsillos. Empecé a correr como una loca hacia él y una sonrisa enorme emergió de sus labios. Corrí lo más rápido que pude, riendo y llorando. El abrió sus brazos y yo, de un salto, me enrollé en su cintura, abrazándole por el cuello y yendo directa a su boca. Nos besamos con furia, también con torpeza, por todo lo que queríamos darnos en ese momento. Paseó con nervios su mano por mi espalda, mi nuca, mi trasero, mi cara...

—Te quiero, te quiero, te quiero... —susurró mientras me besaba con fuerza.

—Lo siento... —dije yo.

—Olvidémoslo, cariño, te quiero más que a mi vida —respondió él sin separar los labios de los míos.

Fui a impulsarme un poco más y un pequeño «¡ay!», acompañado de un gesto de dolor, salió de mis labios. El hombro había dolido.

—Ay, cariño, lo siento —se disculpó preocupado mirándome a los ojos—. ¿Dónde te duele?

—Tranquilo, ha sido el hombro, nada más.

—Vaya mierda de futuro médico que soy, joder. Pero es que te deseo con toda mi alma —dijo hundiendo su cara en mi cuello.

—No te preocupes, si me dices esas cosas, se me quitan todos los dolores.

Y nos quedamos abrazados y en silencio durante unos minutos.



Ese mismo día Adri volvió a Madrid. Pero por fin las cosas se habían arreglado entre nosotros. Yo estaba feliz de haber podido solucionarlo todo y me sentía un poco tonta después de saber el motivo de su quedada con Ana.

Me quedé una semana en casa de mis padres, fue lo que el médico me aconsejó. Así que la semana siguiente vino Adri a buscarme para volver a Madrid. Pasó el día con mi familia, comimos todos juntos y le presenté de manera formal ante ellos. Mi madre me guiñaba el ojo todo el rato, en plan «menudo hombretón te has buscado», y se encargó de que nos cruzáramos con todo el pueblo para presumir del novio que su hija se había echado.

—Además es médico —repetía todo el rato.

Yo miraba a Adri suplicándole perdón por mi madre, pero él se reía y me guiñaba el ojo. Mi padre se mostraba más discreto, como siempre lo ha sido. Pero hicieron buenas migas, hablando de todo un poco, aunque sobre todo de deporte. Ambos eran del mismo equipo y compartían experiencias en el mundo del baloncesto, ya que a ambos les apasionaba.

Me despedí de mis padres con mucho cariño, hacía tiempo que no compartía tanto tiempo con ellos, me habían hecho volver a recordar mi infancia. La infancia tan bonita que tuve con una madre un tanto excéntrica y un padre reservado pero que sabía todo lo que pasaba a su alrededor, aunque a veces pareciera que no.

Volvíamos a Madrid con una sonrisa tonta en los labios. Él ponía su mano en mi pierna de vez en cuando. En otras ocasiones, yo pasaba mi mano por su nuca... Miradas cómplices y confeti imaginario por todo el coche. Me dormí un rato y paramos una vez a tomar un café.

Llegamos a Madrid a las nueve y media de la noche. Adri me ayudó a subir la maleta que me había llevado.

—Por fin en casa —dije sentándome a plomo en el sillón.

Él se acercó despacio, con una pícara sonrisa en la cara, y se sentó a mi lado. Pasó su brazo por mis hombros y me echó con delicadeza hacia su pecho. Me dio un beso en el pelo y yo le abracé con mi brazo por la cintura. Suspiré.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—No podría estar mejor —respondí mirándole a los ojos.

—¿Me dejas que me quede esta noche contigo? —dijo dándome un pequeño beso en la punta de la nariz.

—Mmmm, no sé, no sé... —respondí entrecerrando mis ojos.

Con maestría, me cogió poniéndome a horcajadas sobre él. Me abrazó con fuerza juntando nuestros cuerpos.

—Puedo convencerte... —susurró poniendo su frente junto a la mía.

—Convénceme —respondí en el mismo tono.

Me besó primero con tranquilidad, dando paso a una pasión desmedida que nos llevó directamente a la habitación. Hicimos el amor con un sentimiento que antes no había notado. Todo lo que había pasado nos había hecho ver nuestra relación de una manera más profunda.

Esa noche se quedó a dormir, pero no fue la única. Se quedó muchas noches más. Yo me incorporé a trabajar enseguida. Estaba mucho mejor después del accidente y me quedaba más miedo psicológico a la hora de montar en coche que dolores físicos. Además, tenía a mi médico en casa, que todos los días me hacía buenos chequeos..., pílese el doble sentido.

Pasó un mes entre unas cosas y otras, en nada podría cogerme mis vacaciones y descansar con Adri. Habíamos pensado cogerlas a la vez. Podíamos coincidir una semana, pero el resto del tiempo no. Aunque más valía una semana que nada.

Una noche, mientras yo estaba lavándome los dientes antes de irme a dormir, sonó el teléfono de Adri. Le escuché descolgar y preguntar quién era. Su tono de voz cambió.

—¡Cómo! —gritó.

Me enjuagué como pude y salí del baño rápidamente hacia el salón. Estaba desencajado. Algo no iba bien. Colgó y, cabizbajo, dejó el móvil sobre la mesa del salón.

—¿Qué pasa, cariño? —pregunté preocupada acercándome por detrás y poniendo mi mano en su espalda.

—Es mi madre —susurró.

—¿Qué pasa? —dije con miedo.

—Van a desconectarla. Me han preguntado que si quiero ir a despedirme. En ese caso me esperarán... Si no..., lo harán ya.

Un jarro de agua fría me cayó por todo el cuerpo. Se me puso mal cuerpo.

—Lo siento —dije mientras le abrazaba—. Lo siento, mi vida.

Me abrazó con fuerza y noté cómo empezaba a respirar con dificultad.

—Shhh —le calmaba mientras le acariciaba la nuca.

Entonces rompió a llorar. Me sentí superpequeña a su lado. No sabía muy bien qué hacer. Lloraba sobre mi hombro y yo le acariciaba con el mayor cariño del mundo.

Pasamos unos minutos en silencio, a veces es el mejor consuelo que puedes dar a alguien. Solo acompañarle. Le cogí la mano y le senté a mi lado en el sillón. Una vez sentado, se tapó la cara con sus manos y apoyó los codos en sus rodillas. Puse mi mano sobre su espalda y le acaricié.

—¿Qué quieres hacer, cariño? —pregunté.

—No lo sé. Por un lado, quiero ir, pero, por otro, no quiero volver a verla. Me hizo muchísimo daño. No quiero volver a cruzarme en su camino. Tengo tanto rencor dentro de mí, Lucía...

—Lo sé, mi amor, lo sé...

—Pero no quiero arrepentirme de no haberme despedido de ella. Porque si me arrepintiera no tendría manera de solucionarlo. Así que mañana mismo cogeré un vuelo para allá —dijo empezando a llorar de nuevo.

—Me voy contigo —resolví decidida.

—No. No te preocupes, cariño. Será un viaje rápido.

—No, voy a ir contigo. Me deben días de vacaciones, así que ahora mismo buscamos vuelo y mañana nos vamos.

Y eso hicimos. Conseguimos encontrar un vuelo que saldría por la mañana.

Esa noche apenas pegamos ojo ninguno de los dos. Adri no paraba de dar vueltas en la cama y yo estaba todo el rato pendiente de él, aunque intentando no agobiarle. Tenía que ser muy duro saber que tu madre moriría en cuestión de horas, y era algo inminente. Yo no me sentía capaz de ponerme en su piel, resultaba muy doloroso. Y admiraba la entereza con la que lo estaba llevando.

Nos levantamos a las cinco de la mañana, el vuelo salía a las ocho. Llegamos bien de hora al aeropuerto, pero el camino fue muy triste. Silencio absoluto. Adri callado y muy pensativo. Yo no le soltaba la mano, quería que supiera que estaba con él, que esto no lo pasaría solo. Que estaría con él para lo que hiciera falta.

El vuelo salió puntual de Madrid, en apenas tres horas estábamos aterrizando en el aeropuerto de Pisa. El hospital era Azienda Ospedaliero Universitaria Pisana, y estaba a unos diez minutos en coche desde el aeropuerto.

Cogimos un taxi y en nada estábamos allí. Adri se paró frente a la puerta del hospital y yo hice lo mismo.

—Puedes hacerlo, cariño. Confía en ti —dije a su lado.

Él cogió aire, asió mi mano con fuerza y empezó a caminar. Atravesamos la puerta del hospital y nos dirigimos directamente a recepción. Adri, en un perfecto italiano, dio los datos de su madre para que nos informaran de en qué habitación se encontraba. Una chica de blanco le indicó en italiano dónde tenía que acudir. Entre nosotros no hablamos nada, pero no soltaba su mano de la mía, incluso notaba que nos sudaban de la fuerza con la que me la sujetaba.

Subimos en el ascensor y llegamos a la planta donde estaba su madre. Buscamos con nervios el número de la habitación por el pasillo. La 201, ahí estaba, frente a nosotros.

Adri tragó saliva, cogió aire y lo soltó despacio. Su cara estaba rígida, su mandíbula apretada, y la respiración algo agitada. Le solté despacio la mano y me puse frente a él.

—Mírame, Adri. Tú puedes hacerlo. Te espero aquí, cariño.

Y le di un suave beso en los labios.

En cuestión de horas, los médicos pusieron fin a la vida de la madre de Adri. Todo había terminado. Dormimos en un modesto hotel muy cercano al hospital, para estar lo más cerca posible. Al día siguiente la enterraron en un pequeño cementerio muy cercano al domicilio de la madre de Adri, el lugar donde él pasó tantos malos momentos.

Le dijo a la vecina que él renunciaba a todo. Que hiciese lo que quisiera con las cosas de su madre, pondría a la venta la casa y así cerraría este capítulo de su vida.

Nos fuimos en un taxi hacia el aeropuerto para coger el vuelo que nos llevaría de nuevo a Madrid. Adri estaba deseando salir de allí, desde que habíamos aterrizado estaba más nervioso de lo normal. Cuando salimos del taxi, antes de entrar en el aeropuerto, Adri me paró y me cogió de las manos poniéndose frente a mí.

Le miré esperando a que hablara. Me miró con intensidad.

—Lucía, yo... Quiero darte las gracias por estar aquí conmigo —dijo besándome el dorso de una de mis manos.

—No, cariño, no me las des. Quería hacerlo.

—Me siento mal porque me siento aliviado. Lo pasé muy muy mal de pequeño, en mi mente solo cabían imágenes malas con mi madre, siempre pegada a una botella de alcohol y con drogas. He vivido todos estos años pensando en cómo estaría, pero nunca quise volver a verla porque, aunque suene fuerte, la odiaba. —Me miraba desconcertado—. La odiaba, Lucía. Antepuso los vicios y los hombres a mí. Si no llega a ser por mi tío y algunos vecinos, probablemente no lo habría contado a día de hoy.

Tragué saliva intentando no llorar.

—Pero, por otro lado —continuó—, estoy orgulloso de haber venido. He podido hablar con ella aunque ella no me respondiera. He podido decirle todo lo que sentía, con rabia, dolor y pena, pero no me lo he quedado guardado. He podido cogerle la mano y decirle adiós con un beso. Un beso en paz, tras

desahogarme. Se ha cerrado este capítulo de mi vida, Lucía. Ya no tendré que estar pensando si estará bien o no. Ahora descansa, por fin lo hace.

Le abracé con fuerza y él hizo lo mismo conmigo. Entramos en el aeropuerto y esperamos a que saliera el avión. El vuelo lo hicimos durmiendo, ya estábamos relajados y la vida seguía. Me desperté antes que él y le miré con media sonrisa. Se le notaba relajado, sus facciones así lo mostraban. Le di un suave beso en la mejilla que le hizo moverse. Abrió los ojos despacio y, al verme, sonrió con los ojos entrecerrados. Se estiró un poco y me dio un beso en los labios.

—Eres preciosa —susurró.

—Tú más... —respondí.

Me abrazó y me besó en el cuello. Después se separó juntando con cuidado su frente con la mía. Me miraba con media sonrisa y yo hacía lo mismo.

—Si alguien me llega a decir que aquella mosca cojonera que conocí una mañana sería mi mujer en un futuro, habría alucinado.

No pude evitar soltar una pequeña carcajada. Pero luego fruncí el ceño.

—¿Tu mujer?

—Sí.

—Pero...

—Lucía... ¿Quieres que vivamos juntos? —preguntó serio y con firmeza.

Le miré con los ojos como platos.

—¿Cómo?

—Lucía, te quiero más que a nada en esta vida. Y me encantaría compartir contigo todo el tiempo del mundo. Nunca sabemos los reveses que la vida nos puede dar y no estoy dispuesto a esperar que pasen para darme cuenta de que quiero estar contigo siempre. ¿Qué me dices?

Me puse muy nerviosa ante su propuesta, pero estaba totalmente de acuerdo con él.

—Sí —respondí tímida.

—¿Sí? —dijo cogiéndome la cara con sus dos manos.

Asentí con los ojos cristalinos de la emoción. Ahora sí que todo era perfecto. Ahora solo había que dejarse llevar y disfrutar de la vida.

EPÍLOGO

Dos años después...

—Vamos, mamá, corre, ¡dame los pendientes! —exclamé.

—Ay, hija, relájate un poco, que te va a dar algo —respondió mi madre mientras corría a la mesa a por ellos.

—Trae, trae —apremié.

Me puse los pendientes mirándome al espejo. No podía creer lo que veía frente a mí. Por fin había llegado el día que tanto había estado esperando. Cuando terminé de ponerme los pendientes, mi madre se acercó despacio a mí y, posando su mano en mi hombro, sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

—Mamá, ¿no me digas que te vas a poner a llorar ahora?, que se me corre el maquillaje —la reprendí con una risa nerviosa.

—Estoy tan orgullosa de ti, cariño. Tan feliz de que tú lo seas —dijo mirándome desde el espejo.

Me di la vuelta despacio y la abracé con fuerza. Estaba tan feliz. Hoy era mi día, era nuestro día.

Llamaron a la puerta dando dos pequeños toques. Mi padre asomó la cabeza con cautela.

—Es el momento, cariño —anunció mirándome con ternura.

Cogí aire y lo solté despacio con los ojos cerrados. Miré a mis padres y, sonriendo, me acerqué a mi padre. Le cogí del brazo y salimos de la habitación. Con cuidado, bajamos al coche y nos dirigimos hasta donde me esperaba mi nuevo futuro. Allí paramos y, asomándome tímida por la ventanilla de aquel coche negro de alta gama, vi a Adri. Esperaba de pie hablando con la actual pareja de su tío. Estaba guapísimo, iba vestido de traje. Un sobrio traje que le quedaba como un guante. Al escuchar el coche parar, Adri se giró y me vio. Una gran sonrisa le iluminó la cara y la mirada, sacó las manos de los bolsillos y abrió y cerró los puños con gesto nervioso.

Mi padre me abrió la puerta del coche y me ayudó a salir, ya que el traje de novia no era muy cómodo para moverse. Todos los invitados me miraban y a mí me daba mucha vergüenza sentirme tan observada. Pero era nuestro día, éramos los protagonistas.

Agarrada del brazo de mi padre, subí las pocas escaleras que llevaban a la puerta del juzgado. Mi madre, por detrás, me recolocaba el vestido y yo sujetaba el ramo con tanta fuerza que pensé que en segundos lo partiría.

Mientras subía las escaleras vi a Elsa con Iván, tan unidos como siempre, pues ya vivían juntos y en nada de tiempo también se darían el «sí quiero».

Sara también estaba, mi estupenda compañera de trabajo que nunca me había dejado sola. Iba acompañada de su redactor de deportes y un pequeño que venía en camino. Estaban esperando un bebé para dentro de tres meses, así que la barriguita era ya más que evidente.

Mi gran amiga Claudia no podía faltar, sin ella mi boda no habría sido lo mismo. Allí estaba junto a su marido Kevin, llorando y sonriendo a la vez al verme subir las escaleras. Y el pequeño Max junto a ella. A los cinco meses de la pérdida de sus gemelos se quedó embarazada y por fin habían cumplido su sueño de ser padres.

Mirara donde mirara, había alguien importante en mi vida, alguien que no podía faltar.

El tío de Adri también me esperaba al final de las escaleras. Había tenido el honor de conocerle al poco de irme a vivir con Adri. Compartimos tardes de tertulia, cenas, recuerdos y, sobre todo, pude agradecerle todo lo que había hecho por Adri. Conocimos a su nueva pareja, Conchi, una mujer a la que la bondad se le salía por los poros de la piel.

Y mis padres, mis compañeros imprescindibles. Los que me habían dado la vida y tan buenos consejos a lo largo de los años.

Llegamos al final de la escalera, donde Adri me esperaba con las manos cogidas por detrás de su cintura. Moviéndolo ligeramente la rodilla, como lo hacía siempre que estaba algo nervioso. Nos dedicamos una sonrisa tan cómplice que me ruboricé. Por fin, llegué hasta él. Me cogió las dos manos y me dio un suave beso en la mejilla.

—Estás preciosa —dijo antes de separarse de mí.

—Tú también —susurré.

Entramos seguidos de los invitados y, ante el juez, nos casamos. Nos dimos el «sí quiero» ante toda la gente importante para nosotros. Queríamos algo íntimo, algo que demostrara que nos amábamos hasta más no poder.

Adri había acabado la carrera, ya era médico, y ejercía en el Summa, que era lo que le gustaba. A mí me ascendieron y por fin me había convertido en una redactora en condiciones. Todo nos iba fenomenal, no podíamos pedir más a la vida.

Nos pusimos los anillos y, después de leer unos artículos, el juez dijo la frase que estábamos esperando como agua de mayo.

—Yo os declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

Adri me miró con cara de pillo y me besó con fuerza mientras me agarraba de la cintura y me echaba levemente hacia atrás. La gente aplaudía y yo me sentía en las nubes.

El convite se celebró en un restaurante cercano al juzgado y después nos fuimos de copas a un local con cuyo dueño habíamos hablado antes para avisarle de que iríamos unos cuantos. Reímos, bailamos, pero Adri y yo solo queríamos marcharnos y celebrar nuestra noche de bodas. Así que, poniendo como excusa nuestro cansancio, nos dirigimos en taxi hasta el hotel en el que habíamos reservado una habitación para pasar nuestra primera noche como marido y mujer.

Llegamos al hotel y, en el ascensor, nos besamos nerviosos por la felicidad que sentíamos, estábamos como unos niños con zapatos nuevos. Salimos del ascensor con prisa y, cuando llegábamos a la habitación, Adri me dijo:

—Espera.

—¿A qué espero? —pregunté riéndome.

—Ven aquí, esposa mía —respondió vacilón.

Me acerqué y, en un gesto rápido y ágil, me cogió en brazos.

—¿Qué haces? —dije sin parar de reírme.

—Vas a cruzar el umbral de la puerta como manda la tradición.

—Estás loco —dije embelesada.

—Loco por ti, nunca lo olvides —contestó y me dio un beso.

Entramos en la habitación y me dejó en la cama con cuidado, tumbándose sobre mí y mirándome fijamente sin hablar.

—¿Qué pasa? —susurré.

—Que te amo, que soy el hombre más feliz del mundo y que gracias por ser así —dijo serio.

—Yo también te amo.

Y nos besamos con una dulzura que poco a poco pasó la barrera para convertirse en pasión. Así comenzaba nuestra noche de bodas, y con ella nuestra nueva vida como marido y mujer.

Nunca me habría imaginado que aquel chico que un día me negó una noticia acabaría siendo el gran amor de mi vida.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Nunca pensé que tendría que escribir unos agradecimientos para una gran editorial como esta. Era un sueño que siempre tuve y jamás creí que lo conseguiría.

Quiero dar las gracias a mi familia por todo el apoyo que estoy recibiendo y, en particular, a mi marido por entenderme, apoyarme y ayudarme a buscar tiempos para escribir.

También quiero agradecer de corazón a mi editora Ade Herrera por darme la oportunidad de poder publicar mi novela. El día que recibí su llamada y me dijo un «sí rotundo» casi me desmayo.

A Laura Ayala, mi correctora, por los sabios consejos que me dio, por la paciencia que tuvo conmigo y por ser tan profesional.

A mis amigas por las risas que nos echamos escribiendo alguna escena. Vosotras sabéis quiénes sois.

Y, por supuesto, a todos los que vais a leer esta historia que escribí con tanto cariño y a la que le puse mi corazón. Sin vosotros yo no estaría aquí.

Gracias.



María Beatobe nació en Madrid un 14 de febrero de 1979. Educadora infantil de profesión y graduada en Educadora Social, desde hace dieciséis años practica la docencia en un centro educativo.

Su vida diaria se desarrolla entre el cuidado de sus mellizos, el trabajo en una casa de niños y la escritura en los tiempos que consigue sacar.

Escritora de romántica desde los quince años, es amante de caminar descalza, sentarse en el suelo y cantar a voz en grito en el coche.

Esta es su cuarta novela publicada, tras *¿De verdad existes?*, *Cuando es amor*, *las mariposas nunca mienten* y *Déjame cuidarte*.

facebook: [maria beatobe escritora](#)

twitter: [@mariabeatobe](#)

instagram: [@mariabeatobe](#)

pinterest: [maria beatobe](#)

Nos dejamos llevar por una mirada
María Beatobe

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© María Beatobe, 2017

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2017

ISBN: 978-84-08-16533-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com